

LAS CARTAS A
TIMOTEO

Esta edición ha sido posible, en su mayor parte,
gracias a una donación de la fundación neerlandesa
Pro Religione et Libertate.

LAS CARTAS A TIMOTEO

Rev. MEINT R. van den BERG

FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)

Intención y enseñanza:
*«Esto te escribo... para que si tardo, sepas cómo debes
conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios
viviente, columna y baluarte de la verdad.»*
(1 Ti. 3:14-15)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido
tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera,
revisión 1960.

Título original: *Eerste en tweede brief aan Timotheus*

Traductor: Rev. Juan Teodoro Sanz Pascual

Primera edición: 1998

ISBN: 906311033 2
Depósito Legal: B. 37.283 - 1998

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
APARTADO 1053 - 2280 CB RIJSWIJK -PAISES BAJOS

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño cubierta y composición:
M.C. Ministerios Creativos
Apdo. 23022 - 08080 Barcelona

Printed in Spain

Índice

Presentación del autor y su obra 7

Primera carta a Timoteo

Introducción 9
Capítulo 1 11
Capítulo 2 45
Capítulo 3 65
Capítulo 4 85
Capítulo 5 103
Capítulo 6 127

Segunda carta a Timoteo

Introducción 151
Capítulo 1 155
Capítulo 2 179
Capítulo 3 205
Capítulo 4 241

PRESENTACIÓN DEL AUTOR Y SU OBRA

El Rev. Meint R. van den Berg nació en los Países Bajos en 1928. Después de sus estudios teológicos en la Universidad Teológica de Kampen, fue ordenado pastor y ejerció el ministerio pastoral en las iglesias reformadas neerlandesas de varias ciudades. Pero, desde 1962 al 1968, trabajó como misionero entre los zulúes en la provincia de Richmond (Natal, África del Sur), desde donde volvió a su patria para seguir ejerciendo el ministerio pastoral, hasta su jubilación en 1993.

Este comentario a las cartas del apóstol Pablo a Timoteo surgió después que el Rev. M. R. van den Berg pronunciara una serie de lecciones bíblicas transmitidas al país por una emisora de radio cristiana de gran prestigio y alcance. Se trata de un comentario que tuvo grande aceptación entre los radioyentes, y que, una vez editado, adquirió mucha difusión y fue comentado, a la luz de la Biblia, en los estudios bíblicos de diferentes iglesias neerlandesas.

La Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELiRe), contando con el beneplácito del autor, ha provisto de bastantes citas bíblicas a su comentario; pero la mención de algunos textos, a propósito de una palabra bíblica (por ejemplo, gracia, fe, ley, etc.), puede llevar al malentendido de que esa palabra bíblica siempre está en todos los textos precisamente para el mismo concepto, o lo que es aún peor: para el mismo concepto teológico. Pero el significado de una palabra puede variar en un texto, y debe ser deducido del contexto de toda la preícope o pasaje en que el texto se halla; porque la lengua bíblica es una lengua viva, y no una lengua de conceptos.

Asimismo, FELiRe ha hecho alguna que otra referencia al Catecismo de Heidelberg, cuya abreviatura es indi-

cada por las letras mayúsculas CH, más una cifra; esto es: que si queremos referirnos, por ejemplo, a la pregunta y respuesta 21 del Catecismo de Heidelberg, escribimos: CH21. Con lo cual, esta Fundación Editorial sólo pretende ayudar un poco más al estudio de estas cartas del apóstol Pablo a Timoteo.

Quiera el SEÑOR bendecir este comentario a su Palabra, para honra y gloria de su Nombre en todos los países de habla hispana.

FELiRe 1998

Timoteo fue hijo de padre griego –pagano, al parecer–, cuyo nombre desconocemos, y de madre judía, llamada Eunice¹. Vivían en Listra (Hch. 16:1). Por diversos datos, podemos deducir, que Timoteo –que no estaba circuncidado²–, llegó a la fe en Cristo por la predicación de Pablo durante su primer viaje apostólico. Cuando, en su segundo viaje, Pablo volvió a Listra, se llevó consigo a Timoteo como ayudante, después que primeramente lo hiciese circuncidar. Desde ese momento, Timoteo es el más consagrado colaborador de Pablo. A veces, se encuentra en compañía de éste; y, en otras ocasiones, es dejado por Pablo en algún lugar, para proseguir la obra, o es enviado a otro sitio con un encargo especial.

De las circunstancias en que fue escrita la primera carta a Timoteo, apenas se sabe algo. Tampoco conocemos el tiempo o época en que apareció. Lo único que sabemos es, que Pablo se encuentra en Macedonia (Grecia), y que Timoteo está en Éfeso. Antes de que Pablo partiese para Macedonia, conversaron mutuamente. Pero, ¿cuánto tiempo hacía que esto ocurrió?, tampoco está claro. En cualquier caso, Pablo tiene necesidad de escribir a Timoteo, para recomendarle toda una serie de cosas que, en gran parte, también le había comunicado ya de viva voz.

1. Procedencia de Timoteo, cf. 2 Ti.1:5.

2. Circuncisión de Timoteo por causa de los judíos en las ciudades griegas, cf. Hch. 16:3. Allí no se daba la situación de Gá. 2:3-4.

PRIMERA CARTA A TIMOTEO

La Economía de Dios en el Gobierno de su Casa

INTRODUCCIÓN

La carta que vamos a leer no está dirigida a una iglesia, sino a una persona. No es tan sorprendente que las cartas dirigidas a iglesias encontrasen un lugar en el Nuevo Testamento, y fuesen incluidas en él como Palabra de Dios para todos los tiempos. Pero esto no es tan lógico en cartas dirigidas a personas particulares, en las cuales incluso se hallan avisos puramente personales, como: «Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades» (1 Ti. 5:23).

Sin embargo, así ocurrió. También las cartas a Timoteo son Palabra de Dios para nosotros. Como es natural, esto va ligado al hecho que Timoteo fue uno de los ayudantes de Pablo, y que en estas cartas recibe instrucciones respecto a su labor y al funcionamiento de una iglesia de Jesucristo.

CAPÍTULO 1

Versículo 1:

«Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro y del Señor Jesucristo nuestra esperanza,»

Pablo, según costumbre en sus cartas, comienza nombrando remitente y destinatario; y se presenta a sí mismo como apóstol de Jesucristo.

Ante este hecho, uno podría preguntar: —‘¿Por qué Pablo tuvo que destacar esto? ¿No sabía Timoteo a ciencia cierta, que Pablo era apóstol de Jesucristo?’

Sí, naturalmente que Timoteo lo sabía; pero el saber algo no implica que por eso vaya a ser superfluo decirlo. Nosotros sabemos muy bien, por ejemplo, que debemos amar a nuestro prójimo; pero no está demás que lo oigamos reiteradamente. Así pues, tampoco es superfluo que Timoteo se confronte, una vez más, con el hecho que Pablo es apóstol de Jesucristo.

La carta que Timoteo recibe, y que está llena de indicaciones para su trabajo, no procede de un cristiano caprichoso, sino de alguien que ha sido enviado por Cristo mismo. Esto da un acento extra a la carta.

Tampoco es imposible que Pablo haya escrito estas palabras para sí mismo, es decir, para recordarse a sí mismo desde el comienzo de la carta: —‘Recuérdalo,

Pablo, tú eres un apóstol de Jesucristo; tú no puedes escribir lo que quieras; tú representas a Jesucristo; tú eres su enviado, y lo que vas a escribir, debe ser rubricado por él'.

Porque un apóstol es alguien que actúa en nombre de quien le envía, tiene el encargo de representarle. Y quien se encuentra con un apóstol, debe darse cuenta que está tratando con el embajador de él. El apóstol¹ mismo debe esconderse detrás de quien le envía, y no a la inversa.

Este debe ser también el caso en esta carta: Pablo la escribe; pero debe hacerlo de tal manera que Cristo hable en ella. Esto es muy importante tenerlo en cuenta en la lectura de esta carta.

Que Pablo es un apóstol² de Jesucristo, estriba en un mandato de Dios y de Cristo; y a Pablo le parece importante resaltar esto claramente. Pues, en sus días, ha tenido que vérselas con gentes que negaron su *cargo de apóstol*³; y decían: -'Pablo se ha erigido a sí mismo en apóstol'. Pero Pablo consigna expresamente: -'Eso no es verdad. Mi cargo de apóstol descansa en un mandato de Dios, nuestro Salvador; y de Cristo, nuestra esperanza'.

Por lo general, en el Nuevo Testamento nos encontramos con la palabra *Salvador* en relación con Cristo. Pero esta palabra también puede ser usada en relación con Dios; pues éste no es menos Libertador y Redentor que Cristo nuestro Salvador⁴.

1. Apóstol (en griego, apóstolos), o sea, mensajero, enviado con plenos poderes, cf. Jn. 13:20; 17:18; Mt. 10:2-5; 28:19. Los apóstoles fueron los testigos oculares de la resurrección de Cristo, cf. Hch. 1:8, 21-22; 10:41; 2 Pe. 1:16.

2. También Pablo fue llamado a ser apóstol, cf. Hch. 9:5, 15-17; 1 Co. 9:1; Ro. 1:5.

3. En 2 Co. 6:10-11, Pablo se defiende contra sus adversarios.

4. Dios nuestro Salvador, cf. Is. 45:21; Lc. 1:47; 1 Ti. 4:10; Tit. 1:3, 2:10; 3:4-7; Jud. v. 25.

Si preguntas a las gentes: —¿Quién es Dios? Muchos te contestan: —‘Dios es un poder indeterminado sobre nosotros en el que apenas puedes pensar’. Pero el apóstol Pablo da una respuesta totalmente distinta: —‘Dios es nuestro Salvador; él libera nuestra existencia del poder del pecado y de la muerte’.

La Biblia no razona acerca de Dios, ni monta demostración alguna respecto a él; sino que nos dice, sencilla— y concretamente, lo que él hace: —‘El nos salva; él es nuestro Salvador’.

Esto lo puedes decir, sólo en el caso que te dejes redimir por él. Si no lo haces, hablarás de él de otra forma. Entonces no haces más que razonar sobre él; y Dios te es, a lo sumo, un objeto atractivo para una discusión.

Permíteme que aclare esto con un ejemplo.

Imagínate que tú, cuando eras un niño, en cierta ocasión fuiste salvado de morir abrasado, por la ayuda de un cierto ‘señor X’. Más tarde, yendo en compañía de un par de amigos tuyos, te lo encuentras en la calle, y uno de tus amigos pregunta. —‘¿Quién es ese señor?’, y tu otro amigo contesta: —‘¡Oh, éste es el ‘señor X’; y vive en tal calle en una casa preciosa; tiene un coche carísimo y dos perros irlandeses’. Estos detalles son cosas que también tú sabes muy bien; y quizá tienes aun mucha más información similar acerca del ‘señor X’. Sin embargo, tú darás una respuesta diferente a la pregunta de tu amigo; pues tú respondes: —‘¡Este ‘señor X’, es mi salvador!’ Tu respuesta dice muchísimo más, cala más profundamente que la otra.

Así es también respecto a Dios. Puedes decir muchas cosas de él, y dar una buena parte de información acerca de él; pero sólo aciertas, cuando dices: —‘¡Él es mi Salvador!’

Y Jesucristo es nuestra esperanza. La esperanza

guarda relación con algo que aún no posees, y que aún esperas. En nuestro lenguaje corriente, la esperanza no expresa certeza alguna. Sólo te cabe esperar si aquello que esperas, llega realmente. Pero, en la Biblia, esto no es así. Allí, la esperanza no es un asunto dudoso, sino una certeza⁵. Tampoco podía ser de otra manera; porque nuestra esperanza es Cristo⁶; y no hay una certeza más grande que Cristo.

Y Pablo es apóstol por encargo de ese Dios y de ese Cristo.

Versículo 2:

«a Timoteo, verdadero hijo en al fe: Gracia, misericordia y paz, de Dios nuestro Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor».

Pablo, como tal apóstol, escribe a Timoteo, su verdadero hijo⁷ en la fe. Con esto quiere decir, que Timoteo ha llagado a la fe en Cristo por su predicación; y ello no fue una simple veleidad que desapareció, tras un corto tiempo, sino que fue algo auténtico.

Diciéndolo de esta manera, Pablo también expresa su cariño hacia Timoteo; el cual le llega al alma, como un hijo a su padre. Para Timoteo hay gracia, misericordia y paz de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor.

*Gracia*⁸ es la actitud benevolente, la afección de Dios respecto a ti que, de hecho, la has echado a

5. En la Biblia, el «esperar» no va unido con incertidumbre sobre el resultado, sino que es esperar positivamente, por descontado, cf. Hch. 24:15; Ro. 8:25; He. 10:23; 11:1.

6. Cristo es nuestra esperanza, cf. Col. 1:27.

7. Timoteo «hijo» de Pablo, cf. Fil. 2:22; 1 Co. 4:14-17.

8. Gracia, cf. Ro. 3:23; 4:4; 11:6; Ef. 2:8-9; Lc. 18:13-14.

perder totalmente. Tú has ganado precisamente lo contrario, lo opuesto: Dios debería estar enfadado contigo; te debería haber apartado lejos de él; pero, sin embargo, se vuelve a ti: *Esto es gracia*.

Que Dios es indulgente, guarda relación con su misericordia. Quien es misericordioso, deja a su corazón hablar; y no permanece mirando, helado como un témpano, las miserias del otro.

Así es Dios, y así es Cristo. No son fríos ni permanecen inmóviles mirando las miserias en las que nosotros mismos nos hemos precipitado. Ellos han dejado a su corazón hablar, y lo han abierto ampliamente para nosotros en nuestra miseria culpable.

Y así es como ahora tenemos paz⁹ con Dios; y ello permite que, nuevamente, todo marche bien entre él y nosotros. Esa relación puede florecer de nuevo, y operar curativamente en toda nuestra existencia y en nuestras relaciones.

En nuestra práctica eclesial, hemos llegado a caer en la costumbre que esta invocación-bendición (v. 2) sea expresada sobre nosotros como iglesia. Pero, según esta carta, también puede ser hecha sobre personas concretas. Eso es algo que, quizá en alguna medida, hayamos perdido de vista.

Versículo 3.

«Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina,»

Después del saludo, Pablo va directamente al grano:

9. Paz entre Dios y nosotros, cf. Ro. 5:1; Col. 1:20. Y de ahí (generalmente), estado o situación de paz (sjaloom), cf. Is. 55:12; 57:21; Jn. 14:27; 16:33; Fil. 4:7, etc.

–‘Aún sigo afirmándome en lo que dije en mi partida hacia Macedonia...’, Aunque propiamente dice: –‘Como te amonesté en mi partida...’

Con la palabra *amonestar* pensamos, casi inmediatamente, en aquel dicho: ‘Leer la lección o cartilla a alguien’. Pero, en la Biblia, no es así. Aunque esta palabra tenga el significado de ‘reprender’, ello no obstante, no se refiere a algo desagradable. En este contexto, pues, no debes pensar en el significado reprender, sino en el de *exhortar muy encarecidamente*. Esta es también una manera bíblica de amonestar¹⁰.

Cuando Pablo partió hacia Macedonia, exhortó muy encarecidamente a Timoteo, que aún permaneciese en Éfeso. Timoteo quizá tenía planes para ir a otra parte. En cualquier caso, Pablo –vista la situación en Éfeso–, encuentra importante, que Timoteo permanezca aún allí; y se lo recomienda muy expresa– y encarecidamente.

Pues en Éfeso hay gentes que causan daño a la iglesia. Al parecer, hay miembros que no se atienen a la doctrina de Pablo, sino que traen otra; y Timoteo debe impedirlo. Debe procurar, que esa otra doctrina no pueda entrar en la iglesia, y que esas personas no difundan por más tiempo sus ideas.

Versículo 4:

«ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarreen disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo».

¿Qué ideas eran precisamente esas?, Pablo no lo

10. Exhortar (advertir, amonestar), o sea: recomendar, cf. 1 Ts. 2:11; 4:18.

dice aquí. Tampoco es necesario; pues, Timoteo, como es natural, lo sabía todo al respecto. Pero esto nos dificulta algo más llegar a comprender de qué se trataba.

Por lo que Pablo dice, queda muy claro, que se trata de personas (cristianos judíos) que se pierden en especulaciones; que aguzan su atención a los mitos y a los registros genealógicos interminables.

Un *mito* es un relato que no narra acontecimientos reales.

Un hombre como Platón, usó el mito como una especie de modelo o método pedagógico. En la forma de un relato, quiso expresar verdades profundas. En un mito se trata de una verdad, *no* del relato en sí. El relato no es más que medio auxiliar. Quien ha llegado a ver la verdad de que se trata, puede olvidarse del relato, y echarlo al cesto de los papeles. Quien lee mitos no se pregunta: -'¿Qué ha ocurrido?', sino: -'¿De qué verdad, de qué idea se trata?'

Los falsos maestros de Éfeso se hallaban ocupados con tales mitos. Pablo no tiene que ver con esos mitos; y aquellos cristianos que piensan que la Biblia está llena de mitos, se han de dar por enterados que no es así.

El mundo en que Pablo predicó el Evangelio estaba lleno de mitos. Pablo sabía muy bien lo que eran los mitos; y establece una profunda distinción entre ellos y el Evangelio que él traía. La doctrina que Pablo predicaba no se componía de mitos. El no venía a molestar a las gentes con ideas profundas y pensamientos religiosos; pues, con estas cosas, el hombre no adelanta nada. No somos salvos por pensamientos profundos ni por ideas religiosas; sino por lo que Dios ha hecho en la historia, y por lo

que aún hará¹¹. En esto descansa nuestra salvación, y no en mitos impenetrables.

En Éfeso, los falsos maestros arrancaban a la iglesia de la base de la salvación, haciéndola concentrarse en mitos y en todo tipo de consideraciones especulativas que anudaban a genealogías¹². De esto —dice Pablo—, sólo obtienes sutilezas extravagantes, pero ninguna edificación en la fe. Por tanto, eso se convierte en asunto de cabezas calientes y corazones fríos. Cuanto Pablo expresa aquí, es bastante difícil de reproducir en una traducción. Pero, literalmente, viene a decir: 'Esas sutilezas extravagantes no conducen a la economía de Dios en la fe'.

Economía^{13a} significa: 'La ciencia de gobernar la casa'. Un economista, en los días de Pablo, era un administrador^{13b}; el cual, por lo general, era un esclavo; y debía cuidarse de que el gobierno de la casa de su amo permaneciese funcionando; debía hacer compras; procurar que cada cual —en el gobierno de la casa, cada esclavo y todos los miembros del personal— obtuviese lo que necesitaba. Era el responsable de una buena distribución de las tareas y del trabajo; de que todo marchase bien, y no degenerase en un desorden caótico.

De esto se trata también en la iglesia; la cual es *el gobierno de la casa de Dios*; y también este gobierno consiste en una buena economía. Una eco-

11. Dios actuó salvíficamente y aún lo seguirá haciendo, cf. Is. 41:21-29; 42:8-9; 46:8-13; 48:1-11; Sal. 78:2-4; Sal. 78:12-16; Lc. 24:46-49; He. 12:26.

12. Genealogías, cf. Tit. 3:9 (se refiere a los judaizantes, cf. Tit. 1:14).

13a. En griego: economía.

13b. La versión Reina-Valera, en 1 Co. 4:1, llama «administrador» a quien se le encomienda o encarga la «economía».

nomía como Dios quiere; pues, una buena economía en la iglesia existe, únicamente, cuando la fe es lo central¹⁴.

Cuando las actividades de una iglesia no proceden de la fe, ni están dirigidas a ésta, la economía no funciona en esa iglesia; y entonces llega la inflación, y viene a pique el rumbo de la fe.

Por eso Pablo está tan en contra de aquellos falsos maestros. Lo que ellos ponen de relieve, no sirve para la edificación de la fe; lo cual, por sí sólo, no lleva a una economía sana; y precisamente eso disloca aquella economía, y conduce a pobreza espiritual. Esto también puede decirse de la vida personal. La economía de Dios nos exige que establezcamos prioridades. Debemos organizar nuestra vida de tal manera que la edificación de nuestra fe, se sirva de ello. Con frecuencia, es más difícil decir que no se dispone de tiempo para el estudio de la Biblia, que se carezca de tiempo para las aficiones particulares. Si este es el caso, no debe extrañarnos cuando la fe decae, se desvirtúa y pierde su peso y valor.

Esto también es verdad en la iglesia. Si, por ejemplo, cuestiones, divergencias y controversias llegan a absorber y exigir toda atención, es que se ha echado a perder la economía¹⁵, es decir: *el gobierno de la casa de Dios*.

Versículo 5:

«Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida.»

Con la palabra *mandamiento*, Pablo aquí se re-

14. A lo que la iglesia debe dirigirse, cf. Ef. 4:12-16; 2:10.

15. La iglesia no es edificada con cuestiones, cf. Ro. 14:19-22; 1 Co. 3:1-15.

fiere a la predicación del Evangelio, en el sentido más amplio de la palabra, dentro de la iglesia. En todas las formas en que el Evangelio puede llegar hasta nosotros (predicación, visita a domicilio, conversaciones mutuas, reuniones bíblicas), el propósito u objetivo debe ser, que el amor aumente en nosotros. Todo debe apuntar a esto¹⁶.

El fin de una predicación, por ejemplo, no es cultivar un conocimiento político, de la derecha o de la izquierda, y tampoco solucionar problemas sociales y empresariales; ni celebrar disertaciones teológicas, ni fatigar a las personas con especulaciones y sutilezas. De ahí que toda actividad en la iglesia debe ser una apelación al corazón de cada uno, a la conciencia y a la fe. Sólo entonces permanece sana la economía dentro del gobierno de la casa de Dios.

Pablo no habla de modo incongruente de un *corazón limpio*¹⁷, de una *buena conciencia*¹⁸ y de una *fe no fingida*.

En el terreno de la fe se finge y aparenta muchísimo. Solemos pensar, que este no era el caso en los comienzos de la iglesia cristiana, y que entonces el cien por cien de los cristianos tenía una fe no fingida. Pero, ser cristiano entonces era mucho más arriesgado que ahora. Te podía costar tu libertad, e incluso la vida. Si en tal circunstancia eras cristiano, debía ser algo auténtico; piénsalo, pues.

16. El objetivo de la exhortación es el amor, cf. 2 Co. 13:11; Ef. 4:1-2; 1 Ts. 4:9-10.

17. Puro, y no simplemente exteriormente, sino puro de corazón, cf. Sal. 24:4; Pr. 16:2; Ez. 36:25-26; Mt. 5:8; Stg. 4:8.

18. La conciencia es la voz que nos exhorta en nuestro corazón, la cual tiene conocimiento del bien y el mal; pero, sin embargo, debe ser enseñada por Dios, cf. Job 27:6; Ro. 2:14-15; 1 Co. 10:25; 2 Co. 1:12; Ef. 4:18; Tit. 1:15; He. 9:9, 14; 10:2, 22; 2 Pe. 3:1.

Pero, éste no era el caso; también entonces había cristianos que simulaban fe, que aparentaban tenerla. Quizá eran menos que ahora; pero los había realmente.

Como es natural, tales personas no hacen ningún bien al contenido y calidad de una iglesia; pues, aun en el caso que lo disimulen muy bien, el poder real que de ellos dimana es nulo. El poder del Espíritu de Dios no obra a través de ellos; y, si este Espíritu no obra, quizá alguien o alguna iglesia puede ser activa, aparecer exteriormente muy brillante hacia afuera; pero, en estos casos, la vida verdadera era nula; ésta sólo se da si el amor florece de una fe no fingida.

Versículo 6:

«de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería,»

De ahí que Pablo avise de esa forma contra los falsos maestros de Éfeso. Lo que éstos hacen y enseñan no está dirigido al amor, sino que se desvía de este objetivo. Por eso, todo lo que afirman, es vana palabrería.

Si las cosas sobre las que dentro de una iglesia se habla, y por las que ella se preocupa, tienen pleno sentido y razón de ser, es una pregunta que no se responde por el número de miembros que las juzga importantes, y las coge con calor. Sólo tiene pleno sentido y razón de ser en una iglesia aquello que sirve para la edificación y aumento del amor. Todo lo que no está encaminado a esto y lo soslaya, se vuelve palabrería vana y sin sentido.

Hay cristianos que pueden hablar acerca de todos los asuntos eclesiales. Con ellos puedes mantener una discusión sugestiva sobre preguntas di-

versas: -'¿Qué piensas de esto o aquello? ¿Qué te parece aquella cuestión? ¿Cuál es tu postura ante ese problema?' Pero, referente a la edificación mutua en la fe y en el amor, no tienen absolutamente nada que ofrecer; y esto es precisamente el punto del que se trata e importa en una iglesia. A veces, esas discusiones sugestivas son sólo una fachada tras la que se esconde el vacío interior.

Versículo 7:

«queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman.»

Esto ocurría también con los falsos maestros de Éfeso. Lo que tenían que contar, les parecía terriblemente importante a ellos. No es que hablasen cosas sin sentido a las gentes. No eran escritores de textos de reclamo que pueden expresar líricamente sobre insignificancias en que ellos mismos no creen; no se trataba de eso. Ellos estaban firmemente convencidos de la verdad, y de la importancia de sus enseñanzas.

Querían ser maestros de la Ley. Así deseaban ser llamados y conocidos. Esto nos aclara, que se trataba de judíos y judaizantes.

Pablo, a lo largo de su vida, estuvo reñido con los judaizantes; éstos se aferraban constantemente a las leyes mosaicas; las cuales -según ellos-, 'pertenecían a la base de nuestra salvación'; y 'la base de la salvación no sólo descansa en Cristo' -decían-; 'sino también en nuestro cumplimiento y seguimiento de las leyes mosaicas; las cuales deben ser cumplidas necesariamente por todo cristiano que quiere ser salvo, aunque sea un converso del paganismo'.

Así pues, siempre se hallaban ocupados con es-

tas leyes; y profundizaban constantemente en ellas, porque querían ser maestros de la Ley.

Pero, lo triste es —manifiesta Pablo—, que no saben lo que dicen; no tienen la más mínima visión de las cosas de las que hablan con tanta rotundidad y seguridad; permanentemente se ocupan de esa Ley; la escudriñan y la ligan a demostraciones y sistemas enrevesados. Pero, el hecho que ellos todo lo quieran imponer a todos como obligatorio —también a aquellos que han llegado a la fe en Cristo—, y que quieran atrapar en la red a todo el mundo, constituye la prueba de que no tienen ni la más mínima idea del significado de la Ley con la que se hallan tan ocupados.

Pablo siempre enseñó a las gentes: 'Quien cree en Cristo, y es conducido y gobernado por el Espíritu de Cristo, es libre de la Ley'. Especialmente en su carta a los Gálatas ha recalcado esto con energía. 'Quien cree en Cristo, ha muerto a la Ley. La Ley no tiene derecho alguno sobre él. Esa Ley era un maestro severo, un pedagogo, hasta la venida de Cristo¹⁹. Pero, ahora que él ha venido, y creemos en él, ya no estamos más bajo ayo'. Y, expresamente, Pablo avisa a los Gálatas: 'Si ahora os volvéis a poner bajo la Ley, perdéis la salvación por Cristo'.

¡Tanto está allí en juego!

Quien como cristiano vuelve a vivir bajo la Ley; quien busca en la Ley su salvación, y la quiere ver como requisito para su salvación, bloquea la salvación por Cristo.

Esto cabe decirse de todo aquello en que ponemos nuestra confianza fuera de Cristo. Si nos apoyamos en lo que hacemos por Dios, o en lo que

19. La Ley fue un ayo hasta la venida de Jesucristo, cf. Gá. 3:19, 23-24; 4:2.

sentimos y experimentamos, entonces no edificamos nuestra fe, sino que la enterramos.

Hay personas que piensan: -'En base a lo que hago para con Dios, o según lo que interiormente siento y experimento de mi comunión con él, puedo confiar, que todo marcha bien entre Dios y yo'.

Es cierto que el sentimiento es un factor importante; pero, si voy a basar mi certeza en lo que hago o siento, estoy equivocado. Esto siempre fue una gran tentación -también hoy día. Vivimos en unos tiempos en que *sentir* y *experimentar* son palabras clave. Nuestra época dice: -'Lo que siento y experimento, eso es realidad para mí; lo que no siento ni experimento, no es realidad para mí; no lo veo estable'.

Así es como montones de gentes se encuentran esperando en una especie de experiencia interior, en un momento en que sientan algo. Sólo si llega este caso, se atreven a confiar que Dios es su Padre, y que ellos son hijos de Dios. Pero, de esta manera, no fundamentamos nuestra fe ni edificamos el amor. Quien busca certeza en lo que siente, nunca llega a una certeza fiable; y edifica sobre una base que no sirve, y en la que nada consigues.

Todo el mundo tiene alguna vez la sensación que un vecino o conocido no le saludó, o que estaba enfadado con él. Lo cual, después, se evidencia, no ser así. El sentimiento, pues, no se corresponde con la realidad. Así también puedo tener el sentimiento de que Dios no me oye, o que no le intereso, o que él no existe, mientras que tal sentimiento no corresponde a la realidad, sino que está basado en una interpretación totalmente falsa por mi parte.

No estaría bien, si un hijo sólo fuera verdadero hijo de sus padres en los momentos en que él lo

sintiera interiormente. Por suerte, el hecho que tú seas hijo de tus padres no está basado en tu sentimiento; tiene un fundamento mucho más objetivo y real.

Nuestra fe y nuestro amor no son edificados por el cultivo de nuestro sentimiento religioso, y tampoco por las aspiraciones de nuestras prestaciones, sino sólo cuando echamos mano a las promesas de Dios, y confiamos en ellas. Naturalmente, que en esto juega un papel tu sentimiento, lo mismo que tu entendimiento. Pero, éstos nunca pueden ser la base de la certeza de nuestra fe. Por eso Pablo se oponía tan tajantemente a los falsos maestros de Éfeso; pues, con sus enseñanzas, arrancaban a la iglesia de la firme base de las promesas de Dios²⁰; y enseñaban a las gentes a afirmarse sobre la engañosa base del propio cumplimiento de la Ley.

Versículo 8:

«Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente;»

Es natural, que aquellos maestros de la Ley tuvieran una réplica. Cuando las gentes, basadas en las palabras de Pablo –que el cristiano está libre de la Ley–, les acusasen de legalismo, responderían: –‘Pablo menosprecia la Ley. Poniéndola a un lado y considerándola sin valor, desprecia un buen don de Dios. Pablo propiamente critica a Dios. ¿Acaso puede estar equivocado lo que Dios ha dado?’

Ciertamente, no –responde Pablo; yo nunca he afirmado eso. Nosotros sabemos que la Ley es buena²¹.

20. La promesa de Dios es el fundamento de nuestra salvación, cf. Gá. 3:16, 29; He. 9:15; 2 Pe. 1:4; 1 Jn. 2:25.

21. La Ley es buena, cf. Ro. 3:31; 7:7; pero *nosotros* no somos buenos, cf. CH5, 8 y 62.

Tampoco mi crítica está dirigida contra la Ley misma, sino contra el uso que de ella hacen los falsos maestros. A la Ley, en sí misma, nada le falta. Pero los 'maestros' de la Ley nada entienden de la Ley; el uso que hacen de ella no está en consonancia con la Ley misma; no está conforme con el carácter de la Ley.

Versículo 9:

«conociendo esto, que la Ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas, para los homicidas,»

La Ley, pues, está ahí, no para el justo²².

Quien ha llegado a la fe en Cristo y ha obtenido perdón y es renovado por el Espíritu Santo, ha sido liberado por Cristo de la maldición de la Ley; la cual ya no vale para él, y no le puede condenar más. Y quien pretende volver a poner a un creyente bajo esa maldición de la Ley, y quiere hacerle nuevamente víctima de la misma, abusa de la buena Ley de Dios, y no obra en la edificación del amor.

Quien ha aceptado a Cristo, puede cantar: -'Me gloriaré eternamente en la cruz, y ninguna ley me condenará'. Está libre de la Ley; porque la Ley no es para el justo. Pero, para quien no se ha cobija-

22. Quien vive del Espíritu no está más *bajo* la Ley, cf. Ro. 3:21; 7:3-6; 2 Co. 3:7-8, 11-18; Gá. 3:25; 5:1, 16-18; pero no es «un-sin-ley», cf. Gá. 5:19-25; HC64, 86 y 87; cf. Ro. 8:3-4; Col. 3:1-6; CH 90; y según los mandatos de Cristo, pues vive *del poder* de la obra de Cristo; cf. Jn. 13:34; 1 Jn. 3:22-24; CH91, 114 y 115; y Cristo también obra su santificación, cf. Ro. 7: 4; 2 Co. 3:7-8; CH43.

do en Cristo y no se ha dejado liberar por él de la maldición de la Ley, ésta aún está vigente, y cae de lleno bajo el juicio de la misma.

Entonces, Pablo da una –incompleta– suma de personas entre las que puede aplicarse ese juicio y maldición de la Ley. Los primeros que nombra son los sin ley. Esta es una observación que debes probar: La Ley existe precisamente para aquellos que no hacen caso alguno de la Ley.

Hay gentes que no quieren saber nada de la Ley de Dios; quieren estar libres de esa ley; se desligan a sí mismos de ella, y se la sacuden de encima. Entonces dicen: –‘Ya está, ahora somos libres; ahora podemos determinar nosotros mismos nuestra vida’.

Pero, eso no es así, –dice Pablo. La Ley está ahí precisamente para aquellas gentes que se han desligado de ella. Concretamente éstas están bajo la condenación y maldición de la Ley. El único que de verdad puede liberar de la Ley es Cristo. Pero, quien quiere liberarse a sí mismo de ella, permanece irrevocablemente bajo la condenación y maldición de la Ley.

Luego nombra Pablo a los *desobedientes*. La palabra que usa en este caso, se refiere a personas que no reconocen nada ni nadie por encima de ellas; y que a nada ni a nadie quieren someterse. Ellas mismas quieren determinar lo que está bien; sólo se reconocen a sí mismas como legisladores.

Pero, también eso es una ilusión, –dice Pablo. Es evidente, que no reconocen que están sujetos a la Ley de Dios; pero, evidentemente es así. Gritan desde las azoteas, que no reconocen ni Dios ni maestro alguno. Pero, precisamente para ellos, está ahí la Ley, inevitablemente.

Esto mismo vale también para los *impíos*²³ y *pecadores*. Por impíos no debes entender sólo los ateístas. Pablo se refiere a gentes que no se interesan por Dios, y que en sus vidas no le tienen en cuenta para nada. Por pecadores, Pablo entiende gentes que llevan una vida escandalosa.

La Ley también está vigente para *irreverentes* y *profanos*. Para irreverentes, Pablo usa una palabra que expresa: personas que no tienen respeto a todo lo que es santo, puro y pío; y lo pisotean con sus botas manchadas de barro, lo hunden o lo ridiculizan.

También los *parricidas* y *matricidas* caen bajo el juicio de la Ley. En este caso, no precisamos pensar exclusivamente en hijos que, en sentido literal de la palabra, han matado a sus padres con un cuchillo o revolver. Esto —por suerte— no ocurre tan frecuentemente, pero podemos pensar en hijos que hacen tan agria la vida de sus padres, que con ello les envejecen o les exponen a enfermar del corazón; éstos son un clavo en la caja mortuoria de sus padres. Por desgracia, tales hijos abundan; y Pablo les llama asesinos de sus padres.

Esta Ley también conmina a los *homicidas*.

Hoy en día, es bastante común que el asesinato y el homicidio sean considerados como algo rechazable, a pesar de que en la psicología moderna hay tendencias que quieren justificar, que alguien pueda dar rienda suelta a su agresividad, aunque ello pueda conducir a una riña sangrienta.

23. Impíos, cf. Sal. 1:5; 10:4; 14:1-2; 1 Pe. 4:18

Versículo 10:

«para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina,»

Respecto a la *fornicación* y la *homosexualidad*, la opinión de estos últimos tiempos ha cambiado profundamente. Fornicación y pornografía (Pablo usa aquí la palabra *porno*) son cada vez más aceptadas en la sociedad. Se debería hacer una pequeña estadística de filmes en los que la fornicación se está haciendo tan normal que uno debe constatar en cada momento cómo lo que la Biblia nos dice a este respecto, es visto como anormal.

También se hacen cada vez más fuertes las voces que defienden la pederastia²⁴. Pues, si te ha tocado ser así, ¿por qué no la habrías de practicar? Sin embargo, quien sigue este razonamiento, ha echado a un lado la Ley de Dios. Pero, precisamente entonces, caes bajo el juicio de la Ley, —afirma Pablo.

Luego tenemos a los *secuestradores*: Gentes que asaltan a otros, y los toman presos para venderlos como esclavos. Hoy día, podríamos pensar en todo tipo de rehenes; con lo cual, la vida de inocentes es el resorte para lograr un objetivo determinado. También semejantes acciones se aplauden y defienden en la actualidad.

Por último, Pablo cita a los *mentirosos y perju-*

24. Permitir la pederastia en la legislación (de un Estado neutral) no se puede defender con el argumento de que uno mismo debe poder expresarse de acuerdo a su naturaleza (carácter especial). Porque en la pederastia siempre se trata de una desigual relación (de poder) entre adulto y niño, también cuando el niño «colabora» (coopera), lo cual imposibilitaría a un Estado de derecho el proteger al niño. En la iglesia, jamás está permitida semejante aberración moral.

ros. El ya viejo asunto Watergate hizo ver cómo ocurría el perjurio y la mentira en funcionarios de altas esferas. Varios de ellos fueron condenados por perjurio. Si esta es la mentalidad en gentes distinguidas, mal va la cosa.

Todo esto –y mucho más– va en contra de la sana doctrina; y para gentes que viven en tales pecados, ahí está la Ley; deben ser confrontados con ella, y les debe ser aplicada. Entonces se hace buen uso de la misma; y si se la maneja de ese modo, es que se tiene visión de su carácter y función.

Pero si te pones a usar la Ley, para volver a esclavizar al creyente cristiano bajo el yugo²⁵ de la propia prestación–según–la–Ley, y para arrojarlos a la loca carrera de buscar una base para su salvación, usas de la Ley de forma totalmente equivocada, y no expones ni traes la sana doctrina.

Versículo 11:

«según el glorioso Evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado.»

Pablo trae la *doctrina sana*, es decir, la doctrina con la que no te indigestas, sino que te sana²⁶. La doctrina de Pablo es sana, porque está en consonancia con el mensaje gozoso (= *Evangelio*) de la gloria de Dios salvador.

En el Evangelio nos llega la gloria y la magnificencia de Dios. Y, por conducto del mismo, obtenemos parte en estas cosas; así de sencillamente; de balde. No a cambio de prestaciones por nuestra parte, sino gracias al dolor y muerte de Cristo.

25. Yugo de esclavos, cf. Hch. 15:10; Ro. 8:15; Gá. 5:1.

26. Enseñanza, doctrina que (hace) sano, cf. Sal. 1:2-3; 19:8-14; Tit. 1:9; 2:1-2; véase también el comentario a 2 Ti. 1:13.

Este es, efectivamente, un mensaje gozoso; un anuncio que te libera del miedo neurótico de tener que merecer tu propia salvación, y de la condenación y maldición de la Ley. Es una nueva que te hace exclamar: '¡Eternamente me gloriaré en la cruz; y ninguna ley me condenará; yo soy libre de muerte y de pecado!'

Este es el Evangelio de perdón y salvación que me ha sido *encomendado*, —añade expresamente Pablo. Por eso, quien quiere conocer la sana doctrina, debe estar con Pablo, y no con los falsos maestros.

Versículos 12 y 13:

Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad.»

Para Pablo mismo el hecho que este Evangelio le haya sido confiado, es una razón para dar gracias a Cristo. También es algo fuera de lo común. Lo que a Pablo le está permitido hacer, podrías compararlo con lo que hacen los libertadores de prisioneros de guerra en un campo de concentración: Rompen las alambradas, y penetran en donde toda clase de personas ven inminente su ejecución, y gritan: —'¡Salid, estáis libres!'

Esto es lo que Pablo puede hacer; pues, le está permitido ofrecer gracia, libertad y vida a gentes que están alistadas para muerte. Este es un trabajo que merece gratitud, y que puede hacerte muy feliz.

En el caso de Pablo, es preciso añadir, que, a causa de su pasado y según las previsiones humanas, no era la persona directamente indicada para tal me-

nester; y, visto humanamente, podrías decir: -'Este trabajo es para alguien con una buena hoja de servicios; este trabajo de tanta responsabilidad debe ser puesto en manos de alguien que se ha hecho merecedor de confianza; y para el cual no coges a cualquiera, sino que debe ser una figura probada'.

Esto no lo era Pablo, de ninguna manera. Su pasado²⁷ no ofrecía confianza; había sido un blasfemo, un perseguidor y un injuriador.

Un *blasfemo*. Había maldecido a Jesús; y había querido que los cristianos que cayeran en sus manos también lo hicieran. También había *perseguido* a la iglesia de Cristo, y con ello a Cristo mismo: 'Saulo, Saulo' -le dijo Cristo- 'por qué *me* persigues?' (Hch. 9:4).

Fue un perseguidor y un *injurioso*; es decir: había tratado violenta y duramente a los cristianos que había apresado.

Este era Pablo. Pero le fue mostrada *misericordia, porque lo hizo por ignorancia, en incredulidad*.

Con esto no quiere decir, que su ignorancia fue el fundamento de esa misericordia. Si hubiera querido dar a entender tal cosa, habría ido en contra de la verdad del Evangelio predicado por él. Y éste expone claramente, que la gracia de Dios no está basada en algo *en o de* nosotros; y, en consecuencia, no es que la ignorancia de Pablo fuese la causa o razón de la misericordia de Dios para con él.

Lo que Pablo realmente quiere decir es esto: Puesto que actué desde la ignorancia, y no desde una oposición consciente a Dios, la misericordia de Cristo pudo hacer brecha en mí, y causar efecto en mi vida.

27. Pasado de Pablo, cf. Hch. 8:3; 9:4; 22:4-5; 1 Co. 15:9; Fil. 3:6; Gá. 1:13.

Pablo había errado; y, es cierto, que de una manera terrible; pero no de forma que, voluntaria y conscientemente, maldijese la gracia de Dios en Cristo. El no quiso oponerse a Dios, sino precisamente mostrarle un servicio. Maldijo a Cristo, pero lo hizo por ignorancia. Estaba plenamente convencido, que Jesús era peligroso; y persiguiéndole, pensaba hacer un servicio a Dios. De todo corazón y en toda su vida quería servir y amar a Dios. Por eso, aún había para él la posibilidad de que llegase a otra visión de la realidad.

Pablo estaba «ciego» de incredulidad; pero esto no era una excusa para él, ni estaba carente de culpabilidad. Pues donde hay incredulidad, siempre hay culpa. Por lo cual, su ignorancia no significaba, en modo alguno, que estuviera libre de culpa para Dios. Pero, porque no se trataba de oponerse voluntaria y conscientemente contra Dios, aún hubo para él la posibilidad de que se le cayesen las escamas de los ojos.

Y esto había ocurrido: Pablo había visto a Jesús con otros ojos muy diferentes. En aquel cambio, en aquella conversión se había mostrado en su vida la misericordia de Cristo.

Aquí debes fijarte cómo se expresa Pablo. No escribe: -‘¡YO he llegado a otros pensamientos; YO he llegado a ver las cosas de otra manera!’ No; sino que dice: ‘Doy gracias al que *me fortaleció, a Cristo Jesús, porque me tuvo por fiel...; mas fui recibido a misericordia...*’ En otras palabras, Pablo no se gloria a sí mismo, sino que da el honor a Cristo.

Tengo la impresión de que, frecuentemente, esto lo exponemos de otra manera; pues tememos que otros nos encuentren muy espiritualizados, y piensen de nosotros: -‘Siempre fue un chico tan agradable;

deberías oírle y verle! ¡Qué piadoso!' Pero, con esta forma de reaccionar, estamos privando a Cristo de la gloria que sólo a él le pertenece. Y Pablo da el honor y la gloria a quien corresponde: a Cristo, quien le había recibido a misericordia; quien aún le consideraba fiable para ponerle en el ministerio... a él, el perseguidor y blasfemo.

Así es Cristo; pues, cuando entra en la vida de alguien, y la transforma, para él ya no cuenta más el pasado, aunque fuera tan escabroso. En el momento que alguien ha aceptado a Cristo, ya cuenta para él al cien por cien. Nosotros, en cambio, tenemos nuestras reservas mentales, y decimos: -'Es estupendo que se haya convertido; pero no es aceptable como ministro o anciano. Dejémosle estar entre nosotros; y, por lo demás, no se le dedique demasiada atención'.

Así es como, frecuentemente, solucionamos casos semejantes. En nuestra aceptación de tales personas no solemos ser tan generosos, sino más bien un poquito indecisos. Pero, Cristo no es así; él es espléndido en su aceptación; tan espléndido, que se atreve a enviar a Pablo a visitar personas a las que primero había perseguido; pues también ellas deben aprender a ser generosas en la aceptación. Y así, Cristo -como Pablo literalmente escribe-: le ha puesto a él en la *diaconía* (= ministerio).

Con esta *diaconía*, Pablo se refiere a la predicación, a la transmisión del Evangelio: Este es un trabajo diaconal -dice Pablo. Él, como apóstol, es diácono: Alguien que sirve. Su ejercicio de apóstol -o apostolado- no le sitúa en una posición de dominio y de ejercicio de poder sobre personas, sino en la situación de servir. Un apóstol no es un Papa, sino un diácono; y esto vale para cualquier ministro en la iglesia de Jesucristo.

Versículo 14:

«Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.»

De esta manera, la gracia de Cristo le fue participada a Pablo en forma sobreabundante. Pablo se expresa muy rotundamente: Esa gracia fue más que sobreabundante, —dice; y, ahora, su vida no está determinada por incredulidad e ignorancia, sino por fe y amor.

Versículo 15:

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.»

Lo que Pablo ha dejado tan patente consigo mismo, por ejemplo, no se refiere únicamente a él; tiene validez general. El relato de la vida de Pablo es una ilustración de la verdad general: Cristo ha venido al mundo para salvar pecadores²⁸.

Este es un dicho que tiene que ver contigo, —dice Pablo. Cada uno debería aceptarlo.

Lo que Pablo cita aquí, está basado en palabras de Cristo mismo. Palabras semejantes hallamos en la vocación de Mateo (Mt. 9); éste era un publicano, un hombre al que tú, como israelita bien considerado, no le creías digno ni de mirarle a la cara. Ya te cuidarías tú de dejarte ver sentado a la mesa con alguien semejante. Pero, precisamente eso hace Jesús: Llama a Mateo, para que sea apóstol suyo. Y, cuando Mateo da una comida de despedida a sus amigos y conocidos, también se encuentran allí Jesús y sus discípulos; lo cual suscita la oposición de los fari-

28. Librar, liberar del pecado, cf. Ez. 33:14-16; Stg. 5:20.

seos, y dicen a los discípulos: -‘¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?’ Y Jesús, contesta: -‘Yo no he venido para llamar a justos, sino a pecadores’.

Esta historia tuvo lugar al comienzo de la actividad de Jesús; y al final de su vida, poco antes de su entrada triunfal en Jerusalén, volvemos a ver algo parecido. En Jericó, Jesús se hospeda en casa de Zaqueo, también publicano; y de nuevo surge por ello el desagrado en las gentes: -‘¡Se ha hospedado en casa de un hombre pecador!’ Y entonces, Jesús dice: ‘El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido’²⁹.

‘Así es’, -dice Pablo; ‘vedme a mí a la cabeza de la lista de pecadores’³⁰.

Versículo 16:

«Pero por eso fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna».

Y ved ahora lo que ha ocurrido conmigo. Cristo ha mostrado en mí toda su clemencia. Naturalmente que esto es algo maravilloso para mí. Pero no sólo para mí; así soy yo un ejemplo para aquellos que aún creerán en Cristo. Yo soy el ejemplo viviente de la gracia de Cristo, de su paciencia y de su misericordia. Sólo es preciso mirarme a mí, para quedar plenamente convencido de que el dicho es auténticamente verdad: -‘Cristo vino al mundo para salvar pecadores’.

29. Cf. Lc. 19:10; 15:1.

30. Por causa de su pasado, ver nota 27. Conocimiento o ciencia de pecado, cf. Job 42:6; Ez. 20:43; 36:31; Lc. 5:8; 1 Co. 14:24.

Un pecador es un hombre que se defiende frente a Dios; que no quiere arrodillarse ante Dios. Lo cual se hace de innumerables formas. Puede hacerse a la manera de Pablo: Persiguiendo a la iglesia; rehusando confesar un pecado íntimo, y no abandonarlo; asimismo siendo egoísta, y vivir para uno mismo; por no querer escuchar a los padres, o por ser infiel a tu marido o a tu mujer; y por muchas otras cosas. En una palabra: Como pecador, descartas a Dios de tu vida, o de un sector de tu vida.

Para tales personas, para tales pecadores, ha venido Cristo al mundo: ¡Para redimirles! El dice: -'¿Por qué permanecéis erguidos ante Dios? ¡Ved lo que yo he hecho por vosotros! No resistáis por más tiempo. Mirad cuán grande es mi gracia y misericordia para con vosotros. Entregaos a mi gracia. Dejaos salvar. No importa lo grandes que sean vuestros pecados; mi gracia siempre es más grande que vuestro pecado'.

Versículo 17:

«Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén».

El evangelista Lucas nos narra (Lc. 15), que hay gozo en el cielo cuando un pecador se convierte, y ya no juega al escondite por más tiempo con Dios, y nunca más se yergue con sutiles razonamientos ni se alaba a sí mismo, sino que, sencillamente, se dispone a vivir de la gracia de Dios.

Pero, aquí, Pablo dice: -'Esa gracia y gratitud por la salvación no sólo ocurre en el cielo, sino también en nosotros mismos, aquí en la tierra.' Quien conoce la grandeza de la misericordia de Cristo en su vida, no puede hacer por menos que repetir con

Pablo: -'Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén'.

Versículo 18:

«Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia».

En el v. 3, Pablo encarece a Timoteo, que frene a los falsos maestros. En el v. 5 recalca, que la actuación contra los falsos maestros y todo lo que debe hacerse en la iglesia según la autoridad del Evangelio, tiene que estar dirigido al despliegue del amor. Este es el encargo que Timoteo ha recibido.

Pablo le pone sobre los hombros ese encargo, le encomienda esa tarea. Es una encomienda responsable. Por eso, Pablo no se ha dejado llevar de su propio punto de vista, sino que conecta con las profecías que antes se hicieron respecto a Timoteo.

Pablo no dice exactamente cuáles son esas profecías, pero Timoteo sabía perfectamente a lo que Pablo se refería. No andaremos muy lejos si pensamos en algo parecido a lo que ocurrió con Pablo en Antioquía (Hch. 13:1-3). En esta iglesia había hermanos que habían recibido el don de profecía. Por medio de éstos, el Espíritu Santo dijo: -'Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado'.

A lo cual, la iglesia reaccionó imponiéndoles las manos, y enviándoles. También a Pablo y Bernabé se les confió ese encargo como continuación y como reacción a una profecía.

Cómo ocurrieron tales profecías, y cómo esclareció aquello el Espíritu Santo, es algo que miramos un tanto extrañados. Por lo general, zanjamos

la cuestión diciendo, que hoy en día no necesitamos algo parecido. Sin embargo, esta no es una buena manera de leer la Biblia.

Si leemos Hch. 13, se evidencia que aquella profecía no cayó, sin más ni más, del cielo; sino que llega mientras la iglesia ayuna sirviendo al Señor. Lo que el Espíritu Santo va a decir, es una reacción al ayuno y oración de la iglesia.

Aquí radica, según yo entiendo, el punto de qué se trata. Tengo la impresión, que nuestro orden es frecuentemente diferente. Primero, hacemos un plan o tomamos una decisión, y después pedimos la bendición de Dios sobre *nuestro* plan y *nuestra* decisión

En Antioquía, lo hicieron de otra manera. Allí, primero oraron; y entonces llega Dios con su plan. Esto es, sencillamente, otra toma de posición. En un caso, tomamos *nosotros* la iniciativa y dirección, y Dios debe seguirnos. En el otro caso, es *Dios* quien toma la iniciativa y dirección, y nosotros le³¹ seguimos.

Alguna vez, podría ser, que nosotros debamos cambiar nuestro orden, y que no debamos por más tiempo tener dispuestos nuestros planes y nuestras soluciones a los que Dios se ha de dignar dar su consentimiento; sino que nosotros debemos orar mucho más de esta forma: -'SEÑOR, ¿qué quieres que hagamos?'

Entoy convencido, que la dirección del Espíritu de Dios, si hacemos como acabo de decir, se hará más evidente cada día en nuestra vida personal y en la iglesia.

De una manera semejante a la de Antioquía con

31. *Ir detrás de la dirección de Dios*, cf. Hch. 13:2-4; 15:28; 16:6-10; 21:11-14.

Pablo y Bernabé, habrá ocurrido también con Timoteo. Pablo sabe, que no sigue su propio punto de vista ni remacha su propio plan cuando encomienda a Timoteo el encargo de llevar a cabo en la iglesia de Éfeso todo lo que fomente el despliegue y consolidación del amor. Sabe que, de esta forma, obra en la línea del Espíritu Santo.

Y aquellas profecías significan para el mismo Timoteo un apoyo real en su trabajo en Éfeso. Pues, teniéndolas presente, Timoteo puede decirse a sí mismo: —'Estoy aquí trabajando, no por mi propio placer; así como tampoco me he metido en esto por mi propia autoridad. Estoy aquí, por mandato del Espíritu Santo; él me quiere tener trabajando aquí. Y saber esto, supone una ayuda real en mi trabajo'.

Así pues, en modo alguno me agrada el pensamiento de que sería normal que los pastores solicitasen un cargo, o que fuesen colocados como peones de ajedrez en determinadas iglesias; porque el riesgo que entonces correremos yendo al lugar donde queremos, en vez de ir adonde Dios quiere, es demasiado grande.

Y este riesgo existe, no sólo para los pastores. ¿Quién tiene la dirección en nuestra vida, nosotros mismos o el Espíritu Santo? ¿Hacemos a Dios ir detrás de nosotros, o vamos nosotros detrás de Dios? Estas son dos actitudes vitales, totalmente diferentes. Sólo si dejas a Dios tomar la dirección, puedes estar verdaderamente cierto que estás en el buen camino.

Esto no significa, que entonces todo discurre tranquilamente y sin convulsiones. Todo lo contrario, —dice Pablo. Entonces te está esperando la lucha; pero, si caminas detrás de Dios, también sabes, que no es una batalla para ti solo; y que no es una lucha

en la que se trate de mantenerte a ti mismo o reafirmar tu propio gusto e interés, o de que tú mismo salgas cantando victoria.

Semejante lucha es demasiado agotadora para uno mismo. Cualquier hombre se sentiría muerto de ella. Luchar continuamente por uno mismo; defenderse a sí mismo para hacer tu propio gusto, para tener lo necesario... Muchas gentes enferman de los nervios con semejante quehacer, cuando no de complejos irremediables.

Pero, si caminas detrás de Dios, no luchas por tu propio cuidado o por el sentimiento de tu propia valía. Lo cual tampoco es necesario. Entonces, libras la buena batalla allí donde debe ser librada: ¡Contra Satanás, el mundo y tu propia carne!

Versículo 19:

«manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron algunos,»

Esta es una batalla³² conducida desde la fe y una buena conciencia que no te acusa ante Dios. Pero, cuando no vas detrás de Dios, y tú mismo tomas la iniciativa y sigues tu propio camino, todo marcha equivocadamente. Por desgracia, ha habido tales personas, —dice Pablo. Rechazaron la dirección de Dios, e impusieron silencio a su conciencia. Y la consecuencia fue, que su fe se vino a pique.

Esta es una consecuencia inevitable. Quien no deja a Dios ir delante en su vida y aprisiona su conciencia, fracasa irremediablemente en su fe. Todo se tuerce, y se embarranca en la arena del capricho propio.

32. La buena batalla, cf. CH32, 127; véase también nota 16 al comentar 1 Ti. 6:12.

Versículo 20:

«de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar».

Esto les ocurrió también a Himeneo y Alejandro. Himeneo vuelve a ser citado en 2 Ti. 2:17³³. Allí aparece, que trajo una falsa doctrina respecto a la resurrección. Había perdido el camino de la verdad, y mediante su falsa doctrina, había roto la fe de alguno. De Alejandro no volvemos a saber nada. Éste no es el calderero (cf. 2 Ti. 4:14).

Pablo los entregó a Satanás, con la intención de que por ello perdiesen la costumbre de *blasfemar*. Este blasfemar tendrá relación con la falsa doctrina que estas personas traían. Y con el fin de que se olviden de semejante práctica, y lleguen a comprender que deben acabar con esa costumbre, es por lo que Pablo los entregó a Satanás.

Comprendido el efecto que Pablo quiere conseguir con esta medida, ello no puede significar que Pablo los entregara –en el sentido pleno de la palabra– al poder de Satanás, de forma que se convirtiesen en su presa; pues, entonces, no sólo no dejarían de blasfemar, sino que pondría peor las cosas.

Probablemente, debemos pensar en algo por el estilo a lo que Pablo mismo padecía. En 2 Co. 12 nos cuenta, que tenía una espina clavada en su carne, un mensajero de Satanás que le abofeteaba (v. 7). Y, he aprendido a ver –dice Pablo allí, que eso lo necesito para mantenerme pequeño ante Dios. Pablo, en un aspecto determinado, fue entregado a Satanás con la intención de que, en su vida, diera el honor a Dios, y no a sí mismo.

33. Véase el comentario de ese texto en 2 Ti.

Así es como Pablo entrega³⁴ a Himeneo y Alejandro a Satanás, de forma que éste, en cierto sentido, les pueda fustigar y castigar, con la intención de que por ello se arrepientan, y vean que deben deponer su falsa doctrina.

34. Entregar a Satanás, cf. 1 Co. 5:5; por si quizá Dios concede que se arrepientan, cf. 2 Ti. 2:25-26.

CAPÍTULO 2

Versículo 1:

«Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres;»

En este capítulo, Pablo comienza dando sugerencias prácticas que Timoteo debe tener en cuenta en la edificación de la iglesia en la fe. Su primer consejo se refiere a la intercesión.

La intercesión es sumamente importante; tanto, que Pablo la menciona en primer lugar¹. Es función de la iglesia, que esté en medio del mundo con su intercesión, como hizo Abraham por Sodoma y Gomorra.

Esa intercesión debe extenderse hacia todos los hombres, y no sólo hacia los amigos o personas del propio club, o gentes que te caen simpáticas. Cuando la intercesión degenera en política de amigos, la iglesia no responde a su cometido y razón de ser; y si la iglesia ora únicamente por ella misma, ha perdido la visión de su función en el mundo.

Versículo 2:

«por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad.»

1. «Muy en primer lugar» (vs. 1 y 2): vuestro primer deber político (cf. Jer. 29:7).

Pablo cita concretamente los reyes y todos los que ocupan cargos relevantes. Esto es algo que hace pararse a pensar. En el mundo, probablemente a ningunas otras personas se les injuria, critica y moteja más que a las personas que están en autoridad. Esto no es algo de hoy o de ayer; siempre fue así.

El libro *Eclesiastés* ya tuvo necesidad de avisar: «Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey» (Ec. 10:20). Téngase en cuenta, que esto ocurría bastantes veces, aunque sólo fuera por motivo de los impuestos. Siempre se ha injuriado y murmurado de las autoridades; siempre se las ha amenazado y se han sublevado contra ellas.

Como cristiano –y como iglesia– no hagas causa común en esto, –dice Pablo; sino ora por las autoridades. ¿No cabe, pues, que con razón se pueda ejercitar la crítica sobre lo que hacen las autoridades? ¿Acaso no han explotado frecuentemente a sus súbditos, y les han oprimido y tratado injustamente? –¡Sí; naturalmente! Y si hubo alguien que pudo hablar de esto, ese fue Pablo mismo. En más de una ocasión tuvo que sufrir cosas menos buenas de las autoridades. Y a los cristianos contemporáneos de Pablo también les fue frecuente tener que sufrir mucho bajo sus autoridades. Pero, como cristiano, no debes reaccionar con injurias y murmuraciones u organizando acciones subversivas. ¡Ora por ellas! En lugar de la revolución, la oración².

Los hombres por los que puedes orar, llegan a estar ante ti en un plano distinto al de aquellos por los que no oras. Auténtica y verdadera intercesión sólo puedes hacerla desde el amor. La intercesión rompe el odio, la enemistad y el resentimiento. Por

2. Oración en lugar de revolución, cf. Ro. 13:3; 1 Pe. 2:15–16; Fil. 2:14–15; 1 Ti. 6:1b; CH104.

eso es tan importante la intercesión; ella sirve y favorece el desarrollo del amor en la iglesia; y de esto se trata.

Cuando todo marcha bien a las autoridades, gracias a la intercesión de la iglesia, son preservadas de acometidas insensatas, irracionales e injustas, y esto también coopera en bien de la iglesia; pues, también la iglesia tiene la posibilidad de servir a Dios, y llevar una vida cristiana gozando de tranquilidad. Cuanto más imperen la agitación, la confusión y el descontento, tanto más se frenará y estancará la posibilidad de gozar de libertad para servir a Dios y llevar un estilo de vida cristiano.

Versículo 3:

«Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador,»

Interceder y dar gracias de esta manera por todos los hombres y por las autoridades, es bueno y aceptable a Dios, nuestro Salvador y Redentor.

Cuando la iglesia ora por la salvación de aquellos que la persiguen y se le oponen, no ora en contra del parecer de Dios. Esta no es una oración que le desagrade; pues es el Dios que salva; y se caracteriza como Salvador, Redentor y Libertador.

Versículo 4:

«el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad».

A Dios le agradaría si todos los hombres fuesen salvos. Lo querría con agrado, pues no se goza en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva. Él no es un Dios al que le agrade que millones de gentes permanezcan en las garras de la mentira

y perdición. No preferiría otra cosa que todos lleguen al conocimiento de la verdad. Cuando oramos por alguien, no debemos interrogarnos si Dios lo querría salvar. Naturalmente, que Dios lo quiere salvar³.

Versículo 5:

«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre»,

Que vengan al conocimiento y reconocimiento de esta verdad: Que hay un solo Dios. Esto —en el mundo en que Pablo predicó el Evangelio— era una buena nueva que iba diametralmente en contra del sentimiento general de la vida. Entonces, se creía que abundaban los dioses. Hoy día, debemos acentuar algo muy distinto: **HAY UN SOLO DIOS**.

Desde el hombre, no puede ponerse puente hacia ese **DIOS UNICO**. El hombre no puede, desde sí mismo, tener contacto alguno ni comunión con **ESTE DIOS**. Para que ello sea posible, es preciso un Medianero⁴, Alguien que establezca la comunicación y relacione entre sí a ambas partes; y un Medianero tal, no hay más que uno: **JESUCRISTO**.

Así pues, la comunicación con Dios no puede ser llevada a cabo de diversas maneras; no hay muchos caminos que lleven a Dios. Sólo hay un camino: Jesucristo hombre⁵, Quien ha dicho: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre

3. Dios quiere la conservación del mundo, cf. Ez. 18:23; Jon. 3:9–10; 2 Pe. 3:9.

4. Mediador, cf. Ex. 32:32–33; Gá. 3:19–20; He. 9:15; 12:24; CH18 y 36.

5. Jesucristo es hombre, cf. Jn. 1:14; Ro. 1:3; 5:15; 1 Co. 15:21; Gá. 4:4; Fil. 2:7; He. 2:14, 17. Y, al mismo tiempo, también es Dios, cf. Jn. 1:1, 14; Ro. 9:5; Gá. 4:4; 1 Jn. 5:20; Is. 9:5; Jer. 23:5–6; CH18.

sino por mí» (Jn. 14:6). Donde esto no se cree, o no se quiere creer, no existe reconocimiento de la verdad, y tampoco hay salvación alguna.

Versículo 6:

«el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual también se dio testimonio a su debido tiempo».

Pues la salvación está basada en el hecho que Cristo se dio a sí mismo como rescate por todos⁶.

En el libro Nm. 18:16 se establece, que los primogénitos de Israel debían ser rescatados; pertenecían a Jehová, y estaban destinados para el servicio especial del SEÑOR. Pero, porque aquel servicio le había caído en suerte a la tribu de Leví, los primogénitos de las otras tribus debían ser rescatados⁷. Esto debía ocurrir mediante el pago de 5 siclos al sacerdote. Aquellos 5 siclos formaban el rescate.

En el mundo greco-helénico en el que Pablo predicó, un esclavo podía obtener su libertad, si para ello se pagaba una cantidad determinada; esa cantidad era el dinero o precio de rescate.

De ahí que Cristo se entregara a sí mismo como precio de rescate, para ponernos en libertad; él mismo constituyó el precio que debía ser pagado, para rescatarnos del poder de Satanás y del pecado. Sin el pago de aquel rescate, no habría posibilidad alguna de libertad; para nadie.

Quien busca libertad fuera de Cristo, permane-

6. La salvación sólo está en Jesucristo, cf. Hch. 4:12; 16:31; Ro. 3:21-26; 1 Co. 8:5-6; He. 4:14-16; 9:28; 10:19-20; CH29.

7. Redimir, librar, libertar, salvar, rescatar: 1) a primogénitos, cf. Ex. 13:13; Nm. 3:44-48; 18:15; 2) librar de derechos y obligaciones, cf. Dt. 25:5-6; Rut 3-4; 3) Libertar, salvar, cf. Job 19:25; 33:24, 28; Sal. 49:7; 103: 4a; Mc. 10:45; Ro. 3:24; Gá. 3:13; CH29, 34.

ce siendo prisionero, cautivo. Para él permanecen cerradas todas las puertas; no hay posibilidad de evasión de esa cárcel. Incluso los descerrajadores más experimentados y sagaces quedan con las manos atadas.

No hay más que una sola posibilidad de salir de allí: Hacer uso del rescate que fue pagado por nosotros; todos lo pueden hacer; pues, el precio es suficientemente grande para todos y cada uno. Ese rescate tampoco está reservado para una categoría especial de personas; judíos, por ejemplo. No; está destinado a los hombres —hombres y mujeres— de todos los pueblos⁸, lenguas y naciones. No lo es menos para griegos, romanos, españoles, rusos, mexicanos, peruanos, etc., que para judíos, samaritanos y árabes.

Este es, pues, el contenido del testimonio que ha penetrado en el mundo en el tiempo⁹ que Dios determinó: Este testimonio del Evangelio dice así: 'Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y no sólo los judíos. Para lo cual, Cristo se dio a sí mismo como rescate'.

Versículo 7:

«Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento) y maestro de los gentiles en fe y verdad».

El testimonio mencionado penetra en el mundo, —dice Pablo. Pues he sido instalado como heraldo y apóstol¹⁰ del mismo. Las palabras *predicador* y

8. Salvación de todos los pueblos, cf. Is. 49:6; 55:5; Zac. 2:11; Jn. 10:15-16. Ro. 3:26-30; 11:12; Gá. 3:29.

9. El tiempo determinado (fijado) por Dios, cf. Mc. 1:15; Gá. 4: 4; Ef. 1:10; 1 Pe. 1:5, 11, 20; He. 9:26.

10. Tarea (misión) de Pablo entre los gentiles (= paganos), Hch. 9:15; 22:21; Gá. 2:7-8.

apóstol muestran que Pablo no se ha inventado ese testimonio. Dios se lo ha encomendado. Acéptame que esto es así, —dice Pablo; y de esta forma, él es un maestro para los paganos, en la fe y en la verdad. A través de él, pueden llegar a lo que deben creer para ser salvos, y a ver cuál es la verdad que deben reconocer.

Versículo 8:

«*Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda*».

Como primer medio que debe ser usado dentro de la iglesia para garantizar una buena economía en el cuidado de la casa de Dios y para fomentar el desarrollo y cumplimiento del amor, Pablo nombró, en el v. 1, la oración: Peticiones y acciones de gracias por todos los hombres y, en concreto, por las autoridades. Y en este v. 8 y ss., Pablo va a decir algo respecto a las personas que deben hacer oración, y acerca de la manera cómo han de orar.

En primer lugar, cita los *hombres*: 'Quiero que los hombres oren en *todo lugar*, elevando *manos santas*...' Con esta forma de orar no es preciso que pensemos en la oración durante las reuniones de la iglesia ni exclusivamente en la oración del que preside los cultos; se incluye toda oración, prescindiendo del hecho que se realice en público o en el círculo familiar, o que tenga un carácter puramente personal.

Y las palabras *en todo lugar*, significan: no sólo en Éfeso, Corinto, Jerusalén, etc, sino también en casa, en el culto, durante el trabajo, etc.

Entre nosotros, nos hemos acostumbrado a que sólo un hombre lleve la oración, y que los demás

le acompañemos orando en silencio. Así lo hacemos en casa y en la iglesia. Pero, en estos últimos años, a causa de las reuniones de oración, hemos venido a familiarizarnos con la posibilidad que sean más personas las que oren, y a veces, todos los miembros de estos grupos. Debemos tener muy presente esta posibilidad; pues, al principio del cristianismo, esto era un fenómeno muy normal. Es cierto que también ocurría, que fuera una sola persona la que dijese la oración; pero no era nada especial o extraño, cuando –también en las reuniones de la iglesia– fuesen muchos los que hiciesen la oración.

Los hombres a los que Pablo se refiere, no eran todos ministros. Sobre éstos nos habla después (1 Ti. 3). Aquí se trata de hombres en general. Éstos –dice Pablo–, pueden –prescindiendo si son ministros o no– decir o dirigir una oración, dondequiera que sea. Por consiguiente, no sería descabellado ni antibíblico, si en nuestras reuniones damos entrada a esto nuevamente. No sólo el que preside, sino también los hermanos de la congregación pueden llevar la oración durante los cultos.

Sin embargo, para la oración de estas personas hay una condición, –dice Pablo. Debe hacerse *levantando las manos santas, sin ira ni contienda*. Levantar las manos era una de las actitudes posibles en la oración. En tiempos de Pablo, esta actitud era muy usual, no sólo entre los cristianos, sino también entre los paganos.

Es natural, que levantar las manos no es condición de una oración verdadera; hay muchos que en esto leen una prescripción. Como otros, basados en que Pablo se arrodillara junto a los ancianos de Éfeso en la playa de Mileto, sacan la conclusión de que sólo oramos bien si nos arrodillamos.

Es cierto que nada hay contra el orar arrodilla-

dos; pero sí hay algo contra tal uso de interpretar la Biblia; pues así se olvida que toda suerte de costumbres y usos en la Biblia pueden estar sujetos o ligados al tiempo y a la cultura, y no pueden ser mantenidos como prescripciones para todos los tiempos.

Sobre esto es preciso que diga algo más, pues el argumento de la sujeción o sometimiento a lo que es moda y cultura también puede ser mantenido de forma perniciosa. Porque hay personas que con ayuda de este argumento, destruyen toda la Biblia con sus racionamientos. Por citar un ejemplo: Lo que la Biblia dice de la ética sexual, se asegura que está sujeto a su tiempo; eso ya no se adecua ni cuadra en nuestra época; nuestro tiempo es tan distinto, que tal ética no nos sirve para nada.

Semejante uso de este argumento hay que rechazarlo de plano; pues aquí no se lo aplica a una costumbre o uso, sino a prescripciones éticas. Y respecto a las prescripciones éticas que Cristo y sus apóstoles han dado, no debemos aplicar tal argumento; pues, entonces, vamos contra la Palabra de Dios.

Es verdad que en la Biblia hay elementos que están ligados a la época, tiempo y cultura; pero se refieren a formas y usos. Cuando Pablo habla de orar con manos levantadas, este levantar las manos tiene que ver con el tiempo y la cultura en que Pablo vivió. La actitud en la oración no es algo ético, sino exclusivamente cultural; a no ser que esa actitud expresase indiferencia o falta de respeto hacia Dios; pues, entonces volvemos al terreno de la ética; pero tu actitud hacia Dios no se ve influenciada por la pregunta de si levantas o juntas tus manos en la oración.

De lo que verdaderamente se trata, es de esto:

Esas manos deben ser *santas*; y esto es lo válido para nosotros; y lo vemos, por ejemplo, en los profetas: Israel sigue su propio camino; es infiel e ingrato, oprime con violencia a los desvalidos, sus manos están llenas de sangre. Esto no obstante, sube al templo con sus sacrificios, canciones y oraciones; pero el SEÑOR no puede oírlo; él no escucha tales oraciones (cf. Am. 5:21 y ss; Mal. 1:10). En Pr. 28:9, se nos dice claramente: «El que aparta su oído para no oír la Ley, su oración también es abominable».

Por consiguiente, tampoco tiene manos santas; sigue su propio camino. Quizá sea piadoso y cante salmos, y aun ore; pero es una piedad caprichosa. El SEÑOR no le escucha. Por eso dice Pablo: -'Orar debe hacerse con manos santas'.

Supongamos que un hombre está orando en la reunión de la iglesia. No importa si es un ministro, o no. Su oración suena bien y piadosa; pero es alguien que no quiere escuchar ni seguir al SEÑOR en un punto concreto, por ejemplo, romper con una actitud pecadora: defraudando en las ganancias. Si tal persona se pone a orar, no le hace ningún beneficio a la iglesia, aunque sus palabras sean hermosas y conmovedoras. El SEÑOR no escucha esa oración; le da asco; le es horror.

Otro ejemplo: Acaba de ocurrir una escena terrible entre esposos; aún se respira el ambiente de disputa entre ambos. Mutuamente se miran a la cara, pero fría y lacónicamente. La mesa está lista para comer, cruzan las manos y oran. Pero así no debe ser, -dice Pablo.

Orar debe hacerse con manos santas, sin ira ni contienda; como dice Cristo: «Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del al-

tar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (Mt. 5:23-24). Una oración en un entorno de ira y contienda no se eleva del suelo; no alcanza a Dios.

Versículo 9:

«Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos.»

Es natural que lo dicho anteriormente no sólo valga para la oración de los hombres, sino también para la de las mujeres. Es decir, a diferencia de algunos traductores en los que parece que Pablo, en este v. 9, haya comenzado un tema nuevo, debemos entender –en mi opinión–, que no es ese el caso. Pablo sigue hablando de la oración; y quiere decir: Lo que acabo de expresar de la oración de los hombres –a saber: Que está ligada al requisito de ser hecha con manos santas, sin ira ni contienda–, vale igualmente respecto a la oración de las mujeres; también la oración de ellas va ligada a un requisito.

Pablo nada tiene en contra de que también las mujeres oren en la iglesia. Pues, en 1 Co. 11:5, parte del principio que también las mujeres pueden orar y profetizar en una reunión de la iglesia. Esto es evidente para él.

Aquí estamos en el mismo caso. Pablo parte de que las mujeres –y según el contexto piensa en las mujeres casadas– igual que los hombres pueden orar donde sea. Pero su oración ciertamente está ligada a determinados requisitos.

Para decirlo brevemente, ese requisito viene a ser éste: Que una mujer no debe hacer de su oración

comunitaria una demostración de su propia valía o como un medio de provocación, y así humillar a su marido. Si una mujer orase de esa forma, hace una caricatura de la oración.

El peligro de que una mujer lo hiciese de esa forma, era más que probable. En los círculos judíos y helénicos, la posición de la mujer era extraordinariamente mala. La mujer era considerada como inferior y algo de menor valía. Los hombres judíos solían orar así: -'Te doy gracias, SEÑOR, de que no me has creado mujer'.

A este mundo vino Pablo con el Evangelio; y el Evangelio contenía, entre otras cosas, que en Cristo no hay ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer (Gá. 3:28). En Cristo, hombre y mujer son del mismo valor para Dios. Ante Dios no vale más el hombre que la mujer; lo cual no significa, que las diferencias entre ellos sean suprimidas o desaparezcan. Naturalmente que esas diferencias siguen existiendo; pero, en Cristo, no pueden servir ya como base de discriminación o como prueba de inferioridad de la mujer.

Este mensaje de igualdad de valores de hombre y mujer en Cristo, fue traído a un mundo en el que no se hablaba de esa igualdad. Pero, se daba el caso que, en el mundo greco-helénico ya levantaban cabeza algunos movimientos de emancipación. Existía, pues, el peligro que ciertas mujeres fuesen a usar el Evangelio como un arma para disputar una victoria sobre el hombre.

Pero esto siempre es un uso equivocado del Evangelio. Nunca me está permitido usarlo como medio de presión, para arrancar una mejora de mi posición; pues el Evangelio quiere cambiar el corazón, tanto del hombre como de la mujer, para, desde ahí, sanear la relación y trato mutuos.

Por eso Pablo nunca sigue con el Evangelio el camino de la revolución. Frente a toda clase de situaciones viciosas y relaciones desordenadas, Pablo no propone la revolución violenta, sino el cambio interior y la renovación por medio del Espíritu Santo. Como Cristiano, no debes acometer con toda violencia contra el patrón cultural, y tampoco identificarte con él. Pues, un patrón de cultura jamás es lo esencial en lo que aquí se trata. Lo esencial es esta pregunta: —¿Cómo te desenvuelves en él? ¿Cómo lo manejas?— Y esto significa, que nunca renegarás del 'statu quo' (= estado de cosas de un determinado momento). Eso jamás es el último recurso de protesta; pero tampoco querrás pisotearlo; porque no son las estructuras las que determinan tu felicidad, sino tu relación para con Dios.

Desde este punto de vista debemos leer los versículos siguientes. El Evangelio rompe en Cristo la discriminación de la mujer; pero no propaga veneno egoísta alguno de emancipación de la misma. Que la discriminación queda rota, se evidencia, por ejemplo, del hecho que Pablo tenía mujeres colaboradoras en la predicación del Evangelio (Fil. 4:3), que parte del principio que, tanto hombres como mujeres, pueden dirigir una oración, en casa o en una reunión de la iglesia. Pero, cuidado —dice ahora Pablo a las mujeres—, que no uséis esta ruptura de una forma egoísta y caprichosa, y que no hagáis de ella una demostración de emancipación; que el ser iguales al hombre no lo vayáis a acentuar ahora con el emperifollaros a vosotras mismas. Esto sería un desafío; sería querer acentuar la atención en vosotras mismas, y un afán de lucimiento propio. Y si el hacer oración lo vais a usar para intentar eso, estáis totalmente equivocadas; pues el Evangelio enseña precisamente, que no

debes colocarte a ti mismo en el punto central, ni debes seguir tu provecho propio.

Versículo 10:

«sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad».

El brillar, lucir y cultivarse a sí mismo, Pablo lo coloca frente al hacer buenas obras¹¹. No es el cultivarse uno mismo, ni el dar vueltas en torno a uno mismo lo que está en la línea de los frutos de Dios, sino el hacer buenas obras.

Al decir *buenas obras*, Pablo piensa en el servicio a los demás, como visitar a enfermos, ser hospitalarios, compasivos, prestar toda clase de ayuda, etc.; cosas que, también hoy día, son así. Una visita a un enfermo está más en la línea del don de Dios que una consulta a un especialista de belleza. Las mujeres que no tienen tiempo para otros, porque están muy ocupadas consigo mismas, deben tomar muy en serio estas palabras de Pablo.

Versículo 11:

«La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción.»

Estas son palabras contra las que actualmente se protesta muchísimo. Pero, primero, examinemos lo que Pablo quiere decir.

En primer lugar, debemos dejar bien sentado, que aquí habla de la mujer casada. Esta mujer, —dice Pablo— debe querer ser discípula.

Esto, en su tiempo, era un importante paso adelante. Los rabinos judíos opinaban, que las mujeres no debían recibir enseñanza alguna en la Thorá.

11. Cf. 1 Pe. 3:2-4.

De uno de ellos nos ha llegado una expresión tremenda: —'Es mejor que se quemé las palabras de la Thorá, que se las entregue a mujeres'.

Pablo se opone radicalmente a esto. No quiere saber nada de mantener ignorantes y como menores de edad a las mujeres. Por el contrario, deben dejarse enseñar en el Evangelio. Esto es de gran importancia; pero han de hacerlo tranquilamente, con toda sumisión. Pues Pablo no quiere que las mujeres cristianas, en un mundo en que el hombre era el único dominador absoluto, vengan a ser conocidas como esposas que 'llevan los pantalones', y que hacen de jefes frente a sus maridos. Esto no haría ningún bien¹² al Evangelio y a la iglesia de Jesucristo; además, también iría en contra del orden de la creación de Dios. Pablo ciertamente está encantado de una mujer emancipada; pero no de una mujer autoritaria.

Cuando Pablo deja caer la palabra *sujeción*, no es su intención retirar con una mano lo que había dado con la otra. No es su intención colocar a la esposa en el lugar de la esclava. Pablo, con esta palabra, indica el hecho que el hombre ha sido creado como cabeza de la mujer. Pero este ser cabeza significa algo muy diferente que ser jefe o dueño. Y esto queda claro en aquel texto de Ef. 5:22 y ss. Ser cabeza se caracteriza por servir, en vez de por *dominar*.

Versículo 12:

«Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer sobre el hombre, sino estar en silencio».

12. Cf. Tit. 2:5.

Pablo prosigue aquí con el punto anterior; y de nuevo debemos tener muy presente, que habla de la mujer casada en su relación con su esposo. De estas palabras no debemos hacer una regla general. Tampoco podría ser, según nos dice en Tit. 2:3-4: Que las ancianas deben dar buena enseñanza a las mujeres jóvenes¹³. Pablo, pues, es evidente que no se refiere a una prohibición absoluta a la mujer de dar enseñanza en general. Lo que a él le preocupa es la relación de la mujer casada con su marido: La mujer casada no debe constituirse en maestra de su marido; y este enseñar, según queda dicho (= hacer de jefe) tiene el carácter de dictar la ley, imponerse. 'Esto no lo permito' -dice Pablo. Una esposa no debe imponer la ley a su marido ni hacer de jefe sobre él¹⁴.

El lector sabe, que este texto es citado con ardor por quienes son contrarios a la actuación de la mujer en las reuniones de la iglesia. 'Aquí lo tienes' -dicen; 'a la mujer no le está permitido enseñar'.

Sin embargo, una lectura atenta nos hace ver, que aquí no se trata de este punto. No se trata de lo que la mujer pueda o no pueda hacer en las reuniones de la iglesia¹⁵, sino cómo debe comportarse una mujer casada frente a su marido. En esto, Pablo está a

13. Mujeres que exhortan y enseñan desde las Sagradas Escrituras, cf. 1 S. 25:30-31; Pr. 31:1, 26; Hch. 18:26; 21:9; Ro. 16:3; 1 Co. 11:5 (14:34); Fil. 4:2-3; Tit. 2:3-5.

14. Hacerse el jefe sobre su marido, cf. Ef. 5:22-33. Esposo y esposa deben aprender de Cristo; el *esposo* a ser Cabeza; pero, eso no obstante, también a servir (Jn. 13:13-15); y la *esposa* debe aprender a ser sumisa, sin ser esclava (Jn. 15:15); y, juntos, deben aprender a reflejar la actitud de Cristo hacia su iglesia (= el pueblo de Dios como totalidad).

15. Versículo 12: Otros comentaristas recalcan, en los capítulos 2 y 3, el tema principal: cómo debe comportarse, conducirse en la casa de Dios (3:15).

favor de la mayoría de edad de la mujer; pero no la permite posición de dominio. Frente a su marido, no debe querer tomar el oficio de él; pues, si la mujer luchase por ello, estaría tomando una postura de concurrencia frente a su marido; y Dios nunca quiso dar a entender eso, —dice Pablo.

Versículo 13:

«Porque Adán fue formado primero, después Eva;»

La mujer no ha sido creada como concurrente del varón, sino como complemento, como ayuda y compañera que hace juego con él.

Adán fue creado en primer lugar; y cuando, en su soledad, se sintió un poco perdido, fue creada Eva. Ella tiene la función de llevar a Adán a la plenitud; y eso implica realmente la igual valía de mujer y hombre para Dios; pero no su igualdad. Adán es y permanece la cabeza, si bien esto —según Ef. 5—, nada tiene que ver con hacer de jefe sobre la mujer.

El engaño refinado de la revolución francesa fue, que predicó igualdad para todos y cada uno. Nuestra época, para su propio perjuicio, se ha hundido en esta filosofía. En el 'Año de la Mujer' (1975), de todas partes se oía exigir: —'Debe haber igualdad para hombre y mujer. ¡Hombre y mujer son iguales!'

Esto suena estupendo; pero es un engaño. Porque igualdad es algo muy distinto que equivalencia. Quien hace iguales entre sí al hombre y la mujer, los hace rivales entre ellos; y esto no es la intención de Dios; pues él creó al hombre y a la mujer, no para que fuesen rivales el uno del otro, sino para que se completen mutuamente: cada uno con su propio lugar y función, en lo cual son equivalentes para Dios.

Versículo 14:

«y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión».

Donde este orden de la creación de Dios no es tenido en cuenta y la mujer se pone a actuar como igual del hombre en lugar de como equivalente, aparece la dislocación.

Esto ocurrió en el Paraíso. Eva actuó como la igual a Adán; se puso en el lugar de Adán como su rival; y entonces todo se vino abajo, y se desarticuló de forma horrorosa. Y una de las consecuencias fue que el hombre, de ser cabeza de la mujer, pasó a ser jefe y señor de ella (Gn. 3:16).

Versículo 15:

«Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santidad, con modestia».

Aquel desquiciamiento también puede ser constatado hoy día. La predicación de la igualdad de hombre y mujer lleva consigo, que la maternidad (y la paternidad) sean consideradas cada vez más como algo indeseable. La maternidad es, pues, algo en lo que de modo más claro se evidencia la desigualdad de hombre y mujer. Quien no quiere reconocer la desigualdad y diferencia en funciones entre hombre y mujer, también querrá rechazar y hacer desvanecer lo más posible las pruebas de esa desigualdad. Por lo que respecta a las diferencias corporales, puedes lograrlo mediante el vestirse con ropas 'unisex'. En cuanto a la maternidad, se logra no aceptando los hijos; y esto es funesto.

En el periódico 'Le Figaro' de 13 de mayo del 1975, apareció un artículo bajo este título que traducimos: -'Europa muere'. Allí se informaba, que en todas

las ciudades industriales la cifra de defunciones era totalmente más alta que la cifra de nacimientos. Y, puesto que esta tendencia comenzó hace diez años, es lógico que el temor de que, tras una decena de años, la caída de nacimientos no tendrá remedio; y entonces, la demasiado escasa y más joven generación, será literalmente ahogada bajo el peso de una población anciana.

Desolación; aquí y allí se ve este peligro, y se intenta controlarlo. En Hungría, por ejemplo, sólo se receta la píldora anticonceptiva después del cuarto hijo.

En este versículo 15, las palabras de Pablo a las que frecuentemente tanto se injuria, también vienen perfectamente al caso hoy en día.

La maternidad¹⁶ es una función primaria y principal de la mujer casada. Sin esa maternidad, la convivencia está condenada a sucumbir; y en ella, la mujer no es idéntica a su marido. Jamás lo puede ser. Pero, en esto, la mujer experimenta su equivalencia ante Dios, —dice Pablo; si al menos permanece en la fe¹⁷, amor y santidad¹⁸, con modestia.

16. La maternidad, cf. Gn. 1:28; 3:15-16; Sal. 113:9.

17. La fe: a) es confiar, cf. He. 11:1, 39; b) en el creer está nuestra salvación, cf. Ro. 4:22; Ef. 3:12; c) es un don, cf. Mt. 16:17; Jn. 10:26; Hch. 16:14; Ef. 2:8; d) pero, ello no obstante, somos movidos a creer y a permanecer en la fe, cf. Mc. 11:24; Jn. 12:36; 13:19; 14:11; Hch. 20:21; Fil. 2:12; 1 Jn. 2:27.

18. Cristo nos ha sido dado para santificación, cf. 1 Co. 1:30; Ef. 2:10; 5:26-27.

CAPÍTULO 3

Versículo 1:

«Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea».

En la iglesia de Jesucristo todo debe estar encaminado al despliegue y perfeccionamiento del amor, —escribe Pablo al comienzo de esta carta. Esta es la línea maestra en que debe desarrollarse toda la actuación de Timoteo en Éfeso. Por eso debe cortar el paso a los falsos maestros (capítulo 1); y como medio para fomentar el despliegue del amor, Pablo cita la oración (c. 2), y los ancianos y diáconos (c. 3).

Es bueno que esta interrelación la recalque nuevamente: Los ancianos y los diáconos están para estimular e intensificar el despliegue y perfeccionamiento del amor a Dios y el amor entre los hermanos y hermanas; no están para hacer que la iglesia dance al son de su parecer. Los oficios¹ en la iglesia tampoco son un puesto de honor por el que no se precise hacer nada. Toda la actividad y procedi-

1. El *oficio* de supervisor (en griego, *episcopè*); esta palabra sólo aparece en Hch. 1:20, y puede ser traducida por «inspección»: La palabra «oficio» no aparece en el Nuevo Testamento; pero, sí encontramos la palabra *servicio* (en griego, *diaconia*) para toda clase de tareas en la iglesia. En la versión Reina-Valera, revisión 1960, es traducida por *ministerio*, cf. Hch. 1:25; 2 Ti. 4:5; y por *diaconado*, cf. 1 Ti. 3:10, 13.

miento de los que tienen oficios en la iglesia deben estar encaminados a que el amor vaya floreciendo cada vez más en ella.

En este contexto, Pablo se dispone a decir algo acerca de los ancianos y diáconos. Pero, primero, cita un dicho que, entre los primeros cristianos, se había convertido en una frase corriente: -'Si alguno desea el episcopado, desea una tarea bonita'. Por cierto, -dice Pablo- así es efectivamente; puedes creerlo con toda tranquilidad; es un trabajo estupendo. Trabajar en el despliegue y perfeccionamiento del amor en la iglesia es realmente algo bonito.

Es verdaderamente incomprensible que haya personas que tengan la oportunidad de serlo, y que, sin embargo, digan: -'No me verán a mí en eso; que lo hagan otros'. Pero semejante actitud sólo puede proceder de indiferencia respecto a la iglesia, y de falta de amor para con los hermanos.

Quien ve así la tarea de un anciano en la iglesia, es decir, como un entretenimiento aburrido, aún no ha comprendido nada de su importancia, ni aún ha visto nada de la hermosura de esa tarea. ¿Qué hay más bonito que ayudar a los hermanos y hermanas en el engrandecimiento del amor y en la edificación de su fe? Esto es realmente verdad, -dice Pablo. Hacer adelantar a las personas en su amor hacia Dios y hacia los demás; ayudarles a mantener pura su conciencia y fundamentarles en la fe, es algo magnífico.

Versículo 2:

«Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar,»

Pero, para eso, debes ser la figura apropiada,

—sigue diciendo Pablo. Para poder ser hecho obispo (= anciano)², para poder ser tenido en cuenta con miras a estimular el amor en la iglesia, ese alguien debe reunir y satisfacer determinados requisitos.

Un obispo debe ser irreprochable. De la palabra griega para *anciano* (= *episcopos*) se ha derivado nuestra palabra *obispo*. Un obispo, pues, es un anciano. En la iglesia católicarromana, la palabra griega (= *episcopos*) ha adquirido una aplicación diferente a la que tiene en Pablo. Para él, los obispos son ministros de la iglesia local; y tal iglesia no tiene un solo obispo, sino un cierto número de ellos.

Un anciano es alguien que vigila; lo cual no incluye idea alguna de dominio. Todo el Nuevo Testamento rechaza cualquier pensamiento en ese sentido.

Es interesante hacer notar, que la palabra *episcopado* (en griego *episcopè*) que aquí usa Pablo en relación con ancianos, es la misma que Pedro, en Hch. 1:20, utiliza en relación con los apóstoles. Los ancianos, pues, son obispos—colegas de los apóstoles. Por tanto, Pedro en su primera carta, 5:1, puede llamarse a sí mismo *co-anciano* (*anciano-colega*) de los ancianos a quienes escribe. Lo cual deja ver claramente, que no existe rango jerárquico alguno en los oficios en la iglesia de Jesucristo.

Estos colegas de Pedro y Pablo deben ser

2. Supervisor (en griego, *episcopos*) y anciano (en griego, *presbiteros*) aparecen en Hch. 20:17-38; su oficio específico en los vs. 28-31. En el v. 17 tenemos la palabra griega *presbiteros*, y en el v. 28 tenemos *episcopos*. *Presbiteros* también aparece en 1 Pe. 5:1; 1 Ti. 5:17; y además en diversos lugares de Apocalipsis: 4:4, 9-10, etc. El colegio de ancianos (= *presbiterion*) lo hallamos en 1 Ti. 4:14. Israel también conoció los ancianos, cf. Dt. 21:2-6; Nm. 11:24-25; Lv. 4:15, etc.

irreprensibles. Lo que Pablo dé a entender con este *ser irreprensibles*, se evidencia por lo que sigue:

Deben ser *marido de una sola mujer*. En tiempos de Pablo, aún se daba la poligamia entre los judíos. Ciertamente no en la misma medida que en tiempos del Antiguo Testamento³, pues, como es natural, era una costosa historia el poder mantener a más de una mujer; y no eran tantos los que se lo pudieran permitir. Sin embargo, ocurría, aunque sólo fuese en los casos de tenerse que casar con la mujer del hermano fallecido sin descendencia.

Jesucristo, en su enseñanza, había vuelto a recalcar el significado original del matrimonio⁴, tal cual había sido instituido por Dios; y Pablo se adhiere a esta enseñanza⁵. En este aspecto, un obispo (= anciano) debe ser un ejemplo de estilo de vida cristiano. Debe ser marido de una sola mujer, y no polígamo. Y, naturalmente, tampoco debe ser alguien que, estando casado con una mujer, tenga —además— una amiguita.

No es condición indispensable que un obispo deba estar casado. Pablo, su obispo y colega, tampoco estuvo casado; pero, si un anciano lo está, debe tener una sola mujer. Se trata de un estilo de vida cristiano que es igualmente válido para todos los cristianos; y un anciano debe ser un ejemplo en esto.

También ha de ser *sobrio*; es decir, capaz de tener serenidad, y no dejarse llevar por toda clase de ideas extrañas. Debe mantener una actitud serena para ver las cosas en toda su dimensión.

3. El matrimonio en el Antiguo Testamento, cf. Gn. 2:24; 29:29; 30:1; Lv. 18:18; 1 S. 1:6, 8; 2 S. 5:13; 1 R. 11:3.

4. Enseñanza de Cristo sobre el matrimonio, cf. Mt. 19:4-9.

5. Enseñanza de Pablo sobre el matrimonio, cf. 1 Co. 7:10-16; He. 13:4.

Igualmente ha de ser *prudente*, avisado y sensato. No debe querer levantar su cabeza en todo lugar ni actuar irreflexivamente.

Asimismo, ha de ser *decoroso*. Pablo no se refiere a reglas de urbanidad, sino a que debe poseer un cierto estilo y maneras de hombre espiritual. No debe ser hombre grosero y descarado que, por su falta de tacto, ahuyente a las personas, y se ponga a mal con ellas.

Además, debe ser *hospedador*, para que cuando las personas que están a su cargo u otras llamen a su puerta, no sean despedidas, sino atendidas con amor.

Finalmente, un anciano también debe ser *apto para enseñar*. Para lo cual, el primer requisito es, que en él se deben dar conocimiento y visión de las Sagradas Escrituras; y luego, que ha de poder enseñar esos conocimientos de una manera capaz y suficiente.

Porque los ancianos que no tienen esa visión cumplida de las Escrituras, o que no son capaces de transmitirla, poco aprovechan en una iglesia; pues se trata de la comprensión en la Palabra de Dios; ya que el conocimiento teológico no es tan indispensable. Los ancianos deben reaccionar, en toda clase de situaciones, preguntas y problemas con que se vean confrontados, desde las Sagradas Escrituras, y así poder aclarar lo que éstas mismas dicen al respecto.

Versículo 3:

«no dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro;»

Los ancianos no deben ser dados al vino. En la medida en que aumenta el uso del alcohol en el

mundo, esta condición se hace cada vez más actual. Pues, cada vez son más los gobernantes que aparecen en los medios de comunicación por causa de conducir bajo el influjo del alcohol... lo cual es algo que no debe ocurrir en los ancianos de una iglesia; es más, en ninguno de sus miembros.

Tampoco deben ser *pendencieros*; ni han de enfadarse enseguida, ni se les debe subir pronto el humo a las narices, ni ser 'votafuegos' y 'polvorillas'. Antes al contrario, han de ser amigables e indulgentes; y poder dejar pasar ciertas cosas, en vez de mantener cerrazón en su opinión, si no se trata de asuntos de principio. No siempre deben querer imponer su parecer; pues quienes obran así, no están capacitados para el oficio de anciano; y como tales, harían daño a la iglesia. Tampoco deben protestar inmediatamente si alguna vez son tratados poco amigablemente.

Un anciano tampoco debe ser *codicioso ni avaro*. ¿Cómo alguien que ama el dinero podrá desplegar y perfeccionar el amor a Dios? ¿Quién podrá servir a dos señores? Nadie que ama el dinero puede ser un buen servidor de Cristo.

Versículo 4:

«que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad»

Un anciano también debe saber conducir de buenas maneras su casa y su familia; pues la iglesia es la casa y familia de Dios. A quien descuida su propia familia, porque no la dirige ni muestra interés por ella, tampoco se le debe dejar suelto en la iglesia.

Pero, también quien educa a su familia con mano dura y tiránica, mediante ofensas y amenazas, no es figura apropiada para el oficio de anciano.

El gobierno del hogar debe transcurrir con modos y maneras mesurados, sin rabietas ni gritos. Las personas que alguna vez convivan en el hogar de un anciano, deben experimentar, que allí reina siempre un ambiente bueno y alegre. Los hijos no se saltan a la torera lo que dice su padre; pero tampoco tiemblan ante él como unos esclavos. Allí cada uno sabe cuál es su lugar; allí impera una buena actitud de entendimiento recíproco; allí vive el amor.

Versículo 5:

«(pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?»);

Efectivamente, —dice Pablo a Timoteo. Pues, si no saben llevar cristianamente su propio hogar, no les confíes el cuidado de la iglesia —familia de Dios. Porque si lo haces, te equivocas; y todo marcharía mal en ella.

Versículo 6:

«no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.»

Alguien que apenas ha llegado a la fe tampoco debe ser hecho anciano enseguida; pues, entonces, se corre un riesgo muy grande que se envanezca, y piense: —‘Soy tan bueno, que ya tienen necesidad de mí; yo se lo demostraré; y verán cómo limpio mi vida pasada’.

Así es como ese hombre vendría a caer bajo la condenación que también alcanza al diablo; y, puesto que éste se engrió, y se sobrevaloró a sí mismo, la condenación vino sobre él. Lo cual también puede decirse de tales ancianos. Si la iglesia los pone en la obra demasiado pronto, se vuelven soberbios; y entonces llega la condenación sobre ellos.

Versículo 7:

«También es necesario que tenga buen testimonio de los de fuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.»

Además, un candidato al oficio de anciano debe ser bien conocido y apreciado por los extraños; pues, si fuera de la iglesia es conocido como malo y no goza de buen nombre, se hablará mal de él si se le hace anciano; y tal anciano vendrá a estar en boca de todos, así como también la iglesia, y dirán: -'¡Qué desconcierto haber hecho anciano a semejante persona! ¡Si vieras cómo disimula!'

De esta forma, dicho anciano se ve mezclado en un escándalo; y esto es una trampa del diablo.

Así es cómo Pablo ha pintado el perfil de un obispo (= anciano). No pide de él incongruencia alguna; ni pone como exigencia dones excepcionales; tampoco precisa ser oveja con 'cinco patas'. Sin contar con la capacidad de enseñar, todos los demás requisitos que Pablo exige no son otra cosa que una demostración de una vida cristiana, la cual debe estar presente en cualquier cristiano.

Versículos 8 y 9:

«Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el ministerio de la fe con limpia conciencia.»

Lo dicho anteriormente de los ancianos, vale también para las condiciones que Pablo refiere para los diáconos.

Un *diácono* es alguien que sirve, un servidor.

Con esa palabra se expresa algo muy notable. En el Nuevo Testamento se la usa de modo muy amplio. Cristo se llama a sí mismo diácono (Lc. 22:27).

Pablo dice, que Dios le ha puesto en el *ministerio* (= diaconía), en el oficio de diácono (1:12). En el mismo contexto en que Pedro indica la función del apostolado como *episcopè* (= oficio de obispo = anciano), allí mismo usa también la palabra diaconía (= oficio de diácono) para expresarlo (Hch. 1:17 y 25). A los siete varones de Hch. 6 (entre otros, Esteban y Felipe) en ninguna parte se les llama diáconos; pero, por contra, los apóstoles en el v. 4, dicen, que éstos se atenderán al servicio (= diaconía) de la Palabra. O dicho con otros términos: En el Nuevo Testamento no encontramos ninguna clara limitación a la tarea de los diáconos.

De la forma como Pablo habla en este versículo acerca de los diáconos, se puede concluir, que aquí se trata de un oficio⁶ aparte, junto al de los ancianos. Pero, en ningún lugar obtenemos una descripción de la tarea de este oficio, y por consiguiente, respecto a lo que nos ocupa, andamos a oscuras.

Ahora bien, esto no es tan grave; pues nos da, respecto al oficio de diácono, una mayor libertad de acción. En cualquier caso, lo central en su tarea es servir; o sea: ser para los demás. Pero, tampoco esto es nada especial; pues, por la misma razón, cabe decirse otro tanto de los ancianos.

Los hermanos que entran en cuenta para el oficio de diácono, también deben reunir determinados requisitos. Así pues, han de ser *honestos*. Lo cual no significa que deban parecer solemnes, sino que los debe mover el respeto.

No han de hablar con dos lenguas; o sea, no hablarán de una manera con unos, y de otra con otros. Ni hablarán amigablemente con uno al que

6. El «oficio» de diácono, cf. Fil. 1:1; (¿Hch. 6:2-4?).

después, a sus espaldas, lo critiquen. Además, deberán atenerse a lo que dicen; y se deberá poder contar con ellos y confiar en ellos.

Tampoco deben ser personas que aguantan a beber un baso de vino tras otro; ni deberán «ver dinero» en todas partes, ni querer sacar su provecho financiero del oficio. Pues, las personas que siempre piensan: –‘¿Qué podemos ganar en esto o aquello?’–, no pueden ser generosas ni servir con autenticidad; y esto es precisamente de lo que se trata en un diácono.

Además, deben ser personas que *guarden el misterio de la fe con conciencia limpia*. Con las palabras *misterio de la fe*, Pablo no se refiere a algo misterioso que sólo es conocido a los iniciados. Cuando Pablo habla del misterio de la fe o de la piedad, se refiere al Evangelio de la gracia de Dios que, en tiempos anteriores aún estaba oculto, encubierto (de ahí: misterio)⁷; pero, que ha sido revelado en Cristo. Este misterio manifestado, que salva a todo aquel que cree en Cristo, es lo que deben guardar los diáconos; y únicamente lo podrán hacer, si mantienen limpia su conciencia. Es lo que ya vimos en 1:19; pues, quien endurece su conciencia, ve sucumbir su fe; y no puede guardar el misterio de la fe.

Versículo 10:

«Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables.»

Los candidatos a diáconos también deben ser sometidos a prueba. Lo que vale decir con respecto a los ancianos, también se debe aplicar a los diáconos. Alguien que acaba de ser convertido, no debe ser

7. El misterio del Nuevo Pacto, cf. 1 Co. 2:2-9; Col. 2:2-3.

hecho diácono inmediatamente. Primero, deben desenvolverse por un cierto tiempo en la iglesia; y si en ese tiempo nada extraño se nota en ellos, pueden ser hechos diáconos.

Versículo 11:

«Las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo.»

Según alguna versión de este versículo, se dice que Pablo aquí va a hablar de las mujeres de los diáconos; y, para ello, traducen así: 'Asimismo (sus) mujeres sean...' Pero, enseguida vemos, que la palabrita *sus* ha sido puesta entre paréntesis. Eso significa, que no está en el texto original, y que los traductores la han interpolado; porque pensaban que Pablo ahora se dispone a hablar de las mujeres de los diáconos. Pero, literalmente, allí no se dice más que: «Las mujeres asimismo...» Por consiguiente, ni mucho menos es evidente que Pablo ahora fuera a referirse a las mujeres de los diáconos. Tampoco hizo eso al hablar de los ancianos. ¿Por qué, pues, lo haría al hablar de los diáconos? En comparación con el oficio de anciano, el de diácono no da ningún motivo para ello. Además, Pablo no ha terminado de hablar de los diáconos, pues aún sigue hablando de ellos en el v. 12. Por tanto, parece lo más natural y evidente, que Pablo, en este v. 11, también habla de diáconos; pero, en este caso, de diáconos *femeninos*, o sea: de mujeres diáconos. En los vs. 8 al 10, habló de los hombres diáconos, y citó los requisitos que deben cumplir para dicho oficio. Ahora, en v. 11, viene a decir: -'De las mujeres (= diáconos femeninos) vale manifestar otro tanto; a saber: que también ellas deben ser *honestas e infundir respeto*'.

Quien, a pesar de lo expuesto, se extraña de que

Pablo hable aquí de diáconos femeninos, debe recordar, que, por el Nuevo Testamento, conocemos expresamente un diácono femenino. Pues, en Ro. 16:1, Pablo recomienda una cierta hermana Febe a la iglesia de Roma; y, para una mayor información, participa a aquella iglesia, que esta hermana es *diaconisa* de la iglesia de Cencrea.

Lo que Pablo nombra como requisitos para los diáconos femeninos, es paralelo a lo que dice de sus colegas masculinos: *Deben ser honestos*. Respecto a los diáconos masculinos, usó precisamente la misma palabra. Además, *no* deben ser *calumniadoras*. Esto se corresponde con: *No dados a mucho vino* (v. 8). También deben ser *sobrias*; lo cual se corresponde con: *No dados a mucho vino* (v.8). Y que deben ser *fieles en todo*, se corresponde con el período que Pablo cita en el v. 10, durante el cual debe evidenciarse la *fiabilidad*.

Versículo 12:

«Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.»

En este versículo, Pablo vuelve a ocuparse de los diáconos (masculinos); pues las condiciones que ahora cita, no corresponden a las mujeres (diáconos).

Los diáconos (masculinos), al igual que los ancianos, no deben ser polígamos; y tampoco han de tener una amiguita, además de su mujer; e igualmente deben gobernar de buenas maneras sus hijos y sus casas.

Versículo 13:

«Porque los que ejercen bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.»

Y, si cumplen tan bien su diaconado –lo cual se refiere tanto a los diáconos masculinos como femeninos–, se procuran un buen lugar en la iglesia; y entonces, suben en consideración; y su denuedo también se agranda para hablar de todo lo que hace referencia a la fe en Cristo.

Esto es una verdad a secas: Los ministros que no actúan como corresponde, y los que no son fieles en el ejercicio de su oficio, no crecen en consideración en la iglesia; pero no sólo eso; también tienen cada vez menos derecho a hablar. Cuando un ministro que no es fiel, y en situaciones concretas hace alguna sugerencia o amonesta a alguien, enseguida se comenta: –‘Habla muy bien. ¿No veis cómo presume? ¡Que primero se mire a sí mismo!’

La infidelidad en el servicio de los que ostentan oficios, resulta un montaje crítico de la iglesia y una pérdida de confianza en los miembros de la misma. Desaparece el diálogo; no hay más franqueza recíproca entre los miembros, y tampoco con el ministro; pues su infidelidad y laxitud también le frustran a él mismo; y nota que se halla desencajado; y cuanto más duradera sea esa situación tanto más difícil se le hará salir de ella, y le frenará cada vez más; perderá su confianza; y ello irá en perjuicio de la iglesia.

Versículos 14 y 15:

«Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.»

Hasta ahora, Pablo ha escrito sobre la manera cómo debe ser fomentado el despliegue y perfec-

cionamiento del amor en la iglesia. Todo esto lo ha expuesto bastante detalladamente, si bien espera llegar a Éfeso antes de lo que en un principio sospechaba. Pero, nunca se sabe lo que puede ocurrir. Algo se puede interponer; por lo cual, sus planes se verían retrasados o incluso se harían inviables. Por eso no me he atrevido a exponer —dice—, a que estas cosas quedaran fuera del papel. Si mi llegada se retrasa, sabes al menos por medio de esta carta, cómo debes conducirte en la casa de Dios, y cómo deben ir las cosas en la misma.

Quien, en tiempos de Pablo, oía hablar en Asia Menor acerca de la *casa de Dios*, en lo primero que pensaba era en un templo: Un edificio con columnas hermosas y pedestales suntuosos para las esculturas de los dioses. En Asia Menor había innumerables templos; y el más famoso de todos se encontraba en Éfeso, la ciudad donde Timoteo trabajaba. Era el templo de Artemisa (Diana, como se la llama en Hch. 19). Este templo era considerado por muchos como la primera de las siete maravillas del mundo, y contaba con 127 columnas de 19 m. de altura. La famosa imagen de la diosa que, según se decía, había bajado del cielo, relumbraba colocada en un pedestal de mármol.

Cuando Pablo usa la expresión *casa de Dios*, inmediatamente aclara, que no se trata de un edificio de mármol y piedra, sino de personas: La iglesia del Dios viviente (cf. 1 Co. 3:10 y ss; 1 Pe. 2:4-5). Este Dios no vive⁸ en templos hechos por manos humanas (Hch. 17:24). No obstante, Pablo mantiene la terminología de la edificación de un templo, cuando sigue tipificando la iglesia como pedestal y baluarte de la verdad.

8. La casa de Cristo, cf. He. 3:5-6.

En nuestro lenguaje, enseguida aplicamos la expresión *casa de Dios* al edificio material de la iglesia. En ciertas iglesias, se lee: -'¡Respeto a la casa de Dios!'. Según muchos, no se puede hablar alto en la iglesia, incluso ni aun cuando no se está celebrando culto. Es más, se debe andar casi de puntillas. Una iglesia suscita en muchos un cierto temor que dimana del pensamiento siguiente: -'Este edificio es la casa de Dios; aquí te encuentras más cerca de él que en otra parte'.

Este es un pensamiento introducido por la doctrina católicorromana, según la cual, Cristo se halla corporalmente presente en la iglesia en forma de una hostia guardada en lo que llaman 'sagrario'; pero es un pensamiento que, de ninguna manera es apoyado por el Nuevo Testamento. Dios no vive en templos o iglesias⁹ hechos por manos de hombres. Los cristianos del período novotestamentario no pudieron cometer semejante equivocación, pues no sabían lo que era una iglesia como edificio material. Celebraban sus reuniones en una salita de uno u otro filósofo (Hch. 19:9) o juntos en una casa (Hch. 12:12); y nadie puede creer, que, en su propia casa anduviesen de puntillas o hablasen muy bajo, porque allí viviría Dios. Ni hablar del caso; pues ellos sabían, que Dios no vive en un edificio, sino que la iglesia (= congregación o comunidad) de Cristo es la casa de Dios. Dios vive en la iglesia: en una congregación, en una comunidad, en una reunión de personas.

Por lo demás, esto es mucho más radical que si él viviera en un edificio; pues, en ese caso, el res-

9. El templo no puede contener a Dios, cf. 1 R. 8:27; Is. 66:1-2; Hch. 7:48; 17:24-25.

peto y decoro no es algo que sólo se te pida un par de horas por semana, cuando te encuentras en el edificio de la iglesia, sino algo que debe extenderse a toda tu vida, y que ha de gobernar tu vida. Si nosotros mismos somos templos de Dios, no podemos permitirnos pasar un momento siquiera sin ser respetuosos y decorosos; y ahora no puede sernos suficiente con declarar santos unos metros cuadrados de terreno, sino que ahora nosotros mismos debemos ser santos, día a día.

Por otra parte, la palabra *casa* no sólo significa lugar donde se vive o vivienda, sino también hogar, familia, gobierno de la casa. Y asimismo este significado encaja aquí. Como un padre de familia vive en medio de un hogar, así vive Dios en medio de su familia y del gobierno de su casa. Esto implica comunión, contacto y cercanía. Dios está tan cerca que, por decirlo de alguna forma, podemos estar sentados con él en la misma habitación, incluso a una misma mesa, y podemos hablar con él.

Todo esto se contiene en el hecho que la iglesia (= congregación) es la casa de Dios; pero también es *columna* y *baluarte de la verdad*, —dice Pablo.

Columna y *baluarte*, he aquí dos palabras que pueden suscitar el pensamiento equivocado de que la verdad descansa sobre la iglesia, y que sin ésta la verdad no permanecería en pie; pues una casa sin fundamento, es echada a tierra (Mt. 7:26–27); y un puente cuyos pilares son derribados, se viene abajo.

La palabra que Pablo usa aquí, tampoco debemos traducirla por *pilar*, sino por *columna*. Este es el significado corriente y normal; pero nadie puede decir con propiedad, que un templo descansa en las columnas; a lo sumo, puede decir, que la construcción del tejado descansa sobre las columnas, pero

no el templo mismo, pues las columnas mismas pertenecen al templo, son una parte de él.

Pero, hay más. La traducción corriente de estas palabras dice: La verdad descansa sobre o en la iglesia, como un templo sobre unos pilares. Sin embargo, de esta forma hacemos decir a Pablo algo imposible. Veámoslo. Pablo usa para la iglesia tanto la imagen de un templo como la de un pilar. Si nosotros introducimos ese significado dado por el mismo Pablo en la explicación o traducción corriente, entonces tenemos: La verdad descansa sobre la iglesia, así como la iglesia descansa sobre la iglesia. Lo cual carece totalmente de sentido.

Por tanto, Pablo tampoco quiere en modo alguno expresar el pensamiento de que la iglesia tiene una función de apuntalamiento respecto a la verdad; ni quiere decir, que la verdad se derrumbaría si la iglesia fuera derribada. Esto parecería deducirse de la palabra *baluarte*, o *fundamento* como otros traducen. Esta palabra no es la normal para indicar fundamento, sino la que Pablo usa en Ef. 2:20, cuando dice, que la iglesia está edificada sobre el fundamento de apóstoles y profetas; y también en 1 Co. 3:10, aunque aquí usa una palabra muy diferente, cuya mejor traducción sería: *repisa*, *peana* o *plataforma* sobre la que se coloca la imagen de un dios, de manera que éste sea visible a todos, y resulte más eficaz.

Pues una peana no tanto tiene una función basamental cuanto una misión de publicidad. Sin peana, la imagen de un dios es lo que es; en nada cambia. Pero sobre una peana resalta mejor.

Algo parecido nos ocurre con las columnas de un templo. Son, por decirlo de alguna forma, la tarjeta de visita de la divinidad que allí se venera; determinan el aspecto del templo y con ello la ima-

gen de la divinidad. Cuanto más bonitas, atractivas y grandes eran las columnas de un templo, tanto más decía a la imaginación de las gentes la divinidad allí venerada.

Esto es ahora la iglesia, —dice Pablo: Una tarjeta de visita y una plataforma de la verdad; pero también, del Evangelio y de Cristo. Pues él es LA VERDAD.

Esto se puede decir no sólo de la iglesia en general, sino también de cada creyente en particular. Lo que hagamos de esto determina la imagen que se obtiene de la verdad. Si vivimos una vida legalista, se piensa que el Evangelio es un corsé morboso; si llevamos un estilo de vida anticristiano, se dirá: El Evangelio tampoco importa mucho. Por eso es tan importante, que se sigan las líneas de Pablo en la iglesia, de manera que el amor llegue a su despliegue; pues, sólo entonces somos, como iglesia, una tarjeta de visita de Cristo, y una buena plataforma, peana o pedestal para la verdad.

Versículo 16:

«E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria».

En este versículo, Pablo esclarece aun más el hecho que, al hablar de la verdad, se trata, en definitiva, de Cristo.

Aquí usa, de nuevo, la palabra misterio, que ya empleara en el v. 9; y es evidente, que no se refiere a una u otra doctrina misteriosa o intrincada, sino a la actuación salvadora de Dios en Cristo.

Pablo cita una canción, un himno que por entonces era conocido y cantado entre los cristianos;

y que trata de Cristo, el Hijo de Dios; el cual se reveló y manifestó en carne¹⁰; literalmente: Se hizo casa de Dios; fue condenado a muerte, y llevado a la misma como un malhechor. Pero, por la resurrección, el Espíritu le justificó¹¹, le devolvió sus derechos y le purificó de toda vituperación y sospecha. En su ascensión, se apareció a los ángeles; y después del derramamiento del Espíritu Santo, ha sido predicado entre los pueblos, y aceptado en fe en el mundo¹². Así es como ahora está sentado en gloria a la diestra¹³ de Dios. De este Cristo es la iglesia, aquí y ahora, tarjeta de visita y pedestal.

10. El Hijo de Dios manifestado en (nuestra) carne, cf. CH18; véase también la nota 5 del capítulo 2.

11. Justificado por el Espíritu Santo, cf. Ro. 1:4; Hch. 3:33; 17:31.

12. Creído en el mundo, cf. Ro. 10:18; Col. 1:6.

13. Y ensalzado sobremanera por Dios, cf. Hch. 2:34-35; Fil. 2:9-11; Ef. 1:20-21; CH46; pero, primero, levantado por los hombres, cf. Jn. 3:14 (Nm. 21:9); Jn. 8:28; CH39.

CAPÍTULO 4

Versículo 1:

«Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios;»

La iglesia debe cumplir la función de tarjeta de visita y pedestal. Pero, por desgracia, no siempre responde a este encargo. Este es un punto que Pablo va a tratar ahora.

Hay una diferencia fundamental entre la imagen futura de la iglesia y la de cualquier tipo de ideologías. Estas hablan sobre el progreso, mejora y desarrollo hacia una convivencia mejor. Una ideología es una fe de progreso. Un par de pasos, y luego un poquito de superación extra, y entonces logramos la convivencia nueva e ideal, en la que ya no hay ni persecución ni miseria ni guerra. Lo característico de una ideología es que cree en un desarrollo en la humanidad siempre hacia adelante. Los hombres se vuelven cada vez mejores.

Pero la Biblia pinta otra imagen: Según la historia va caminando, la caída y abandono de Dios se hace mayor. Existe verdaderamente una progresión, pero de caída y olvido de Dios. Esto ocurre, no porque los hombres se vuelvan cada vez peores; pues no es así. Los hombres continúan iguales a sí mismos; no se hacen mejores, pero tampoco peores.

Los hombres de los tiempos de Pablo no eran mejores, y tampoco peores que los de hoy día. Las opiniones y circunstancias cambian con el tiempo; pero el corazón de los hombres permanece igual. El hombre de todos los siglos está inclinado a odiar a Dios y a su prójimo.

De ahí que, en el futuro, tengamos que enfrentarnos con tantas cosas en la iglesia, —dice Pablo. Pues, entonces, toda clase de miembros seguirán a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios¹.

Aquí se trata claramente de otros falsos maestros que los maestros de la Ley judíos, los cuales ya habían comenzado a trabajar en la iglesia de Éfeso, y sobre los que Pablo escribía en 1:3 y ss. La caracterización que Pablo hace de éstos también es más violenta: Predican doctrinas de demonios; y usan esas falsas doctrinas para desacreditar a la tarjeta de visita y pedestal de la Verdad; o sea, a la iglesia.

Versículo 2:

«por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia,»

Para extender esa doctrina falsa, estos poderes malignos hacen uso de la hipocresía de mentirosos que tienen cauterizada la conciencia.

Pablo piensa aquí en la costumbre de aquellos días: Señalar con un hierro candente a determinados malhechores, de forma que fuesen reconocidos por todo el mundo.

Esos mentirosos están también marcados como

1. Una doctrina falsa como la expresada en Col. 2:20-23 y en 1 Jn. 4:6, la cual más tarde está conocida como el Gnosticismo (cf. 1 Ti. 6:20: «ciencia» = *gnosis* griega). Pero, de «ciencia» auténtica, se habla en Ef. 3:19; Col. 2:3; 1 Jn. 2:3-5. Acerca del Gnosticismo véase F. van Deursen en «Los Salmos I» (FELiRe 1996) 213 nota 10a.

malhechores, –dice Pablo; pero esto no ha ocurrido en su frente, sino en su conciencia. Por tanto, exteriormente, no son reconocibles como tales. Pero ellos mismos saben perfectamente que lo son. Hacia afuera, parecen muy piadosos: Cristianos serios que hilan muy fino; pero, en realidad, esa piedad es hipocresía, un gran engaño, una mentira; de la cual están convencidos ellos mismos.

Versículo 3:

«prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad».

Con su piadoso engaño prohibirán el matrimonio y el disfrute de alimentos. Le sexualidad –dirán– es imposible de conciliar con servir a Dios; no pueden ir juntos; pues la sexualidad es sucia, animal y pecaminosa. Por eso, para servir a Dios, debes renunciar al matrimonio.

Y esto mismo vale respecto a los alimentos. El amor a Dios no puede ir a través del estómago. Si amas a Dios, debes comer parcamente y ayunar mucho y hasta declararte en huelga de hambre por motivos religiosos. Quien aún vive del placer de comer y beber ricamente, no tiene verdaderamente amor a Dios.

Cómo les caben tales ideas en la cabeza, –dice Pablo. Aquí se trata de cosas que han sido creadas²

2. Nada es «lo más bajo» o inferior en la buena creación de Dios, cf. Gn. 1:29, 31; 2:24; Sal. 139; Job 10:9–12; Hch. 14:17; Ro. 14:14; Ec. 9:7; Jn. 2:1–11. Por eso el Hijo de Dios también ha tomado nuestra carne, cf. nota 5 del c. 2. Obras de la carne (= pecados) no son específicamente «obras corporales», pues en Gá. 5:19 se resumen también las «obras» de nuestro *espíritu*: enemistades, celos, iras, etc. Carne es nuestro hombre viejo y natural; y, en semejantes textos, está *frente* al Espíritu Santo, también en Ro. 7:14–24.

por Dios: La sexualidad no es un invento de satanás; ni el comer y beber proceden de la tesorería del diablo. Antes al contrario: Dios ha creado todas esas cosas con el fin de que fueran usadas y disfrutadas con acción de gracias por los creyentes que han llegado al reconocimiento de la verdad. Los creyentes no deben dejar en manos de los incrédulos lo que Dios ha creado, ni apartarse de tales cosas. Por el contrario: Quien condena la sexualidad, el beber y el comer, es una pésima tarjeta de visita de la verdad. Pero el hombre que se va a la cama con su mujer, o la mujer que hace lo mismo con su marido, no deben por qué tener sentimiento de culpa, sino que les está permitido dar gracias a Dios por ello. Asimismo, quien se sienta a la mesa y come y bebe con gusto moderadamente, no debe pensar: '¡Qué ocupación tan banal!'; sino, más bien, dar gracia a Dios.

Versículo 4:

«Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias;»

Todo lo que Dios ha creado es bueno. ¡Todo! Matrimonio, sexualidad, comer y beber son buenos. Arte, ciencia, técnica, radio y TV son buenos. Ninguno de ellos es despreciable; y nos está permitido hacer uso de los mismos; si, al menos, los recibimos con acción de gracias³.

Versículo 5:

«porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado».

3. Con acción de gracias (¡también por «lo bajo!»), cf. Ro. 14:6; 1 Co. 10:30.

Lo expuesto anteriormente, recibe especial atención en este versículo: Cuanto Dios ha creado es santificado por la Palabra de Dios y la oración.

Esto *no* significa, que todo *se vuelve* bueno por la oración. ¡No!; ya *es* bueno. Pero *sí* significa, que usamos de buena manera todas las cosas⁴, si lo hacemos orando, según y en la medida de la Palabra de Dios; pues, naturalmente, puedes usar todas las cosas de un modo abominable: Haciendo cosas desconcertantes; haciendo uso⁵ de la sexualidad de forma impía; comiendo y bebiendo tu propia condenación y juicio; y convirtiendo la ciencia en un ídolo. Todo esto puede hacerse, y ocurre.

Por lo cual, cuanto Pablo nos dice aquí, es muy importante: Usas bien de los buenos dones de la creación, si, al mismo tiempo, te sitúas en la línea de la Palabra de Dios, y oras dando gracias.

Pues el hombre que se va a la cama con la mujer de otro; o la mujer que hace lo mismo con el marido de otra, hacen uso de la sexualidad de forma impía, en contra de la voluntad de Dios. Por consiguiente, los dos criterios para nuestro uso de los buenos dones de Dios son éstos: La Palabra de Dios, y la oración.

Versículo 6:

«Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido».

Si esto enseñas..., serás buen ministro de Jesucristo, —escribe Pablo. Pero, literalmente, sería: entonces serás un buen *diácono* de Cristo. Nueva-

4. La buena creación de Dios es pura, cf. Tit. 1:15.

5. El sexo y la voluntad de Dios, cf. Cnt. 2:7; 4:12, etc.; Mt. 1:18; Lc. 1:34; 1 Ts. 4:3-7.

mente nos encontramos aquí con la misma palabra usada en sentido amplio.

Si alguien te pregunta:—'¿Cómo debo vivir como cristiano?', puedes responder con esta regla fundamental: —'¡Déjate conducir, orando siempre, por la Palabra de Dios!' ¡Este es el ABC de la vida cristiana! Si un ministro (= diácono, por ejemplo) enseña esto a la iglesia, si da esta norma a los hermanos y hermanas y se la recuerda constantemente, entonces diremos, que responde plenamente al oficio que Cristo le ha dado.

De esto se trata en quienes han sido puestos en el ministerio: *Ser* servidores, diáconos de Cristo. No deben enseñar lo que opinen de estas cosas o lo que les parezca atractivo, sino lo que Cristo les ha encomendado; y esto es lo que hacen, cuando, en sus contactos con los hermanos, todo lo reintegran a la Palabra de Dios, y a la oración. Para poder hacer esto, es natural que tú mismo, como ministro, permanezcas creciendo en la Palabra y en la oración. Timoteo lo hizo; aceptó la buena doctrina. Esto no obstante, tiene plena justificación, que Pablo se lo encargara nuevamente; pues, el hecho que Timoteo haya seguido hasta ahora la buena doctrina, no significa una garantía automática de que lo permanecería haciendo: Porque, quien piensa estar firme, mire que no caiga (1 Co. 10:12); y ya hubo muchos ministros que primero siguieron la buena doctrina, pero después se dejaron atrapar por falsas doctrinas, abandonaron la Palabra de Dios y no fueron buenos servidores de Cristo por más tiempo.

Para poder indicar a otros el buen camino, tú mismo debes conocer el camino. De lo contrario, diriges a las gentes por camino equivocado.

Quizá el lector, hallándose en una ciudad descocida, preguntó a una persona por un camino o dirección;

y ella le dio las indicaciones precisas; pero cuando llegó al lugar deseado, se dio cuenta que había sido orientado equivocadamente. Aquella persona no conocía el camino; se lo imaginaba; pero, realmente, no era el camino verdadero.

Así pues, si tú, como ministro, no conoces el camino en la Palabra de Dios, si tú mismo no estás impuesto en la doctrina buena y sana, ¿cómo podrás indicar a las gentes el buen camino? Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo (Mt. 15:14). Por eso, para el buen funcionamiento de la iglesia, es necesario que sus ministros se impongan en la Palabra de Dios, en aquello que creemos y confesamos, en la buena doctrina. De ésta se alimentarán constantemente a sí mismos, y deberán permanecer creciendo en ella.

Versículo 7:

«Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad;»

Rechaza las fábulas y mitos, –insiste Pablo en lo ya insinuado en 1:4.

Me parece, que los filósofos y maestros religiosos de aquel tiempo tomarían muy a mal estas palabras del Apóstol; pues ellos hacían mucho uso de mitos para expresar sus ideas filosóficas y religiosas; su enseñanza aparentaba gran profundidad.

Pero Pablo la califica de disparate y jactancia impía, divagaciones en el aire... con las que los hombres son apartados de Dios y de Cristo.

Cuando, hoy en día, escuchas radio o ves TV, es frecuente que no puedas por menos de repetir lo de Pablo: –¡Qué impío engolamiento y jactancia, por más piadoso que suene y parezca! ¡Vaya disparate

más gordo, aun cuando sea presentado con tanta profundidad!

Cuidado con eso, —dice Pablo a Timoteo. Tú ejercítate en la piedad. De la palabra *ejercitarse*⁶ que Pablo usa, procede nuestra palabra 'gimnasia'. Lo que dice Pablo, podrías describirlo como sigue: —'Had gimnasia respecto a la piedad; entrénate con vistas a la piedad; mantén en forma tu piedad'.

Con la palabra *piedad*, Pablo se refiere a la vida con Dios; la cual, por sí misma, no se mantiene en forma, sino que precisa entrenamiento. Esta es una observación muy importante. Hay muchos (y muchas) que, por así decirlo, llevan una vida de fe 'sedentaria, estancada'. Por eso, igual que una vida sedentaria no favorece la buena condición corporal, así tampoco es favorable para una buena condición de la fe. Por tanto, dice Pablo: —'Ocúpate en esto: had entrenamiento de fe; procura ejercitarla. Es necesario para un buen funcionamiento de tu vida de fe'.

Después de todo lo que Pablo ha escrito hasta aquí, queda claramente explicado de qué forma debes entrenarte tú mismo en la fe: Debes hacerlo imponiéndote más y más en la Palabra de Dios, llevándola a la práctica, y orando. De esta manera mantienes en forma⁷ tu piedad.

Versículo 8 y 9:

«porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la veni-

6. «Ejercitarse» (del griego *gumnázoo*), o sea, perseguir la santidad, cf. Os. 6:3; Fil. 3:7-14; seguirla para ver al Señor, cf. He. 12:14; crecer en ella, cf. 2 Pe. 3:18; y no seguir prácticas de «culto voluntario», cf. Col. 2:23.

7. ¿Cómo obtenemos fruto?, cf. Tit. 2:11-14.

dera. Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos».

Esto es muy importante, —dice Pablo; pues, el ejercicio corporal tiene una importancia muy limitada, comparado con la piedad. El ejercicio corporal mantiene tu cuerpo en forma un poco de tiempo, mientras aquel perdura; pero la virtud contiene la promesa de vida, no sólo ahora sino también en el futuro, más allá de las fronteras de la muerte.

De nuevo cita Pablo un dicho muy corriente en los ambientes de los primeros cristianos. Debemos hacernos cargo de su situación. En el mundo greco-helénico en que vivían, todo lo que tenía que ver con el ejercicio corporal, entrenamiento, masaje corporal y deporte, gozaba de una valoración muy especial. No tenemos más que mirar las esculturas griegas que se han conservado, para verlo. Tampoco es casual que aún sigamos hablando de *Juegos Olímpicos*. Éstos proceden de Grecia; y en aquellos tiempos, toda ciudad de importancia tenía su gymnasium (= escuela de deporte), donde se practicaban toda clase de deportes. Para el hombre greco-helénico, el deporte y el entrenamiento pertenecían a las cosas más importantes en la vida.

En aquel mundo, surgió entre los primeros cristianos el dicho siguiente: —‘El ejercicio del cuerpo es de menor importancia que la virtud’.

Hay personas que entienden que Pablo, en estos versículos, tiene presente los espíritus mentirosos, acerca de los cuales escribía en los vs. 1–3, de este mismo capítulo. Aquellos se abstenían del matrimonio, de comer y beber; y en ello se ejercitaban, constriñendo sus necesidades corporales. Pues, según su opinión, Pablo querría decir: —‘Esa clase de ejercicio del cuerpo no aprovecha mucho’.

No creo, sin embargo, que esta explicación sea

acertada. En primer lugar, no está claro, que entre los primeros cristianos ya circulara tal frase estereotipada sobre los falsos maestros que aún habrían de venir. En segundo lugar, –y esto es decisivo para mí–: Pablo, después de su dura crítica en los vs. 1–3, no habría dicho que este tipo de ejercicio corporal es de limitada importancia, sino que es peligroso y malo.

El Apóstol habla del ejercicio corporal normal, general y corriente; y llega a esto, porque ya había dicho a Timoteo: –‘Entrénate con vistas a la virtud’. Entonces, la asociación de las palabras de Pablo con el dicho mencionado, cae de su peso, es lógica.

Pero, debemos tener presente, que Pablo no dice que el ejercicio corporal, el deporte y el estar en forma corporalmente no tenga sentido ni sea provechoso. Hay personas que lo han interpretado así, pero es injusto. El compara dos cosas entre sí: El deporte y la virtud, el deporte y la vida de fe. Si colocas justas ambas cosas, –dice Pablo–, excusa preguntar cuál es la más importante.

Quien dedica todo su tiempo a los deportes y al entrenamiento corporal, y por ello no tiene tiempo para el entrenamiento de su vida de fe ni para imponerse en las Escrituras, ciertamente ha hecho una elección equivocada. Ahora bien, hacer deporte es bueno, en tanto en cuanto te das cuenta de su provecho limitado. En fin, que una vida absorbida por el deporte, es esencialmente pobre.

No menos cabría decirse del pasivo consumismo deportivo. Hay gentes que lo saben todo –por ejemplo– sobre todos los futbolistas de su país, o que pueden nombrar una veintena de ciclistas importantes en el Tour de Francia, o que conocen en qué olimpiada obtuvieron medalla de oro los deportistas de su nación, pero comienzan a tartamudear cuando

les pides que citen algunos profetas del Antiguo Testamento; o se encuentran desorientados cuando deben buscar en la Biblia el libro de Habacuc; o no abren la boca si han de expresar lo que significa la ascensión de Cristo, y el lugar donde se habla de ella. Por consiguiente, tales personas han hecho una elección equivocada.

¿Cuál es, pues, el provecho de semejantes conocimientos en el terreno deportivo? A lo sumo, podrías ganar unos cuantos centavos en un concurso en esa materia. Pero, el conocimiento de la Palabra de Dios es mucho más excelente y valioso, pues contiene la promesa de vida, en el presente y en el futuro⁸.

Hay gentes que se hacen despertar por el reloj de su mesilla para contemplar un combate de boxeo en TV; pero los domingos por la mañana son incapaces de levantarse para instruirse con los demás hermanos y hermanas de la iglesia en las Escrituras, pues el culto les parece demasiado temprano. Semejantes personas hacen ver claramente, dónde se halla su verdadero interés, y qué encuentran más importante en su vida.

Pero, lo que entienden más importante es, en realidad, poco provechoso. Por tanto, el equívoco radica en la proporción; y sería deseable, que todas las personas lo vieran, —indica Pablo. Pues, una vida de oración, desde la Palabra de Dios, es lo realmente importante; y su valor no está limitado a hoy o

8. Esperanza mediante promesas —también para esta vida, cf. Jn. 14:18, 27; 16:33; 17:14–15; Ro. 5:5; 2 Co. 1:7; Ef. 3:20; He. 4:16, 2 Pe. 1:4; Ap. 3:8. Esperanza mediante promesas para el futuro, cf. Is. 26:19; 66:22; Dn. 12:2, 13; Sal. 37:9; Mt. 5:5; Jn. 16:33b; 1 Co. 15:19–20; 2 Pe. 3:10–13; Ap. 6:9–11; 7:9–17; 14:13; 21:1–10; 22:24. El futuro así como la realidad actual, será liberado, cf. Ro. 8:21–22.

mañana; esa vida se proyecta en el futuro: ¡El futuro de Cristo!

Versículo 10:

«Que por eso trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen».

Porque la importancia de la virtud es tan grande y se proyecta tan lejos, nos esforzamos y trabajamos en el ejercicio y entrenamiento de la fe, —continúa Pablo. Esto suponía para él algo más que levantarse temprano de la cama los domingos para ir a la iglesia.

Su entrenamiento era mucho más duro. Para indicarlo, usa palabras muy significativas: *trabajar*, *sufrir oprobios*; y esto no era decir demasiado. Había trabajado y sufrido mucho en el servicio de Dios. Pero, si lo miras desde el punto de vista humano, dirías: —‘¿Qué clase de sentido tiene todo eso, Pablo? Déjalo; ve a disfrutar del espectáculo de una competición atlética; eso es mucho más agradable’.

Pero, Pablo dice: —‘No; yo sé lo que hago, y por qué lo hago: ¡Porque espero en el Dios Viviente!’

Aquí radica el misterio de una vida virtuosa.

Ejercitarte en la virtud, y esto sólo lo puedes hacer verdaderamente si Dios se ha impuesto en tu vida, si la domina y si tu esperanza está puesta en él. Sólo entonces ves lo que es realmente provechoso, está lleno de sentido e importa verdaderamente.

Este era el caso de Pablo. Toda su esperanza era de Dios, y sabía que esta esperanza jamás es confundida ni avergüenza; pues, Dios es el Dios Viviente que hace y cumple sus promesas; es el Salvador, el Redentor, el Libertador de todos los hombres, especialmente para los creyentes; tal y como Pablo

ya había dicho anteriormente (2:4): Dios quiere que todos los hombres⁹ sean salvos; pues está pronto para todos; y cuantos aceptan a Cristo por fe, son salvos realmente.

Aún hoy día, el misterio de una vida virtuosa sigue estando en esperarlo todo de Dios. Si nos rezagamos en el ejercicio de nuestra fe, y nos abandonamos, podemos preguntarnos: -'¿Qué es lo que aún esperamos de Dios?' Pablo esperaba todo del SEÑOR; pero, especialmente: La vida verdadera; ahora y en el futuro, en Cristo y con Cristo.

Versículo 11:

«Esto manda y enseña».

Lleva este mensaje a las gentes, y enséñales al respecto, -escribe Pablo a Timoteo. En eso se han de ocupar ahora los ministros como tú en la iglesia. Deben llamar a hombres y mujeres a la fe, y enseñarles en el ejercicio de su fe, y hacerles ver qué es lo más importante y lo que interesa verdaderamente en su vida.

Versículo 12:

«Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza».

Timoteo no se debe echar atrás de su comisión, por causa de su juventud. Tampoco debe dejarse atemorizar por gentes que quieran deshacerse de él haciéndole ésta o parecida observación: -'Qué te has creído tú, jovenzuelo'. Porque, donde las personas

9. Todos los hombres, cf. Capítulo 2, nota 3.

son enseñadas en las palabras de la fe y en la buena doctrina, la juventud del maestro ya no cuenta.

Por lo demás, Timoteo puede rebatir semejantes observaciones, siendo en su hablar y en su actuar, un ejemplo de amor, fe y pureza para todos los creyentes.

Los ministros que quieren ser diáconos (= servidores) de Cristo, deben dar ejemplo; es decir, deben ser un ejemplo viviente: En la forma cómo hablen con los miembros de la iglesia y se comporten en medio de ellos, deben resplandecer la fe, el amor y la pureza. Esta conducta sigue siendo aún la mejor para tapar la boca a las personas que presumen, critican y hacen observaciones.

Versículo 13:

«Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza.»

En espera de la llegada de Pablo, Timoteo ha de seguir ocupándose en la lectura del Antiguo Testamento, en la exhortación y en la enseñanza de la doctrina.

El que Timoteo deba aplicarse en la lectura de las Escrituras guarda relación con el hecho que los libros-en-forma-de-rollo eran muy escasos y caros en aquel tiempo; y, además, eran muy pocos los miembros de la iglesia que se podían permitir el lujo de poseerlos. Sin embargo, se los debía conocer, pues en ellos aprendían a conocer a Dios y su obra de salvación. De ahí que una de las tareas recomendada a Timoteo sea: Leer los rollos sagrados en alta voz ante los hermanos. Esto demuestra, una vez más, cuán importante juzgaba Pablo el conocimiento de la Palabra de Dios.

La palabra que Pablo usa para *exhortar*, literal-

mente significa: *llamar la atención*. Y esto puede ser de dos maneras: exhortando o consolando.

La doctrina en que Timoteo ha de instruir a los miembros de la iglesia de Éfeso, contiene todo lo que deben saber para llevar una vida cristiana.

Versículo 14:

«No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio».

En el ejercicio de esta tarea, Timoteo no debe descuidar el don, el carisma, que ha recibido. No debe dejar de hacer uso de ese carisma; pues los dones no son para ser abandonados, sino para ser usados. Quien no usa sus dones, desilusiona a Dios, el Dador.

Pablo no nos cuenta cuál fue ese don concedido a Timoteo. Así pues, no lo conocemos; y tampoco tiene mucho sentido que nos pongamos a especular al respecto, pues, ¡hay tantos!

En Ro. 12:6 y ss., Pablo nombra los de profecía, servicio, enseñanza, distribución, presidencia y misericordia. Y en 1 Co. 12:28 y ss., enumera algunos más. Todos son carismas.

Timoteo ha recibido su carisma al comienzo de su trabajo en el ministerio del Evangelio. Entonces le fueron impuestas¹⁰ las manos por los ancianos¹¹ de Listra allí congregados; y, según 2 Ti. 1:6, Pablo también tomó parte en aquel evento; y por lo que nos escribe en esta última cita, tenemos la impresión que aquel don pudo ayudar a Timoteo a

10. Imposición de manos, como bendición y en la instalación como ministro en culto eclesial, cf. Mc. 10:16; Lc. 24:50; Hch. 6:6; 1 Ti. 5:22.

11. Presbyterion = presbiterio, cf. Capítulo 3, nota 2.

vencer una cierta timidez y temor, para hacer su obra evangelizadora.

Cuando tuvo lugar la imposición de manos, le fue comunicado a Timoteo, que había recibido aquel don por medio de una profecía. Esto nos hace pensar, con alguna probabilidad, que aquí no debemos pensar en el don de hablar en lenguas. Quien recibía este don, no precisaba recibir comunicación alguna al respecto, ¡pues él mismo lo notaba!

Debemos hacer notar, que todos los ancianos tomaron parte en aquella imposición de manos. Bajo la influencia de un pensamiento clerical, hemos suprimido la imposición de manos por los ancianos; y, en el mundo eclesial, este rito se ha vuelto un privilegio de los pastores. Pero, esto es una limitación totalmente antibíblica. Según el Nuevo Testamento, los ancianos tienen pleno derecho a imponer las manos.

Esto también es importante en el pronunciamiento de la bendición en el culto eclesial; pues, asimismo, es una cuestión de 'imposición de manos'. Según la tradición eclesial, un anciano no puede pronunciar la bendición, si actúa presidiendo un culto. (Por así decirlo, los ancianos deben dejar sus manos en casa). Pero esta tradición no se deriva de las Sagradas Escrituras, sino de una idea¹² clerical antiescriturística. Mientras aún sigamos consintiendo o cooperando en esta tradición, damos rienda suelta a una manera de pensar antibíblica. Pero, deberíamos ir rompiendo, poco a poco, con esta forma de pensar.

12. Compara la explicación dada en Cap. 5, al v. 17.

Versículo 15:

«Practica estas cosas. Ocúpate en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos».

Una vez más, Pablo recomienda encarecidamente a Timoteo, que debe tomar a pecho todas las cosas antes mencionadas; pues no gusta de ministros que se abandonan. Had ver –le dice–, que estás totalmente en tu puesto, y que lo vives. Entonces, las gentes también verán, que tú vas a la cabeza, y que te creces en tu trabajo.

Esto han de poder verlo las gentes, y también notarlo en sus ministros: A veces, ocurre que los ministros, después de un cierto número de años de servicio, acaban gastándose, y caen en la rutina; se enmohecen un tanto; no saben qué predicar; no se mueven con coraje y se abandonan.

Pero, esto no debe ocurrir, –dice Pablo. Al contrario, debe darse un crecimiento tal que las gentes puedan decir de sus ministros: –‘Cada vez son mejores en su trabajo, y se crecen más y más en las adversidades’.

Si sucede lo opuesto, lo ideal sería, que tales ministros estudiasen profundamente los consejos de Pablo a Timoteo, y los tomasen a pecho.

Versículo 16:

«Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyen».

Pues, repito –dice Pablo–, esto no se da por sí sólo, ni te es traído por el viento. Tú debes hacer algo al respecto: –‘No has de perderte de vista a ti mismo. Y, tenlo por cierto: ¡Este aviso no es supérfluo!’

Los ministros corren el peligro de hallarse muy ocupados con los demás, de concentrarse tanto en un aspecto de la obra, que se descuidan a sí mismos; y en ese punto ya no se alimentan suficientemente a sí mismos en las palabras de la fe y en la buena doctrina, no se capacitan ni conceden suficiente atención al crecimiento y despliegue del amor y la fe en ellos mismos.

Y, si esto es así, se agotan y aburren. Por lo cual, no progresan ni crecen en el trabajo, y se vuelven rutinarios; se vuelven meros clichés y se arrugan, poco a poco, como patatas viejas. En fin, se hacen obreros que sólo saben trabajar en cadena; en cuyo caso, las gentes dirán: -'Parece que está acabado'.

Si esto ocurre, no es sólo para mal y perjuicio de los ministros mismos, sino también de la iglesia; en la cual se estancará el crecimiento en la fe, y se frenará el despliegue del amor.

Por eso, dice Pablo: -'Cuida de ti mismo, Timoteo; no te abandones; permanece alimentándote constantemente de la Palabra de Dios; entrénate en tu propia fe, y no sólo en la de los demás. Si te mantienes ocupado en esto, no sólo te salvarás a ti mismo, sino también a los que te pertenecen'.

Pablo expresa esto lacónicamente: La salvación de la iglesia depende, totalmente, de si sus ministros se ejercitan en la fe.

¡Vaya que si es importante la clase de ministros que tiene una iglesia!

CAPÍTULO 5

Versículos 1 y 2:

«No reprendas al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza».

En este capítulo, Pablo sigue dando instrucciones a Timoteo, el cual aún era joven; y su juventud podía traerle problemas¹ en su ministerio.

Si llega el caso, Timoteo deberá exhortar a los ancianos; pero no de forma violenta. Eso no estaría en consonancia con el respeto que debe tenerles.

Ese respeto es un claro mandato bíblico (Lv. 19:32).

En nuestros días, también nosotros debemos tener esto muy presente. No es preciso, que siempre estés de acuerdo con los ancianos de la iglesia; incluso, a veces, puede ser necesario exhortarles y llamarles la atención sobre un camino equivocado. Pero, en la forma en que lo hagamos, debemos dejar patente, que les respetamos; que lo hacemos *como a padres*.

Como a padres... A veces, oyes a hijos arremeter contra su padre de forma que las llamas de su fuego

1. Aire de juventud de Timoteo, cf. 1 Co. 16:10-11.

también te alcanzan a ti, y te avergüenzas de hallarte allí presente. Esta no es la manera de exhortar que Pablo nos enseña.

El hecho que alguien sea padre, no le confiere automáticamente el monopolio de la verdad y el tener la razón a su favor. También los padres han de ser llamados al orden y ser exhortados, incluso por sus propios hijos. Pero, quien, además de esto, se dedica a murmurar de su padre y arremete contra él, no le exhorta; pues, aunque marche torcido y peque gravemente, si te enfrentas a él, deberás evidenciar, que tú conoces tu lugar con respecto a él.

Esto debe tener presente Timoteo frente a los hombres mayores. Aun cuando marchen torcidos y sean atravesados, no debes olvidar, que son ancianos, y por eso tienen derecho al respeto por parte de los jóvenes. Respeto..., no a su pecaminosa manera de actuar, pero sí a su persona. Y esto mismo cabe decirse respecto a las mujeres ancianas: éstas –y en cuanto sea menester– también han de ser exhortadas, *como madres*.

A los jóvenes debe exhortarles, *como a hermanos*; y a las jóvenes, *como a hermanas*. Pues, si un hermano despelleja a otro, las personas que lo oigan, dirán: –¡Nadie pensaría que son hermanos!

Semejante observación nos hace sentir, que los hermanos deben solucionar sus diferencias de manera muy distinta; que se deben comportar entre ellos de otra forma, y que no deben andar los unos contra los otros.

Timoteo debe exhortar a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza. Esto último no lo dice Pablo sin ton ni son; pues, no sería la primera vez que alguien, que debe exhortar a una joven, ‘resbaló’, porque no tomó en cuenta este aviso de Pablo.

Versículo 3:

«Honra a las viudas que en verdad lo son.»

Para nosotros, esta recomendación no es tan sorprendente. Pero, sí lo era en tiempos de Pablo. Entonces, las viudas pertenecían a los desheredados sociales; eran abandonadas a su suerte; nadie les echaba una mano; no podían pedir ayuda ante ninguna instancia o autoridad civil. Sólo les cabía la posibilidad de intuir la forma de mantener la cabeza fuera del agua.

Antiguamente, el SEÑOR había recalcado, que, frente a las viudas, se tenía una gran responsabilidad. Así pues, una parte de los diezmos estaba destinada a las viudas (Dt. 26:12 y ss). Ellas también tenían derecho a recoger en los campos después de la siega, la vendimia y la cosecha de aceituna, y así proveerse de una parte en su mantenimiento (Dt. 24:17).

Con tales prescripciones el SEÑOR quería estimular en Israel el cuidado por las viudas. Y en este sentido, se encuentran expresiones como: -'Yo soy un Dios que hace justicia a la viuda' (Dt. 10:18), y la sostiene (Sal. 146:10)'.

Pero, también en este punto, Israel había despreciado los mandatos de Dios. Una de las acusaciones que los profetas dirigieron frecuentemente al pueblo, se refiere a las viudas; las cuales son oprimidas, y no se les hace justicia (Is. 10: 2). Este era el caso, aún en los días de Jesús.

En la parábola del juez inicuo (Lc. 18:2-5), encontramos un ejemplo tomado de la vida de un juez que no se preocupa de hacer justicia a una pobre viuda. La actitud de los fariseos no era mejor; devoraban las casas de las viudas (Mt. 23:14).

Sin embargo, en la primera iglesia cristiana en

Jerusalén revivió el cuidado que el SEÑOR había encomendado para con las viudas. Allí se cumplió enteramente el cuidado y el apoyo a las viudas; y cuando, por el crecimiento de la iglesia, comenzó a disminuir el buen cuidado y aquella atención amenazó con desaparecer, se escogieron a siete hermanos de buen testimonio que debían preocuparse de que esta obra discurriese sin problemas (Hch. 6:1-3).

Pablo, pues, fue acorde con lo dispuesto: *Honra a las viudas*.

La palabra *honrar* no sólo quiere decir 'ser atento y mostrar respeto', sino también: sostener, mantener. Aquí nos hallamos exactamente como ante el 5º mandamiento: -'Honra a tu padre y a tu madre...'

Quien no ofrece ayuda a sus padres, ni los sostiene alimentándoles si es necesario, no les honra; pues el 5º mandamiento implica ayuda material (Mt. 15:3-6). Así es como el honrar a las viudas, incluye también la obligación de cuidar de ellas, y sustentarles.

En el mundo greco-helénico, este era un mensaje radical y comprometido; y deja bien claro, que el Evangelio no sólo está destinado al 'alma' de las personas, sino que igualmente interviene, sin duda alguna, en las relaciones económicas y sociales.

Versículo 4:

«Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia, y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios».

Pablo limita el encargo de sostenimiento a aquellas

viudas que verdaderamente lo son; y entiende por verdaderas viudas, las que describe en los vs. 4 y 5.

Las viudas que aún tienen hijos, no están –según Pablo– dentro del grupo de las verdaderas viudas. Pablo no se refiere con esto a hijos pequeños, sino a hijos y nietos que se hallan situados en la vida, y se proporcionan su propio sustento. Sobre estos hijos y nietos descansa la obligación de cuidar a su madre o abuela que es viuda.

Los hijos tienen muchísimo que agradecer a sus padres; y en tales situaciones, tienen una oportunidad hermosa para devolverles algo. Esto, normalmente, debe tener prioridad en su vida. Si se encuentran en la disyuntiva, por ejemplo, de ayudar a su madre o comprarse un televisor en color, debe serles evidente lo que han de escoger. Y si hay hijos que reconocen esa prioridad y la ponen en práctica, Dios se complace en ello.

Versículo 6:

«Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta.»

También hay viudas que no recurren a Dios, sino que se entregan a una vida licenciosa. Esta es su manera de solucionar el problema de la soledad, y de quedar solas. Ellas son el prototipo de la ‘dolce vida’.

Pero así no solucionan el problema de la soledad, –dice Pablo. Lo agravan aun más, y lo hacen definitivo; pues, entonces, viviendo están muertas; y la muerte significa lo más profundo: la absoluta y total soledad y abandono. La soledad sólo se puede asimilar y soportar verdaderamente por quien se refugia en Dios, y persevera en oración. Entonces

puedes estar aislado, pero no solo; y, entre ambas cosas, hay una gran diferencia.

Versículo 7:

«Manda también estas cosas, para que sean irrepreensibles;»

Timoteo también debe enseñar todas estas cosas a la iglesia. Lo que acerca de esto ha debido decir Pablo, no es su opinión privada, sino lo normativo para un estilo de vida cristiano. Por eso Timoteo debe recomendar estas cosas.

Pablo usa en raras ocasiones la palabra *mandar*². Casi siempre se refiere a exhortar; pero aquí, expresamente, dice: «manda». Quizá use este verbo, porque temiese que, de otro modo, estas directrices fuesen echadas a un lado; pues el cuidado y ayuda a las viudas en el mundo greco-helénico era un asunto desconocido; era una cosa descuidada, incluso por los hijos. No había quien lo viera como una obligación; pero el Apóstol viene a decir a Timoteo: – 'Las gentes deben darse cuenta, que aquí no se trata de un capricho de un par de figuras sentimentales, sino de un estilo de vida cristiano, tal y como Dios lo quiere ver; por eso debes mandar estas cosas'.

Versículo 8:

«porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.»

Este versículo subraya lo anteriormente expuesto.

Algún comentarista opina, que Pablo se está re-

2. Mandar, también en 2 Ts. 3:4, 10, 12; cf. 1 Co. 7:6, 10, 12, 25.

firiendo sólo a la mujer, y traduce: 'si alguna mujer no provee para los suyos...' Pero el Apóstol no usa la palabra *mujer*; sino que habla muy en general, diciendo: «Si alguno... o alguien...» Lo cual, como es natural, puede incluir mujeres, viudas,..., y si ellas no tienen cuidado de sus hijitos, no está nada bien. Pero, también puede aplicarse a los hijos que no quieren preocuparse de sus padres necesitados.

Si se dan tales casos o situaciones –dice Pablo–, se ha negado la fe; pues cuidar de los de tu casa, es una norma de la fe; y quien, como cristiano, no lo hace, es peor que un incrédulo.

Con lo cual, Pablo no quiere decir, que los incrédulos y su actuación respecto a las viudas sean un ejemplo para los cristianos que no comprenden su obligación; pues la actitud de los incrédulos para con las viudas no era absolutamente ejemplar. Lo que Pablo quiere decir es esto: Si los incrédulos descuidan el sostenimiento de los de su casa, es natural que no esté bien; pues, a fin de cuentas, nadie les ha enseñado cosa mejor; nadie les ha indicado que deben sostener a las viudas. Pero tú, como cristiano, sí lo sabes muy bien. Y, si tú, a pesar de esto, no lo haces, eres peor que un incrédulo.

Versículos 9 y 10:

«Sea puesta en la lista sólo la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra.»

Ahora, Pablo se dispone a escribir sobre un grupo especial de viudas: Aquellas que cumplen una función en la iglesia de Jesucristo. Para aquella fun-

ción –también podemos decir: para aquel oficio, pues a esto mismo se refiere– no entraba en cuenta cualquier viuda.

Tal y como Pablo en el capítulo 3, para los oficios de anciano y diácono enumeraba los requisitos que éstos debían cumplir, así cita ahora los necesarios para el oficio de las viudas.

Para poder ser inscrita como viuda y poder desarrollar esta función en la iglesia, una viuda no debe ser más joven de sesenta años. Y como un anciano u obispo debe ser marido de una sola mujer, así una viuda debe haber sido mujer de un solo marido. No; con esto no se quiere decir, que una viuda que ha estado casada dos veces³, no pueda ser tenida en cuenta, sino que, durante su matrimonio, debe haber sido fiel a su marido. Por lo demás, debe gozar de buen nombre respecto a hacer buenas obras: haber criado a sus hijos con honor; ser conocida como hospitalaria y haber lavado los pies a los santos; es decir, se debe saber de ella, que, a imitación de Cristo⁴, quiere estar al servicio de los demás; incluso a socorrer a los afligidos por causa de la fe.

Si una viuda reúne estos requisitos, puede tenérsela en cuenta para el oficio de viuda⁵ en la iglesia. Cuál

3. Volver a casarse, cf. Ro. 7:1ss; 1 Co. 7:39.

4. Imitación de Cristo: a) Seguir, acompañar al Maestro, y en ello también negarse a sí mismo (en griego: *akolouthein*), cf. Mc. 1:18; 8:34; Lc. 9:61ss; Jn. 8:12; 12:26; b) Ser imitador (en griego: *mimēsthai*) es vivir según la manera de pensar y el ejemplo de Cristo, cf. 1 Co. 11:1; 1 Ts. 1:6; Fil. 2:5–7. (Sobre el ejemplo de Cristo, cf. Jn. 13:15; He. 12:2; Fil. 2:5; 1 Pe. 2:21; Ro. 8:29; y no «conformarse a este siglo», cf. Ro. 12:2). Lo cual no es copiarle miméticamente en todo, sino obrar como creyentes según su Palabra, cf. Jn. 10:27; 1 Jn. 2:3–6; y seguirle tomando tu cruz, cf. Mt. 10:38; Gá. 6:14, 17; como lo hizo Pablo, cf. 2 Co. 6:4–10.

5. La función de la «viuda», cf. diaconisas en Ro. 16:2 y en 1 Ti. 3:11.

fue el contenido de esta función o tarea, no está claro. Pues, igual que respecto a los diáconos, no encontramos en el Nuevo Testamento una descripción de las funciones de las viudas; pero está claro, que aquí se trata de una función específica dentro de la iglesia. Por tanto, aquí podemos hablar tranquilamente de ministros femeninos, y de un oficio femenino específico.

Hay personas que quieren reconocer, que aquí se trata de una función especial; pero, temerosas, quieren eludir la palabra 'oficio'. Esta palabra no aparece aquí —dicen con razón. Pero, entonces, debemos aceptar las consecuencias: que tampoco la encontramos cuando se trata de ancianos y diáconos. En efecto, el Nuevo Testamento ignora la palabra 'oficio'; y es que, éste, hablando estrictamente, no existe.

Pablo tampoco habla así. En sus cartas, deja ver que la iglesia de Jesucristo debe ser edificada en la fe y en el amor. Para lo cual, Cristo ha dado un gran número de medios: Apóstoles, profetas, maestros, poderes, dones (1 Co. 12:28). En Ef. 4:11, menciona: Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros; y en esta carta a Timoteo nos encontramos, a este respecto, con: Ancianos y diáconos (tanto masculinos como femeninos) y viudas. Dada esta conexión, no es menester que la palabra *oficio*, sí pueda usarse con los ancianos y diáconos, y no con estas viudas. Si queremos seguir usando la palabra *oficio*, también deberemos relacionar con ella a estas viudas. Pero, posiblemente haremos mejor, si dejamos de lado esta palabra, y hablamos de *ministerio*⁶. Ésta palabra sí es realmente bíblica.

6. Servicio y oficio; véase nota 1 del cap. 3.

Versículos 11 y 12:

«Pero viudas más jóvenes no admitas; porque cuando, impulsadas por sus deseos, se revelan contra Cristo, quieren casarse, incurriendo así en condenación, por haber quebrantado su primera fe».

Las viudas jóvenes, empero, no deben ser designadas para este trabajo en la iglesia, —dice Pablo. La posibilidad que se vuelvan a casar es muy grande. Con lo cual no quiere decir, que se oponga a las segundas nupcias de las viudas. En absoluto. Pero las que como tales se han puesto a disposición para el trabajo de la iglesia, con ello ponen el resto de su vida al ministerio de Cristo y su iglesia. Esto es lo que declara en su aceptación del oficio, diciendo: —‘Pongo mi vida y mi tiempo a disposición de este menester’. (Entre paréntesis: Así pues, ¡parece evidente que, para estas viudas, no existía limitación de tiempo en el oficio!).

Pero, si admites a viudas jóvenes a este oficio, —dice Pablo— tienes la posibilidad que, en un momento dado, encuentren un hombre y quieran casarse. Es natural, que en esto no hay nada equivocado; pero significa, que ya no pueden cumplir su promesa, y que no pueden entregar su vida y su tiempo de forma total e indivisible al trabajo en la iglesia. Además, una viuda que se vuelve a casar, deja de serlo y, en consecuencia, tampoco puede cumplir el oficio de viuda.

Mira, —dice Pablo—, si esto acontece, tal viuda es tildada⁷ por ello. (Aunque la versión Reina-Valera 1960 es mucho más dura, pues traduce: ‘incurriendo así en condenación’). Yo mejor diría: ‘cae en des-

7. Si eso ocurre, acarrea crítica sobre sí misma, cf. v. 14b.

crédito', puesto que no ha permanecido fiel a la promesa que había hecho en su investidura del oficio. Semejantes complicaciones son muy fáciles de evitar –dice Pablo–, no admitiendo a viudas jóvenes a dicho oficio.

Versículo 13:

«Y también a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entrometidas, hablando lo que no debieran.»

Por lo demás –dice el Apóstol–, aun hay otro inconveniente ligado a la admisión de las viudas jóvenes a este oficio. Por el mucho trabajo en la iglesia y por tantas visitas a realizar, se vuelven andorreras. Pero las viudas jóvenes tienen, por lo común, una familia que cuidar, y si lo quieren hacer bien en su casa, siempre se encontrarán ocupadas; pero no lo podrán conseguir si deben cumplir esa función en la iglesia. Pues, entonces, experimentarían cada vez más repugnancia en los trabajos de su casa; pues es mucho más agradable entrar en todas partes que hacer tu trabajo en casa; y, después de un tiempo, no les gustaría estar en casa, se aburrirían y el cuidado de la misma sería un desastre.

Y ¿qué ocurre donde no se trabaja, y donde se acosan mutuamente a preguntas? Inevitablemente surgen los chismes y se meten las narices en los asuntos de los demás, preferentemente en los asuntos sucios.

Versículos 14 y 15:

«Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia. Porque ya algunas se han apartado en pos de Satanás.»

Y esto no debe ocurrir –dice Pablo–, pues daría ocasión a nuestro adversario a hablar mal de nosotros. Por eso quiero, que las viudas jóvenes se vuelvan a casar, tengan hijos y lleven su hogar, y no vayan de casa en casa cotorreando. Pues entonces todo irá mal, como ha ocurrido con algunas.

El aviso apostólico de que las viudas jóvenes deban casarse no ha nacido de las ideas particulares de Pablo acerca de las viudas; sino que procede de su trato *con*, y del conocimiento *de* la Palabra de Dios; pues, Dios mismo ya había hecho constar: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gn. 2:18); lo cual tenía validez ya antes del pecado original. Y aunque en Gn. 1 oímos a cada paso este refrán: «Y vio Dios que era bueno», cuando después en Gn. 2, Dios ve a Adán solo, y le oímos decir: «No es bueno que el hombre esté solo», el apóstol Pablo deduce: Si esto ya no era bueno antes del pecado original, ciertamente será mucho menos bueno después del pecado original. Por consiguiente, el Apóstol quiere que las viudas jóvenes se vuelvan a casar, si tienen ocasión de hacerlo.

Versículo 16:

«Si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, que las mantenga, y no sea gravada la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que en verdad son viudas.»

Por un momento, Pablo vuelve al asunto que ya trató en el v. 4: El mantenimiento de las viudas. Allí determinó que es obligación de los hijos cuidar de su madre si es viuda. Ahora amplía aun más el círculo: Si una mujer creyente tiene viudas, pues que las mantenga.

Entre esa mujer y esas viudas puede existir una

forma de parentesco, pero esto no es requisito imprescindible: En cualquier caso, hay una relación entre ellas. Y, donde hay una relación –unida o no a una forma de parentesco–, allí yace la primera posibilidad para la prestación de sustento y ayuda. Y así, la iglesia puede concentrarse en aquellas que no tienen a nadie que les ayude. Pues, también la iglesia tiene su tarea al respecto.

Versículos 17 y 18:

«Los ancianos que gobiernen bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario.»

Si en Israel un hombre que tenía tres hijos moría, su hacienda era dividida en cuatro partes. El primogénito obtenía dos de ellas, y los otros dos, una parte cada uno (Dt. 21:17). Cuando Elías fue arrebatado al cielo, Eliseo pidió una parte doble⁸ de su espíritu; o sea, la porción de un primogénito. Si lo obtenía, era prueba de que era el sucesor y principal heredero.

En tal porción de primogénito debemos pensar cuando Pablo escribe a Timoteo: «Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor».

Por *honor* se entiende casi exclusivamente: respeto, sumisión. Cuando un jefe de Estado visita oficialmente otro país, recibe más respeto en forma de guardias de honor y bandas de música, etc., que un simple ministro o un secretario. Pablo, na-

8. Doble porción para Eliseo, cf. 2 R. 2:9; (a: en el poder, v. 14, y b: en el espíritu, v.15, de Elías; cf. Lc. 1:17).

turalmente, no se refiere a algo por el estilo, ni espera que los miembros de la iglesia cambien inmediatamente de actitud o formen fila, si se acerca un anciano.

Esto es lo que Pablo verdaderamente espera: Que la iglesia respete a sus ancianos, no por el hecho que ellos sean gentes importantes; pues en la iglesia de Jesucristo no tiene cabida una exaltación de la persona; tampoco a causa de su «oficio», pero no merecen tanto respeto, y mucho menos el doble. No; quienes lo merecen a causa de su trabajo, son los ancianos que gobiernan bien, los cuales, por ese motivo, sean tenidos por dignos de doble respeto.

Esto no obstante, en la palabra *honor* no sólo se trata de respeto; también significa: Ayuda material, apoyo, asistencia. Este significado tenía en el v. 3, con respecto a las viudas. Y esto significa también aquí, según el v. 18. Pablo cita Dt. 25:4: «No pondrás bozal al buey que trilla». En el contexto de Deuteronomio, esto nada tiene que ver con ancianos; se trata de bueyes. Pero, en 1 Co. 9, Pablo viene a decir: 'Lo que se dice en Deuteronomio, va mucho más allá de los bueyes; también se puede aplicar a los predicadores del Evangelio. Porque, si se ocupan de la predicación del Evangelio, deben vivir del Evangelio sin preocupaciones; y, en tal caso, otros deberán cuidar que sean provistos del sostenimiento, y liberados de pensar cómo se han de sustentar'.

También en esta carta, Pablo toma esta cita en ese sentido. Los ancianos que gobiernan bien, deben ser provistos suficientemente del sustento; pues el obrero es digno de su salario⁹.

9. El obrero es digno de su paga, cf. Mt. 10:10.

Esto corresponde *concretamente* a aquellos ancianos que trabajan en la predicación (es decir, en la instrucción de la vida cristiana).

Como norma, en esta frase se marca el acento en la predicación y la enseñanza, y se debe leer: Los ancianos que trabajan en la *predicación* y en la *enseñanza*. Y, en base a esto, se dice, que había ancianos que efectivamente predicaban y daban enseñanza; o sea, los llamados *ancianos enseñantes*; y otros ancianos que eran los llamados *ancianos gobernantes*.

Pero el Nuevo Testamento no apoya esta distinción en ningún pasaje. Precisamente leemos en él mismo, que la predicación no es privilegio de un determinado grupo de oficios, ni incluso de los oficios en general. Citemos un caso: En Hechos 8, leemos, que los miembros de la iglesia en Jerusalén, que habían huído a causa de las persecuciones, anunciaron el Evangelio en todo el país. Éstos no eran todos ancianos; pero sí predicaron. Y en Creta, las mujeres mayores debieron adoctrinar a las jóvenes respecto a la manera en que debían vivir como jóvenes cristianas (Tit. 2:3-5). Así pues, el Nuevo Testamento describe una situación en que no sólo los apóstoles y ancianos predicán y enseñan, sino también los miembros e incluso las mujeres.

De ahí que sería muy extraño, si Pablo distinguiese dos grupos de ancianos: Uno, que se ocupara de la predicación del Evangelio y de la enseñanza; y otro, que no sólo no lo hiciera, sino que incluso careciese de competencia para ello. Esto iría en contra de todo el contenido del Nuevo Testamento¹⁰.

10. También los «ancianos gobernantes» dan enseñanza, cf. 1 Ti. 3:2; Tit. 1:9.

Por lo cual, no debemos poner el acento en predicar y enseñar, sino en trabajar: Los ancianos que *trabajan* en la predicación y en la enseñanza. Pablo usa aquí una palabra que también emplea para su propio trabajo, y que refleja este sentido: Hallarse ocupado constante- e intensivamente.

Esto encaja mejor en el contexto de las palabras del Apóstol. Pues, no se llega a ver la razón de por qué, sobre todo los 'ancianos enseñantes' ganan una ayuda amplia, mayor que la de los 'ancianos gobernantes'. No hay razón alguna para ello, a no ser que a los 'ancianos enseñantes' se les vea más importantes que los 'ancianos gobernantes'. Pero también esto estaría en pugna con la enseñanza novotestamentaria.

Cuando ponemos el acento en *trabajar*, todo está absolutamente claro. Por supuesto, que todos los ancianos tienen una tarea respecto a la predicación y la enseñanza. Pero algunos de ellos trabajan, se ocupan y dedican todo su tiempo a la predicación y la enseñanza. Entre los demás, no es así; sólo lo hacen en su tiempo libre: a lo sumo y de vez en cuando dedican un par de días a estos menesteres. Pero no es su trabajo diario.

Cuida -dice Pablo-, que los ancianos, por causa de su actividad en la iglesia en el terreno de la predicación y la enseñanza, no padezcan extorsión financiera alguna. Procura que, por su dedicación a la iglesia, no tengan dificultades respecto a su mantenimiento. Y esto vale especialmente para aquellos ancianos que han entregado su vida al trabajo en la iglesia. Los otros ancianos que sólo en parte se dedican a la predicación y la enseñanza, tienen, a fin de cuentas, una fuente de ingresos en su trabajo ordinario. Pero aquellos que entregan todo su tiempo al trabajo en la iglesia, no tienen otro me-

dio de ingresos. De ahí que precisan de la atención de la iglesia respecto a su mantenimiento.

Por consiguiente, en la iglesia radica la obligación de procurar que los ancianos que cumplen bien con la predicación y la enseñanza, no pasen necesidades. Y en esto no seas ruin o tacaño, —dice Pablo; antes bien, sé generoso; da una parte doble.

En esto se ha pecado bastante; pues, ha ocurrido, que miembros de la iglesia se inclinaban profundamente ante su pastor, y pensaban que con esto le mostraban todo el honor que le debían; pero, entre tanto, le desamparaban sin inmutarse lo más mínimo, cuando apenas tenía qué comer. Tales personas no han comprendido las palabras de Pablo en este versículo.

Versículo 19:

«Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos.»

Después que Pablo ha puesto a buen recaudo el sustento de los ancianos, pasa a proteger también su posición dentro de la iglesia. Sabe demasiado bien, que allí se suele criticar a los ministros; y, a veces, de manera poco elegante. En ciertas ocasiones, se ponen en boca de ellos cosas que nunca han dicho, o se les achacan cosas que nunca han hecho. Pablo mismo podía hablar con conocimiento de causa al respecto. Mucho se le ha difamado y murmurado de él, no sólo fuera, sino también dentro de las iglesias. Y ahora se teme, que semejantes críticas también serán levantadas contra los ancianos, como consecuencia de rivalidad u oposición al Evangelio y a las exhortaciones que debían dar. Por eso, no debes aceptar acusaciones sin fundamento contra un

anciano, —dice Pablo. Déjalas a un lado, sin más; a no ser que haya dos o tres testigos por medio.

En verdad, que este es un asunto lógico. Acusar por acusar, sin tener o tomar pruebas serias, y en base a ello juzgar a alguien, no puede ser. No lo puedes justificar ante nadie. Pues, en Israel, también había una norma general: Que ninguna acusación podía ser declarada aceptable, a no ser que dos o tres testigos¹¹ pudieran corroborarla. Es decir: A no ser que se la pudiese demostrar fácilmente.

Esta misma regla aplica aquí el Apóstol con respecto a los ancianos. Las murmuraciones no deben determinar la actitud de la iglesia frente a ellos. Las acusaciones contra ellos deben ser demostradas. De lo contrario, han de ser dejadas a un lado, sin más.

También se ha pecado muy frecuentemente contra esta norma; y más de una vez ha ocurrido que una iglesia fue dividida irremisiblemente, porque no se hizo buena esta norma, y se dio crédito a acusaciones que no eran fundadas.

Versículo 20:

«A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman.»

Como es natural, puede suceder, que los ancianos pequen. También ellos pueden torcerse lo mismo que todos los miembros de la iglesia. Entonces, deberán ser amonestados delante de todos.

Pablo sigue hablando aquí de los ancianos. Si una acusación contra uno de ellos es evidente que tiene fundamento, debe ser reprendido públicamente.

Por lo demás, esta es una regla que sólo afecta

11. Dos o tres testigos, cf. Dt. 17:6; 19:15; Mt. 18:16.

a los ancianos; pues en Mt. 18, Cristo viene a decir: -'Si el pecado de alguno se hace evidente por la presencia de testigos, y no se arrepiente, el asunto debe ser hecho público' (v. 15s). Pablo, pues, conecta con este pasaje, y lo aplica: 'Si un anciano vive en pecado, debe ser reprendido en presencia de toda la iglesia'.

Pablo mismo se atuvo a esta regla. En la iglesia de Filipo no iban bien las cosas entre Evodia y Síntique, dos mujeres que antaño habían luchado con Pablo y sus otros colaboradores en la predicación del Evangelio. ¡Aquí nos encontramos de nuevo con un ejemplo de que el Nuevo Testamento no reserva la predicación a un determinado grupo de ancianos, ni tampoco a cargos en general ni incluso a miembros masculinos! Estas dos mujeres que, al parecer y por una razón u otra vivían en desavenencia, son reprendidas por Pablo en una carta que fue leída en alta voz en la reunión de la iglesia (Fil. 4:2-3). Y en Antioquía, Pablo llamó al orden públicamente, nada menos que a Pedro (Gá. 2:11ss.).

Por tanto, Pablo considera de gran importancia el carácter público de esa reprensión. Lo cual tiene un valor preventivo para los demás ancianos; y significa un freno extra.

Versículo 21:

«Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad.»

Pablo considera tan importante esa reprensión pública, que se la encarece muy de veras a Timoteo con una especie de juramento: 'Te encarezco *delante de Dios...*'

Con la expresión indefinida: '*estas cosas*', se refiere a lo que expuso en los versículos precedentes; pero, en especial, al tratamiento de las acusaciones y a la reprensión en público. Esto es evidente por lo que añade: '*sin prejuicios y sin parcialidad*'. También esto era una exigencia en los jueces de Israel¹². Debían ser imparciales, no prevenidos. Y esto ha de suceder también en el tratamiento de las acusaciones contra ancianos, y en las reprensiones a los mismos.

Pues, muy fácilmente podía ocurrir, que Timoteo pensase: -'¿Debo acusar públicamente a ese hermano con quien tanto he colaborado en el ministerio del Evangelio? No puedo obligarme a eso; le quiero respetar'.

Pero Timoteo no puede razonar así. Se trata de la iglesia¹³. La cual debe ser protegida; por lo cual, ni la parcialidad ni la conveniencia pueden jugar papel alguno en la iglesia.

En nuestra práctica eclesial, no ha sobrevivido mucho la reprensión pública; y deberíamos preguntarnos alguna vez, si la manera expresa como Pablo la recomienda a Timoteo, no tiene nada que decirnos.

Versículo 22:

«No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro.»

Porque estas cosas influyen tan profundamente, debe hacerse todo lo posible para restringirlas. De

12. Imparcialidad en las sentencias en Israel, cf. Lv. 19:15; Dt. 1:16-17; 16:18-20.

13. Para protección de la iglesia, cf. 1 Co. 5:6; Hch. 5:11.

ahí que Timoteo deba tener cuidado de no imponer las manos demasiado de prisa a ninguno.

El contexto aclara, que se trata de la imposición de manos en la aceptación de un oficio o en la instalación en el mismo. Si te precipitas en hacerlo, y resulta que a esa persona que no conoces suficientemente y que no ha sido probada, la empujas a hacerse anciano enseguida, corres el riesgo de comprar gato por liebre –como se suele decir–, y que, tras el paso del tiempo, se evidencie que ese hombre lleva un estilo de vida no cristiano. Entonces, inevitablemente, tendrás que enfrentarte a acusaciones contra él, y a una reprensión pública, y a todas las consecuencias que ello acarrea. Y lo ingrato del caso es, que tú mismo no estás libre de culpa. Y esto no debe ocurrir, –dice Pablo. Consérvate puro, sin mancha. Cuida que no te veas comprometido por tales cosas.

Versículo 23:

«Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.»

Pablo sabe que con esta exhortación no llama a la puerta de un sordo. El estilo de Timoteo en absoluto era tan comprometedor que con ello frenase el progreso del Evangelio. En estas cosas, Timoteo había ido tan lejos que a pesar de su precaria salud, sólo debía agua y no probaba el vino.

Timoteo sabía, que había hermanos para quienes el beber vino era pecaminoso (Ro. 14:21). En el mundo greco-helénico se usaba muchísimo el vino como ofrenda a los ídolos. La costumbre era, que se vertiese un chorrito de vino sobre el suelo como ofrenda a los dioses. ¡Quién puede decir –manifes-

taban estos hermanos— si una porción del vino que bebes no ha sido ofrecida por el tabernero como libación a un ídolo! Si esto ha ocurrido, y tú, como cristiano, bebes ese vino, haces causa común con los ídolos¹⁴.

Timoteo había tomado muy en serio la enseñanza de Pablo respecto a estas cosas, tal y como lo vemos en Ro. 14, por ejemplo. Está bien no comer carne ni beber vino, si haciéndolo te interpusieses entre los hermanos en la fe y Dios. Pues el reino de Dios no consiste en comer y beber, sino en justicia, paz y gozo por el Espíritu Santo. Por eso Timoteo se había privado totalmente de beber vino, para no comprometerse cerca de esos hermanos, si bien su salud se hubiera visto favorecida con un uso moderado del vino.

Pues bien, —dice Pablo— en eso vas demasiado lejos; eso es pasarse. Como es natural, está bien tener en cuenta a los hermanos; yo mismo te lo he enseñado; y esa es mi propia línea de conducta. Pero es ridículo, si va en contra de tu salud; ésta es lo que no te está permitido descuidar. Bebe, pues, tranquilamente, un poco de vino; es bueno para tu salud.

Versículo 24:

«Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan a juicio, mas a otros se les descubren después.»

En este versículo, vuelve a ser subrayado, que no se debe realmente imponer las manos a alguien con ligereza.

Dos son los tipos de personas a distinguir que viven en pecado: Uno, lo hace tan abiertamente que,

14. ¿Es eso hacer causa común con los ídolos?, cf. 1 Co. 8.

en un abrir y cerrar de ojos, te resulta claro la clase de persona que es y que no debes imponerle las manos. Ves, por así decirlo, antes su pecado que el hombre mismo. Sus pecados, pues, les preceden al juicio¹⁵; porque hacia allí se encaminan.

Pero, hay otro tipo de personas; y en él ocurre lo contrario: Cuando te los encuentras, piensas: — ¡Qué hombres tan magníficos! ¡Estos son figuras valiosas! Son especialmente convenientes para dirigir la iglesia, y para ser un ejemplo del rebaño'. Pero, poco a poco, les vas conociendo mejor; y con el paso del tiempo, llegas a saber quiénes son realmente; y entonces, ¡puedes dar gracias a Dios, que no han sido hechos ministros!

Versículo 25:

«Asimismo se hacen manifiestas las buenas obras; y las que son de otra manera, no pueden permanecer ocultas.»

Con las buenas obras estamos en el mismo caso. Algunas son sencillamente evidentes. Otras precisan de más tiempo para ser reconocidas. Pero todas se hacen manifiestas. No pueden permanecer ocultas. Así aprendes a conocer a los hombres en sus frutos. Esto va en beneficio de la iglesia; la cual es tarjeta de visita y pedestal de la verdad. Cuando estas reglas se descuidan en la iglesia, y no juegan papel alguno, por ejemplo, en la elección de ancianos, esa tarjeta de visita (la iglesia) se vuelve cada vez más sucia e ininteligible.

15. Todas las obras llegan a juicio, cf. Ec. 12:14; Ro. 2:16; 1 Co. 4:5; 2 Co. 5:10. Pero Dios perdona y olvida gustosamente los pecados de los creyentes, cf. Sal. 103:12; Mi. 7:18-19; Is. 43:25; Jer. 31:34; Ez. 18:22.

CAPÍTULO 6

Versículo 1:

«Todos los que están bajo el yugo de la esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina.»

Al gobierno de la casa de Dios pertenecen toda clase de personas. Toda la diversidad que encuentras en la sociedad también está representada en la iglesia de Jesucristo. Pues el Evangelio no está destinado para una determinada clase de personas, sino que es para todos los hombres y para todas las clases sociales. Es para labradores, hombres de la ciudad y gentes del campo; es para ricos y pobres; para obreros y directores de fábrica; para profesores y estudiantes; para esclavos y amos de esclavos.

La iglesia tampoco es un sindicato o un partido político; y el Evangelio no es un programa social ni un manifiesto revolucionario, sino un poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Pero, precisamente por eso: Porque como poder de Dios penetra y transforma la vida de aquellos que son captados por él, interviene formal y profundamente en las relaciones sociales y económicas y las hace progresar. Sobre esto se dispone Pablo a escribir en este capítulo sexto de su carta a Timoteo.

Primero, comienza escribiendo sobre la relación de un esclavo para con su amo¹. Un esclavo que se hace cristiano, permanece, en primera instancia, comúnmente esclavo. Esto es lo primero que debemos señalar. Cuando un esclavo se hacía cristiano, en nada cambiaba su posición social. Hoy día, esto es una desilusión para muchos; y dicen: -'¿De qué te sirve un Evangelio que habla palabras hermosas sobre la verdadera libertad, pero que, entretanto, deja a los esclavos como tales? ¡Vaya una libertad fatua! ¡Queremos ser libres -y esto rápidamente- de la esclavitud! Esta es la libertad que queremos'.

Este razonamiento es el que, en estos tiempos, nos sale al encuentro desde todas partes, incluso desde el lado de los grupos eclesiales y de las conferencias mundiales de evangelización. Es natural, que este deseo de libertad también viviese entre los esclavos en la época de Pablo. Por algo fueron tan frecuentes las revoluciones de esclavos en el Imperio Romano.

Pero el Evangelio arranca del lado opuesto, y dice: -'¿De qué me sirve la libertad política, social y económica si permanezco un esclavo del pecado?' En ese caso, no he avanzado realmente ni un solo paso. Se trata, pues, en primer lugar, de la liberación del pecado, del poder de Satanás y del juicio de Dios. Esta es la libertad del Espíritu, en la cual somos hijos de Dios.

Por eso, como cristiano esclavo poseo, en mi situación de esclavo, una porción de libertad² en la que nunca me había atrevido a soñar. Y por esta razón, vengo a estar libre frente a mi amo, de una

1. El esclavo cristiano y su amo, cf. Flm. 11-12.

2. Ser libre como esclavo cristiano, cf. 1 Co. 7:22.

forma mucho más radical que jamás fue posible por una revolución social. Aún sigo obedeciendo a mi amo³, y le respeto como mi amo. Pero ahora lo hago desde una posición muy diferente a la de antes. Ya no lo hago porque mi amo me manda, sino porque Dios ha obtenido en mi vida el derecho de mandármelo. En lo profundo de mi ser, ya no soy propiedad de mi amo, sino de Cristo. No mi amo, sino Dios determina y domina mi vida; y porque no quiero que el nombre de Dios y la doctrina del Evangelio sean infamados⁴, obedezco a mi amo. Eso ocurriría irremediabilmente, si yo, como cristiano esclavo, rehusase obedecer a mi amo, y tomase parte en revoluciones de esclavos. Lo cual no haría ningún bien al Nombre de Dios en el mundo, y perjudicaría el progreso del Evangelio.

Versículo 2:

«Y los que tienen amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos, sino sírvanles, por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio. Esto enseña y exhorta.»

Lo dicho antes vale también para los esclavos cristianos que tienen amos creyentes; pues también se daba este caso. No sólo los esclavos podían hacerse cristianos, sino también –y por suerte– los amos de esclavos.

Pero, cuidado, –dice Pablo ahora a tales esclavos cristianos– que no despreciéis a vuestros amos creyentes ni os despreocupéis de ellos, porque son hermanos.

3. Obediente a mi amo, cf. Flm. 15-16.

4. No dar motivo alguno, cf. 1 Pe. 2:15; 3:16; Tit. 2:10.

Semejante reacción de tales esclavos cristianos no sería absolutamente impensable. Pablo conoce el corazón humano; sabe que semejantes esclavos son propensos a caer en la tentación de negar la obediencia a su amo, con este razonamiento: -'Mi amo es ahora mi hermano; los hermanos no deben dominarse recíprocamente; luego, mi amo ya no tiene derecho a darme órdenes y encargos. Esto no obstante, si lo hace, me tienen completamente sin cuidado'.

Quien, como esclavo cristiano se enfrenta así a su amo creyente, olvida lo que supone ser hermano. Para él, supone que debe ser un esclavo aun mejor para con su amo; no precisamente desde el punto de vista de un sometimiento y servilismo esclavizante⁵; pues entonces no sería interiormente libre, sino, porque ahora se encuentra en su amo con un creyente, con un hermano al que debe amar; porque también el amo le ama a él.

Esto último lo notas -dice Pablo- en la forma en que ese amo se comporta ahora también para contigo; pues, para él, ya no eres una especie de utensilio por el que no tenga interés personal alguno; sino que ahora eres un hermano en Cristo, que le llega al alma. Porque observas, en toda su línea de conducta, un cambio total; y en contra de como ocurría antes, ahora se esmera en hacer bien las cosas.

Así es como el Evangelio cala y actúa en la vida de esclavos y amos⁶; la transforma de dentro hacia afuera, en el marco de las relaciones sociales existentes; y no puede ser por menos que, como con-

5. No ser esclavo adulator, cf. Col. 3:22; Ef. 6:5-6.

6. Igualmente una palabra a los señores, cf. Ef. 6:9; Col. 4:1.

secuencia del Evangelio, con el paso del tiempo también sean transformadas las relaciones sociales. Esta es la forma de actuar del Evangelio: No enfrenta actitudes contradictorias; no paga mal por mal; sino que vence al mal con el bien⁷.

No es difícil trasladar este patrón o forma de actuar a las situaciones y relaciones actuales. La actitud evangélica está *radicalmente opuesta* a la revolucionaria. Nuestro tiempo, que está tan profundamente sensibilizado y arrastrado por el pensamiento revolucionario, habla un lenguaje diferente.

Nosotros, como cristianos, debemos darnos cuenta de esta diferencia tan profunda. En nuestra actitud, deberemos hacer ver que no queremos dejarnos dominar por la revolución, sino por el Evangelio. Aquí yace la impronta de un estilo de vida cristiano tal y como Dios nos lo pide. Precisamente como Timoteo debe llamar a ese estilo de vida, así lo debemos hacer nosotros hoy en día; y al hacerlo, debemos pensar concretamente en nuestra juventud; la cual está inundada por el espíritu de la revolución. Y si nosotros mismos no acertamos a ver claramente la diferencia, ¿cómo podemos hacerles saber a ellos estas cosas?

Versículos 3 y 4:

«Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, será envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas,»

Pablo, una vez más, toca el tema de los falsos maestros. No es tan extraño; pues si la iglesia es

7. No pagar mal por mal, cf. Pr. 20:22; Ro. 12:21.

la tarjeta de visita de la verdad, bien viene a cuento, que esa verdad no sufra menoscabo.

De ahí que Pablo ahora venga a decir: –‘Si alguno da otras normativas para la vida como cristianos, y no se une y adhiere a las sanas palabras de Jesucristo... está envanecido, es una persona presuntuosa; piensa que sabe mucho, aunque, en realidad, no posee el conocimiento verdadero. Semejante persona, tiene, normalmente, una inclinación enfermiza respecto a disputas y contiendas de palabras...’ Y no puede ser de otra forma; pues si no te sujetas a las sanas palabras de Cristo, tu pensamiento enfermará indefectiblemente.

También nosotros debemos tener esto muy presente, cuando, hoy en día, oímos alabar otra actitud proveniente de otra corriente cristiana, y asimismo oímos propagar una línea dura. Esto no está en la línea de la enseñanza que Cristo nos dio respecto al estilo de vida cristiano.

¿Y cuál es la consecuencia de la actuación de semejantes figuras? No es difícil verlo y prevenirlo –dice Pablo; pues se derivan envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, etc., que es lo que obtienes cuando no te conformas a las sanas palabras del Señor Jesús. ¡Sólo donde se presta atención a estas palabras es posible una vida eclesial sana!

Versículo 5:

«disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales.»

De otra manera, existen roces permanentes y discusiones necias. Esto ocurre por aquellas personas cuyo pensamiento se ha corrompido, y se han apartado de la verdad.

Que este sea el caso, se evidencia por el hecho que estas personas consideran el servir a Dios como un asunto con que puedes ganar dinero; pues desean enriquecerse. A diferencia de los ancianos en la iglesia, no se conforman con una parte doble; sino que quieren llenar su saco, y que siempre les sobre mucho trabajo. En lo cual puedes ver que andan equivocados, y que por eso se descubren a sí mismos en su juego; pues, si el anhelo de ganancia es el resorte en el servicio de Dios, algo anda torcido. La iglesia y las gentes no les preocuparán profundamente, sino que lo que les importa es ellos mismos y su provecho propio.

Versículo 6:

«Pero gran ganancia es la piedad acompañada de entendimiento;»

Ahora bien, el servir a Dios es efectivamente un asunto que proporciona ganancia; pero no en el sentido que le atribuyen los falsos maestros, pues ellos no están contentos con lo que tienen; y eso es precisamente el requisito, para que el servicio a Dios sea ganancioso. Sólo si te contentas con lo que tienes, podrá reportarte algo el servicio a Dios; pues entonces enriquece tu vida.

La riqueza a la que Pablo se refiere aquí, es la de la comunión con Dios, y de Sus promesas de perdón y vida eterna. Si esto es tu gran riqueza, si esta es la perla de gran valor por la que quieres vender todo, tu vida es tan plena y rica que estás contento con lo que tienes⁸.

Pero, si no estás contento con lo que tienes y siempre quieres tener más, Dios y sus promesas no

8. Ser rico en gracia de Dios, cf. Mt. 13:46; 19:21-26; Ef. 2:7.

son evidentemente tu mayor riqueza. Dios no importa demasiado en tu vida; ni la llena; y otras cosas te parecerán más importantes: el dinero, enriquecerte, etc.; y entonces es evidente que servir a Dios no es para ti algo que te enriquece⁹.

Versículo 7:

«porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podemos sacar.»

Pues bien, ese querer enriquecerse cada vez más es un negocio especialmente necio; porque, cuando mueras, ¿qué haces con esas riquezas tras las que has corrido? Absolutamente nada. Nadie ha conseguido jamás pasar por la frontera de la muerte un fajo de billetes de dólares, o un paquete de efectos públicos. Esa aduana es la única por la que nada se puede escamotear. No traspasas esa frontera ni con un coche vulgar, ni con un Rolls Royce. No pasarás ni un céntimo ni un millón. Todo has de dejarlo atrás; literalmente todo¹⁰.

Versículo 8:

«Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.»

Por eso es tan insensato querer tener más y más; pues si tenemos alimento y vestido, hemos de contentarnos con ello; y debe bastarnos.

Esto nos sitúa a todos ante una pregunta de conciencia: —¿Podemos prescindir de nuestra instalación de música stereo, de nuestra TV, de nuestras

9. No ser rico en Dios, y por tanto estéril, cf. Mt. 13:22; Lc. 12:21; He. 11:26.

10. Las riquezas (= mammon) que se te escapan, cf. Sal. 39:6; 49:16-20; Pr. 27:24a; Ec. 2:18-19; 5:14; Lc. 12:16-20; 16:9.

joyas y antigüedades? ¿Seríamos felices en una casa más sencilla, con menos lujo, y con un salario mínimo? ¿O estamos tan atados a toda esa abundancia, y nos causaría tanto dolor tener que desprendernos de todo eso que nos volveríamos infelices y desgraciados?

Son preguntas que no debemos esquivar. Pablo nos las pone a nuestros pies; y no sólo él; también Cristo nos confronta con ellas en Mt. 6:19-21: -'No os hagáis tesoros en la tierra,... sino haceros tesoros en el cielo,... porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón'.

La cuestión es: Si somos ricos en Dios, o si buscamos nuestra riqueza en bienestar, abundancia y lujo, en una casa más grande, en una vestimenta más lujosa y más cara. Cuando sin todas esas cosas nos sentimos desgraciados e insatisfechos, evidentemente no somos ricos en Dios. Nuestro tesoro está aquí en la tierra. ¿Podemos prescindir de todo lo que rodea a nuestro pan: todos esos manjares caros, cafeterías y bebidas extrañas? ¿Dónde está nuestro tesoro?

Esta pregunta también es decisiva para lo que queremos apartar para la obra de evangelización, por ejemplo. Pues hay personas que aprietan con su mano el portamonedas cuando se ofrenda para evangelización, y que nunca dan un céntimo para esta obra. En fin, que no puedes llamar a su puerta para otras cosas. Pues, -dicen-, 'nunca terminan de pedir'. Y añaden: -'Bien podemos mantenernos al margen de esto. ¿Quién puede dar para todo?'¹¹

Tales personas deberían temblar alguna vez ante

11. Dios ama al dador alegre, cf. Dt. 15:7-10; Mt. 6:19-21; Lc. 16:9-11; 2 Co. 9:6-9; Stg. 2:15-16.

estas preguntas: –‘¿Dónde está tu tesoro? ¿Eres rico en Dios, o buscas aquí tu riqueza?’

Por lo demás, estos interrogantes permanecen actuales para todos y cada uno; pues, que ayer te pudiste contentar con ropa y alimento, no implica automáticamente que también mañana podrás hacerlo. Es propio del hombre dejarse acorralar por el lujo, el bienestar y el afán de poseer cada vez más.

Versículo 9:

«Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición;»

Y si esa lucha o afán te domina, no es bueno, –dice Pablo. Las personas que han caído en las garras de ese afán de tener cada vez más, vienen a caer en tentación, en una trampa y en muchos deseos necios y perniciosos que hacen sucumbir a las gentes en la corrupción y en la perdición. Piensan hacerse dichosas; pero, en realidad, han caído en una tentación¹². Han cambiado el ser ricos en Dios, por tesoros en la tierra. Con lo cual, han metido la cabeza en una trampa; y cuanto más tiran de ella, tanto más les aprisiona la garganta, y les axfisia su vida.

Versículo 10:

«Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.»

12. Afán de lucro –no nos metas en esa tentación, cf. 1 S. 8:3; Sal. 119:36; Mc. 10:25.

Raíz de todo mal es el ansia y el amor al dinero. Quien ama el dinero puede llegar a todos los pecados posibles: engaño, robo, estafa, asesinato... Por correr tras el dinero, muchas personas renegaron de la fe, y se han atormentado con muchos sufrimientos y dolores de cabeza.

Pues no por ello se hicieron más dichosas. En la medida que se enriquecían, sus preocupaciones no se hicieron menores, sino mayores. Y, si por causa de tu amor al dinero, vienes a parar en una prisión, no encuentras en ello placer alguno; pues entonces te asedias a ti mismo con muchos dolores.

Pablo quiere decir sencillamente: el ir a la caza de más y más cosas y dinero, no enriquece tu vida; eso es lo que realmente se espera, y lo que de todos los lados se te susurra en nuestra sociedad. Desde cualquier ángulo te ves estimulado a querer tener más, cada vez más. Pero por ello tu vida no se vuelve más rica, sino que sucumbe en el frío del fracaso, e interiormente te vuelves cada vez más pobre.

Versículo 11:

«Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre».

Timoteo, pues, debe apartarse de todas esas cosas que Pablo, en los vs. 3 al 10, le ha indicado como perjudiciales para la fe. Así que debe huir de todas ellas.

Hay personas que precisamente aman andar al borde del precipicio, y jugar con el fuego, como se suele decir. Pablo, en cambio, no quiere saber nada de eso. No se debe jugar con las cosas que te apartan de Dios; debes evitarlas; debes huir de ellas, y no por querer tener que ver nada con ellas.

Timoteo ha de apostarse tras otras cosas; esas debe perseguir. Los verdaderos atesoradores pueden lograrlas; aunque, a veces, tengan que recorrer países y ciudades con el fin de añadir algo nuevo a sus colecciones. Ahí los tienes empeñados de una forma especialmente resolutiva. Así debe hacerlo también Timoteo: ir tras la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia y la paciencia. Pues, todas estas cosas no te engañan, ni te caerán del cielo. No; han de ser conseguidas; y para ello es preciso un esfuerzo personal.

Por *justicia* hemos de entender, en este pasaje, no el ser declarado justo por Dios (de lo cual habla Pablo, por ejemplo, en su carta a los Romanos, donde se trata de una actividad de Dios, y no del hombre). Pero, aquí no se trata de lo que Dios hace, sino de lo que Timoteo debe hacer; pues, aquí, en la palabra *justicia* debemos entender: la actitud de alguien que responde a las esperanzas que Dios tiene de él, en base a la relación de pacto existente, entre Él y la persona justificada. La *justicia*¹³ que Timoteo debe perseguir es vivir sincera y lealmente según las reglas del pacto; y esto, en verdad, no es algo que discurra automáticamente. Tú mismo debes incitarte a ello.

Esto mismo vale también para la piedad.

Ser piadoso ha tomado –para muchos– un acento sombrío; y eso es lamentable; pues, no lo es. Es andar humildemente con Dios; lo cual el algo para lo que debes esforzarte.

La fe, la confianza en Dios, tampoco es algo que

13. Hacer justicia es una exigencia del Pacto, cf. Dt. 16:20; 24:13; Ez. 18:5-9; Jer. 22:13-19.

funcione automáticamente, como si apretaras un botón; exige una atención y ejercicio constantes.

Cuando dices a las personas: -'¡Debes confiar en Dios!' Obtienes, a veces, esta respuesta: -'¡Eso no es tan fácil!'

Y es verdad: no es tan fácil; pero debes esforzarte en ello -dice Pablo. Si no lo haces, nada de eso lograrás en tu vida.

También el amor pertenece a las cosas que Timoteo debe perseguir. En la palabra *amor* aun tenemos mucho lastre por el color romántico que ha adquirido en nuestra cultura.

Según nosotros, el amor es algo que -según se dice- te es traído por el viento; pasa o no pasa por ti; no precisas hacer nada al respecto; es cosa que tienes, o no; y punto.

En el significado bíblico de la palabra *amor*, ocurre algo distinto: tú puedes y debes perseguirlo; puedes hacer lo que se precisa para lograrlo; pues, no se debe olvidar, que el amor a Dios y al prójimo son un *mandamiento* y un *encargo*.

Además, Pablo menciona la perseverancia¹⁴. Hay algunas personas que aun te siguen cuando todo marcha sobre ruedas; pero, se quedan a la orilla del camino, cuando surgen dificultades, cuando se deben sortear dificultades o les salen ampollas en los pies. Entonces desisten, y cuelgan las botas. Cuida de no hacerlo tú, -dice Pablo a Timoteo. ¡Persevera; aprieta los dientes! Para ello debes tener oído atento.

Finalmente, Pablo cita la mansedumbre¹⁵.

Una persona mansa y apacible es alguien que no se aferra a sus propias ideas, y que no impone, cueste

14. Perseverancia, cf. Mt. 13:21; Jn. 15:4-6; 2 Ts. 3:3-5; He. 3:14; 10:36; Ap. 14:12.

15. Mansedumbre, cf. Nm. 12:1-3; Gá. 5:22.

lo que cueste, su voluntad. El manso no se mueve por su propia fuerza o por la violencia, sino por el Espíritu de Dios.

Esto nada tiene que ver con un carácter apagado o huidizo. Un manso no es el reverso de una personalidad poderosa. Ser manso guarda relación con una actitud de vida. Jesús era manso (Mt. 11:29). Sin embargo, nadie querrá afirmar, que fue un blandengue, y que no supo ceder. La mansedumbre está al lado opuesto de la soberbia, frente al engreimiento y la jactancia en la fuerza propia. Ser manso es pensar en la pequeñez de ti mismo, y considerar la grandeza de Dios. Es esperarlo todo de él.

También esto es algo por lo que te has de esforzar. Si no lo haces, no te queda más remedio que apoyarte constantemente en ti mismo; y entonces te nutres de ti mismo y de tus propias posibilidades; y esperarás las soluciones de ti mismo. Pues esto es precisamente lo que un hombre –tenga un carácter fuerte o débil– siempre quiere volver a hacer. Por lo cual, ser manso y humilde de corazón exige un ejercicio constante.

Lo escrito aquí por Pablo, vale para todo cristiano. Pero, en este punto, creo que les falta mucho a los cristianos: no se esfuerzan lo suficiente por ello; permanecen tranquilos; no se conmueven demasiado; no conocen ese incentivo acumulativo de los verdaderos coleccionistas. Y la consecuencia suele ser, que en sus vidas no puedes constatar sino muy poca justicia, poca piedad, poca fe, poco amor, poca paciencia y poca mansedumbre. Pero, lo que efectivamente encuentras en ellos es, que juegan con fuego; que flirtean con cosas que te apartan de Dios.

Pablo nos exhorta precisamente a hacer lo contrario: huir de todo lo que aparta de Dios; perse-

guir las cosas que edifican y fundamentan la comunión con Dios. Y, como es natural, esto vale de modo total, para alguien que, como Timoteo, debe conducir, formar y exhortar a la iglesia; pero deberá corroborar sus palabras con su línea de conducta.

Versículo 12:

«Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos.»

‘Pelea la buena batalla’¹⁶ de la fe’ –continúa Pablo. ¡Se desarrollan tantísimas batallas equivocadas y malas! Por citar alguna: Luchar por la autosuficiencia, por el honor propio, por una ideología, por enriquecerse...

Pero, sólo hay una buena batalla: La batalla de la fe; o sea: La batalla contra todo lo que nos aparta de Dios, contra Satanás, el pecado y nuestra propia carne; la batalla para entrar por la puerta estrecha.

¡Esta es verdaderamente una batalla!

En esta vida no vamos en ascensor hacia el reino de los cielos; cuesta esfuerzo¹⁷; debes hacer algo. Naturalmente, no en el sentido de que tú debas hacer algo para merecerlo. Esto iría diametralmente en contra de todo el Evangelio. Pero la gracia de Dios

16. La buena batalla: a) El verbo es un término deportivo (en griego, agonizen), cf. Lc. 13:24; He. 12:4. b) En el Nuevo Testamento también se usa «salir al encuentro del enemigo» (en griego, anti-strateuein), cf. 1 Ti. 1:19; Ro. 7:23; 1 Pe. 2:11. c) Es la realidad espiritual de la batalla, cf. Mc. 13:33; Ro. 6:12-14; Gá. 5:17; Ef. 6:12; Stg. 1:2-5; 1 Pe. 5:9.

17. Empeño, esfuerzo, cf. 1 Co. 9:24.

no hace pasivo al hombre ni desconecta su actividad. Sin duda alguna, debe hacer algo: 'Echar mano de la vida eterna'¹⁸; retenerla fuertemente.

Timoteo había sido llamado por Dios para esa vida eterna; lo cual es totalmente obra de Dios; pues es él quien nos llama a la vida eterna. Pero Timoteo mismo debe echarla mano; él mismo ha de cogerla con fuerza.

Es bueno que caigamos en la cuenta que Pablo no escribe esto a alguien que oye por primera vez el Evangelio, y para alguien a quien aún le sea absolutamente nuevo. No; escribe a Timoteo, quien, desde su niñez ha crecido en la Biblia, y quien, durante muchos años al servicio de Cristo, anunció el Evangelio e hizo profesión de su fe en presencia de muchos testigos.

Creo que, en demasiadas ocasiones, partimos de la idea que semejante toque de atención sólo puedes dirigirlo a alguien que aún no ha hecho profesión de fe; pero no a quien ya la haya hecho. A éste no puedes decirle: 'Echa mano de la vida eterna', porque ya lo ha hecho. Pues, por decirlo de alguna manera, ya está dentro. Esta forma de pensar ha ocasionado mucho embrutecimiento y somnolencia en la vida espiritual, y ha conducido al sentimiento de haber logrado una posición reconocida. Pablo, dirigiéndose a alguien que hace mucho tiempo había llegado a la fe, y que con entrega total trabaja al servicio del Evangelio, le dice: '¡Echa mano de la vida eterna!' ¿Por qué? —Porque Pablo mismo también lo hacía; pues en Fil. 3:12-14, también

18. Atrapa la vida eterna... Señor, ven en mi ayuda, cf. Mt. 15:30-31; Mc. 9:24; Sal. 119:169-176; He. 2:18.

escribe: 'No que lo haya alcanzado ya,... olvidando ciertamente lo que queda atrás,... prosigo a la meta...'

También Pablo debía seguir corriendo tras ella; aún debía alcanzarla. Así pues, también nosotros debemos seguir exhortándonos mutuamente: -'Echa mano de la vida eterna'. Para eso has sido llamado por Dios, y para eso has hecho ya la buena profesión de fe. Por consiguiente: -Cógela; continúa batallando para entrar en ella.

Versículos 13 y 14:

«Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mancilla ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo.»

Por lo demás, hacer profesión de fe no lo podemos limitar a un momento ceremonioso, solemne en la vida. Como prueba de esto, Pablo nos remite a Cristo, el cual dio testimonio de la buena profesión de fe ante Pilato representante romano de la justicia.

Aquellas circunstancias no fueron las que nosotros nos imaginamos en los actos de profesión de fe. Pues nos figuramos un culto o servicio religioso impresionante con las preguntas de rigor, hechas por el pastor celebrante. Pero Cristo no la hizo en un acto eclesial, sino que fue sometido a un interrogatorio judicial.

Hacer profesión de fe es algo que te puede ser exigido en cualquier tiempo y en las circunstancias más diversas. Pero, solamente lo podrás hacer¹⁹, si

19. Hacer profesión de fe, confesar, cf. 1 R. 8:33-35; Sal. 40:5; Mt. 10:32-33; Jn. 9:22; 12:42; Ro. 10:8, 10; He. 13:15; 1 Pe. 3:15.

peleas la buena batalla y echas mano de la vida eterna.

Pablo entiende tan importante que Timoteo se ocupe de ello constantemente, que se lo ordena con palabras llenas de peso: «Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento (a saber: lo dicho en los vs. 11 y 12) sin mácula ni reprehensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo».

Versículo 15:

«la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores,»

Esta aparición de Cristo no tiene lugar en un momento caprichoso; ocurre en el tiempo destinado para ello; en el momento en que Dios diga: -'Ahora es el tiempo para ella'.

Pues él, el Bienaventurado, el único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores tiene en su mano²⁰ los tiempos y las circunstancias; y ocurrirá a su tiempo debido; no demasiado pronto ni demasiado tarde. Ningún poderoso de la tierra tiene facultad de adelantarle los acontecimientos; pues él es el Rey de reyes; él es el amo de todos; nadie es capaz de detenerle; y a su tiempo, mostrará a Cristo y nos lo hará ver. Aún no podemos verlo; pero el momento llega, y entonces los ojos de todos lo verán, pues la majestad de Dios lo garantiza.

20. Los tiempos de los que el Padre dispone, cf. Mt. 24:36; Hch. 1:7 (Ap. 5:1-10).

Versículo 16:

«el único que tiene inmortalidad, que habita en la luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.»

En este versículo se acentúa aun más la majestad de Dios: él es el único que posee inmortalidad²¹; sus planes no se le van de las manos, ni se ven frustrados porque la muerte pudiese venir sobre él; pues habita en una luz inaccesible. Nadie le puede amenazar allí, y ningún hombre lo ha visto. A semejante Dios sólo te cabe tributarle honor y homenaje.

Versículo 17:

«A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.»

Precisamente porque la venida de Cristo es absolutamente cierta, las exhortaciones de Pablo en los vs. 3-10 obtienen aún un acento extra; de ahí que vuelva al tema.

A quienes son ricos en el mundo presente debes mandarles, que no sean soberbios ni engreídos; que no confíen en algo tan incierto como las riquezas, sino en Dios.

Las riquezas hacen fácilmente soberbios a los hombres, y entonces pierden su mansedumbre; miran por encima del hombro a los menos agraciados, y desconcierta cuán engreídos pueden volverse por el solo hecho de tener dinero.

21. Los que *reciben* inmortalidad, cf. Ro. 6:9; 1 Co. 15:53-54.

Ocurre muchísimo que las personas confíen en el dinero; pues éste significa poder para abrir casi todas las puertas. Si eres rico, no dependes de nadie. ¡Cuánto se confía en el dinero!

Sin embargo, ¡qué gran necesidad!, pues las riquezas no son fiables. Hombres que hoy son ricos, mañana pueden ser pordioseros. Una crisis económica, las catástrofes de una guerra o un desastre natural pueden arruinarles en cualquier momento. Así de inciertas son las riquezas.

Por eso dice Pablo: —'Timoteo, manda a los ricos que no confíen en las inciertas riquezas ni pongan su esperanza en ellas, sino en Dios; pues, sólo él es digno de confianza, y tu fundamento seguro e inmutable; en él puedes verdaderamente afirmar y edificar tu vida'.

Por lo demás, Dios no tiene nada contra las riquezas, consideradas en sí mismas; no es un Dios que condene la propiedad particular ni la existencia de los ricos. Pero, es cierto, que hay gentes que le quieren empujar hacia los de ese lado, calificándole de partidario de los pobres, o Dios del proletariado, que no quiere tener nada que ver con los ricos. Pero quienes afirman tales cosas, se orientan en Marx, y no en la enseñanza del apóstol Pablo.

Por supuesto, que Dios no está frente a ricos y riquezas, —dice Pablo. Todo lo contrario, él nos da en abundancia para que lo usemos; es más: *para que lo disfrutemos*. Pues, nos es permitido gozar verdaderamente de todo lo que recibimos de él; y él mismo nos concede vivir el placer de las cosas²².

Pero, ¿cuándo disfrutamos al máximo de ellas?

22. Cuando el pan «dependía del cielo»; es decir cuando Dios no continuó dándoles el «pan del cielo», y ellos mismos debían procurarse el pan de cada día, cf. Dt. 8:7-18.

—Cuando las usamos para hacer el bien. Pero, si atesoras dinero y te sientes seguro en él; y angustiado procuras que no disminuya sino que aumente, llegará el momento en que ya no goces de él, ni descanses ni duermas tranquilo, sino que te asaltarán preocupaciones y temores.

Disfrutarás del dinero y de las cosas, si los usas para hacer el bien; pues, más bienaventurado es dar que recibir, dijo el Espíritu Santo por boca del Apóstol (Hch. 20:35).

Versículo 18:

«Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos;»

Es natural, que una persona encuentre todo tipo de argumentos para eludir esta exhortación del Apóstol. Pues, si eres dadivoso y haces partícipes a otros de lo que tienes, los 'parásitos' abusarán de ti —se suele decir. Y, en muy poco tiempo, ¡te ves desplumado, y no podrás ayudar a nadie más!

En efecto, siempre se nos ha dado muy bien encontrar argumentos falaces para retraernos de las exigencias del Evangelio; y adornar de tal manera nuestras razones que, aparentemente, lo que nos preocupa es el bienestar del otro; pero, en realidad, ocultamos que no tenemos el más mínimo deseo de ser dadivosos. Nosotros mismos queremos ser dueños de nuestro dinero, prometernos más y más con él, y con él rodearnos de un lujo y confort cada vez mayor; estamos aferrados a nuestro dinero, a nuestra riqueza y a nuestros lujos; y ahí está la dificultad a la hora de usar bien del dinero y las riquezas.

Mucho más habríamos adelantado, si reconociéramos esto, y no nos entretuviéramos en razonamientos rebuscados y elegantes; y abiertamente

dijéramos: –‘¡No quiero ser dadivoso!’ Al menos entonces nos veríamos cara a cara, y podríamos exhortarnos mutuamente: –‘¡Sé dadivoso y generoso!’ –así de duramente se expresa el apóstol Pablo.

Versículo 19:

«atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.»

Lo sorprendente es, que, siendo dadivoso, te haces verdaderamente rico, –dice Pablo. Para un cristiano, ser generoso es la mejor manera de ahorrar: este es un fundamento seguro y firme para el futuro²³ que no está sujeto a inflación, a baja de cotización y a devaluación; pues, de esa forma, recibes después la vida verdadera y real.

Esto se opone diametralmente a toda sabiduría humana que dice: –‘Tener es tener, y obtener es la ciencia’. Y esta es la fórmula mundana –se dice–, de hacerse rico: –‘Todo lo que tienes debes sujetarlo fuertemente, y protegerlo con miedo frente a los demás’. Pero, la fórmula y manera cristiana y bíblica de hacerse rico, debe ser: –‘Ser generoso y dadivoso’.

Versículo 20:

«Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia.»

El cristiano no tiene más que una sola cosa que deba guardar, y de la que no debe apartarse. Pa-

23. Colocar en el Futuro, cf. Lc. 16:9; Hch. 10:4 y 31; Fil. 4:16–19; He. 6:10 (CH63).

blo nos dice aquí cuál es. Pero, según 2 Ti. 1:11-14, se desprende, que se refiere al *Evangelio, Palabra de Dios*.

El Evangelio se le ha encomendado a Timoteo, y esto es lo que debe guardar. No hacer de él una 'liquidación comercial'; ni dejarlo caer de su mano, ni cambiarlo por razonamientos vanos ni por argumentos vacíos. Esas cosas suenan a ciencia, y también se llaman conocimientos. Pero no es la verdadera ciencia que importa. Lo necesario es: *conocimiento del Evangelio*. Esto debe ser retenido y conservado.

También hoy en día debe ser así. Pues, las gentes son frecuentemente atiborradas con lo que teólogos dicen acerca de Jesús. Pero, lo que teólogos actuales digan de Jesús, no es lo importante. Lo verdaderamente importante es lo que *los Evangelios* dicen de Jesús, del Cristo *según las Escrituras*. Y esto debemos saber tú y yo.

Porque la iglesia de Jesucristo no es una 'universidad popular' en la que se deban impartir y enseñar toda clase de conocimientos teológico-científico-populares; y tampoco puede vivir de teologías²⁴. Antes al contrario, -muere por eso.

Versículo 21:

«la cual profesando algunos, se desviaron de la fe. La gracia sea contigo. Amén.»

Lo que acaba de decir el Apóstol, ya está ocurriendo; porque ciertos representantes de esas teologías no siguen, desde hace mucho tiempo, la pauta de la fe ni anuncian al Cristo de las Escrituras, sino

24. Ninguna teología, sino la fuente de la Vida, cf. Jn. 5:39-40.

un Jesús que han remodelado según su propia filosofía o ideología.

Cuando una iglesia es alimentada con construcciones teológicas, puntos controversiales y problemas –¡y esencialmente no importa si se trata de teologías ortodoxas, o no!– esa iglesia se viene a pique irremediablemente; pues, con semejante alimento, enflaquece y muere de hambre.

Sólo donde el Evangelio –Palabra Vida de Dios– es guardado y proclamado puede vivir y prosperar la iglesia; pues, sólo allí se encuentra disponible y activa la gracia de Dios.

SEGUNDA CARTA A TIMOTEO

El Testamento de un Condenado a Muerte

INTRODUCCIÓN

La segunda carta a Timoteo fue escrita por Pablo desde una prisión en Roma. Ya había estado encarcelado allí, según se nos relata en Hechos 28; pero, entonces, su encarcelamiento no había sido tan severo, pues disponía, por ejemplo, de una casa alquilada donde podía recibir a cuantas personas quería. Este cautiverio consistía propiamente en una especie de arresto domiciliario; porque, aparte de esta limitación de libertad de movimientos, pudo hacer casi lo que quiso.

Transcurridos dos años en esta situación, Pablo fue absuelto; y ello le permitió volver a viajar y predicar, por algún tiempo y entre otros lugares, quizá también en España (?). Después de esto, fue nuevamente encarcelado en Roma; pero, en esta ocasión, la situación fue mucho más enojosa; pues ahora no disponía de una casa propia, sino que fue en-

cerrado en un auténtico calabozo; y por ello, las personas no podían entrar y salir para estar con él. Estando en esta situación, es cuando Pablo escribe, que todos le han abandonado.

Así pues, esta segunda carta a Timoteo le es escrita desde este cautiverio. Pablo mismo está convencido de que nunca más saldrá absuelto, y aguarda que la condena a muerte será dictada enseguida sobre él; aunque no piensa que se cumpla antes del invierno. Sin embargo, le parece evidente que no le queda mucho más tiempo; pues escribe: 'Ya he llegado casi al final de la estación; el momento de mi muerte está cercano'.

Y es, a sabiendas de todo esto, que Pablo escribe esta carta a Timoteo, convencido de que la va a recibir como el testamento de un condenado a muerte. Es normal, que las cartas escritas por condenados a muerte desde la soledad de su celda, sean leídas, generalmente, con una atención mayor y con cierta emoción.

A lo largo de los años se han publicado muchas colecciones de tales cartas, y han resultado ser ediciones muy comerciales para los editores; pues, comúnmente, hay mucho interés por ellas. Esto es algo que nos cautiva: ¡Saber de alguien que se encuentra cara a cara con la muerte! ¡Conocer qué es lo que pasa por su mente! ¿Qué les parece importante en ese momento de su vida? ¿Cómo asimila tener que morir una muerte violenta? De esto queremos saber nosotros a través de esta carta a Timoteo.

Efectivamente, en semejantes cartas penetras hasta las entrañas del corazón de sus escritores; pues, en tales situaciones, desaparece en ellos toda afectación; y dejan ver lo que, en lo más profundo de su ser, les conmueve y afecta.

Una carta semejante va a ocupar nuestra atención. Se trata de la segunda carta de Pablo a Timoteo, y se la escribió poco menos que teniendo la muerte ante sus ojos. Además, resulta ser la última carta que poseemos de él, y la más personal de todas, pues, es: *El Testamento de un Condenado a Muerte*, destinado a su querido amigo y colaborador Timoteo, a quien amaba como a un hijo.

CAPÍTULO 1

Versículo 1:

«Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según promesa de la vida que es en Cristo Jesús,»

Como es su costumbre, Pablo también en esta carta comienza nombrando al remitente y al destinatario; y como en la mayoría de sus cartas, se llama a sí mismo: apóstol y embajador de Jesucristo.

Para el Apóstol, el ser enviado por Cristo es de gran importancia; pero no sólo para él, sino también para aquellos a quienes escribe; pues es sumamente importante saber que Pablo no actúa y escribe por propia iniciativa y autoridad, sino por la autoridad de Cristo.

Quien recibe, oye y lee a Pablo no sólo recibe al Apóstol, sino a Cristo mismo; lo cual es muy distinto. Lo que Pablo dice y escribe es avalado por la autoridad de Cristo. Por medio de Pablo, llega Cristo a Timoteo; y también a nosotros. Lo cual debemos realizárnoslo muy bien al leer esta carta.

Que Cristo hiciera a Pablo su embajador, no es por demás algo que hiciese de su propia autoridad; sino que Cristo actuó en esto –como en todo lo que hace (cf. Jn. 5:19,30; 6:38; 8:29)– de conformidad con la voluntad de Dios; pues quien recibe a Cristo, recibe a Dios mismo (Jn. 13:20).

¿Con qué intención¹ hizo Cristo a Pablo su embajador? –Para dispensar a los hombres la promesa de la vida. Porque quien recibe a Cristo, recibe la vida; pues fuera de él no hay vida verdadera alguna: él es la vida (Jn. 14:6).

Esto es lo que a Pablo le está permitido hacer: Como enviado de Cristo, puede llevar la vida a los hombres.

Esa vida no puede identificarse con las actuales circunstancias de la vida. Esto es algo muy claro para el mismo Pablo; pues él está en la cárcel encadenado y tiene ante sí la condena a muerte; lo cual ya no es vida –dicen muchos. Pero, también entonces, Pablo habla de la *promesa* de la vida; pues esa vida es ciertamente una realidad para Pablo en sus difíciles circunstancias. Naturalmente que es realidad, pues Cristo es una realidad incluso en las circunstancias más difíciles.

Pero la realización plena de la vida aún no ha llegado; viene después, en la nueva tierra. Por eso –pese a la realidad de la vida que ya ahora tenemos en Cristo–, se puede hablar de la promesa de la vida².

Versículo 2:

«a Timoteo, amado hijo: Gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor.»

1. La palabra griega *kata* puede ser traducida por 'según' (Reina/Valera 1960); pero también puede significar 'por', 'en razón de', como hacen las versiones: Nacar/Colunga (BAC), Biblia de Jerusalén, etc., y que traducen: 'Pablo, apóstol de Cristo Jesús, por(= en razón del) mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús, nuestra esperanza, a Timoteo...'

2. *Tener* vida eterna. Aquí, la Sagrada Escritura habla acerca de una posesión futura que ya tenemos *en promesa, en Cristo*, Col. 1:5: 'guardada en los cielos'. Por tanto, también indica una certeza y seguridad absoluta (cf. Mt. 19:16, 29; Mc. 10:17, 30; Lc. 18:18, 30; Ro. 6:22; Gá. 6:8; Jn. 3:16, 36; 5:24; 6:54; 1 Jn. 2:25; 5:11; CH58).

Al escribir esta carta a Timoteo, comienza expresando cuán fuertes eran los lazos entre él y su discípulo, llamándole: 'amado hijo'.

En este momento, Timoteo permanece en Éfeso, donde también estaba cuando le escribiera la primera carta (4:19); lo cual se deduce de su encargo de saludar a Onesíforo, quien, según 1:16-18, vivía en Éfeso.

Versículo 3:

«Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día;»

Igual que en casi todas sus cartas, también ahora Pablo menciona sus oraciones.

La obra de Pablo como apóstol no es imaginable sin su oración por las iglesias y por sus colaboradores. El trabajo se soporta por esta oración; y sólo así puedes llevar a cabo, en actitud recta, la obra de la predicación del Evangelio y el cuidado de las iglesias de Jesucristo. Pablo, pues, estaba profundamente convencido de esto.

Por eso encomienda constantemente a Timoteo en la oración a Dios. No es que haya períodos en los que olvide a Timoteo, o en los que piense: -'Ahora le va tan bien que puedo pasarle por alto en mi oración'. No; Pablo ora por Timoteo con puntualidad de reloj; pues la intercesión siempre es necesaria.

Pablo no deja de orar en la prisión: Lo hace continuamente, tanto de noche como de día. Hay gentes que se preocupan tanto de sus difíciles circunstancias y problemas, que no aciertan a preocuparse de nada más. Pero a Pablo no le ocurría así. Aunque su situación no era ni mucho menos de color

de rosa y agradable, pues tenía a la vista el martirio, no por eso rompe u olvida su atención por los demás. Al contrario, comparte la vida con ellos; y en sus oraciones piensa sin cesar en Timoteo; al tiempo que también da gracias a Dios.

Pero, pongámonos en su caso. '¿Qué tiene' –dirías– 'que agradecer ese hombre en el calabozo?' Sin embargo, Pablo da gracias a Dios, cada día; y aún de noche, cuando no puede dormir, y quizá las pulgas u otros insectos indeseables le tienen en vela.

Que, ¿cómo puede ser así? –Porque la vida de un cristiano no es esencialmente determinada por las circunstancias en que se halla, sino por Dios.

'A él sirvo con limpia conciencia'³ –escribe Pablo. Pues, también en la prisión puede servirle. Porque, para hacerlo, no es condición precisa la libertad; ya que puedes hacerlo en todas partes; y, además, con limpia conciencia, como el Apóstol; porque nada tiene en su conciencia por lo que mereciera el encarcelamiento. En efecto, está encarcelado, pero su conciencia está limpia y pura.

Versículo 4:

«deseando verte, al acordarme de tus lágrimas, para llenarme de gozo;»

No obstante lo dicho, aún le queda a Pablo un deseo: Volver a ver a Timoteo una vez más.

Ha transcurrido mucho tiempo desde que se vieron por última vez. Cuando se despidieron, Timoteo había estado muy conmovido y emocionado; sus lágrimas le corrieron por el rostro.

Pablo debe estar pensando frecuentemente en lo

3) «Al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia», cf. Fil. 3:5; 2 Co. 11:22; Hch. 22:3.

sucedido. Aquel momento de la despedida se le viene muchas veces a la memoria; y desea volver a ver a su discípulo, para llenarse de gozo. ¡Si pudiera conseguirlo...!

Versículo 5:

«trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.»

Por otro lado, Pablo está muy cerca de Timoteo mediante su pensamiento; y así trae a su memoria la fe no fingida del mismo.

Que la fe no es asunto de herencia, Pablo lo sabe muy bien; pero, asimismo sabe cuán importante es que los hijos reciban una educación que esté sellada por la fe de los padres.

En mayo de 1976, aparecieron en un periódico neerlandés algunos artículos sobre la Unión Soviética, en los que se preguntaba, cómo era posible que tantísimos jóvenes soviéticos de ambos sexos buscasen tener alguna conexión con la iglesia. La respuesta lo atribuía a la influencia de las abuelas sobre sus nietos y nietas.

Como el lector sabrá, el régimen comunista en la Unión Soviética había combatido intensamente a la iglesia en todos sus territorios; pero no sólo a la iglesia, sino también al Evangelio mismo. Lo cual parecía haber tenido éxito; ya que en las iglesias apenas quedaban más que mujeres ancianas.

Entonces, las autoridades soviéticas pensaron haber 'arreglado' el asunto, y haber eliminado 'para siempre' la influencia del Evangelio. Pero aquellas viejecitas eran las que cuidaron de sus nietos y nietas en su niñez, porque sus padres debían trabajar; y lo

que estas abuelas contaron a sus nietos y nietas acerca de Dios, Jesucristo y el Evangelio, comenzó a dar fruto entonces.

Es cierto que la fe no se hereda; pero si los niños durante sus años de infancia son confrontados con una fe viva, puede ser de un significado decisivo para su vida. También Timoteo había crecido en esa esfera de una fe viva y no fingida: Había estado en contacto con su abuela Loida y con su madre Eunice; lo cual había sido de una significación esencial para su vida; y la fe de ellas vivía ahora también en él.

Versículo 6:

«Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.»

Además, cuando Timoteo recibió la vocación para la predicación del Evangelio como colaborador de Pablo, con aquella también recibió el don para poder desempeñarla bien.

También se ha aludido a esto en 1 Ti. 4:14, cuando Pablo le escribía: 'No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio'; y según el versículo que ahora comentamos, también Pablo tomó parte en aquella imposición de manos. Comparando, pues, ambos textos, es evidente que no debemos ver en ello un acontecimiento mágico; porque sería algo extraño a las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la imposición de manos jugaba un papel importante en tales situaciones.

Pablo, pues, le recuerda aquel momento, y trae a su memoria el don del Espíritu que recibió entonces, para que lo inflame y avive el fuego del mismo.

Lo cual es una manera de hablar muy común en la Escrituras; pues, tanto el fuego del Espíritu como sus dones pueden ser apagados (cf. 1 Ts. 5:19); pero también pueden ser reavivados y encendidos⁴.

Y Timoteo no ha recibido ese don para abandonarlo, sino todo lo contrario: Cuanto más se deje guiar por él y lo ejercite, tanto más fuerte se desarrollará, y le ayudará en su trabajo.

Versículo 7:

«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.»

Timoteo era por naturaleza un poco tímido; pero Dios no le había dado un espíritu de temor, sino que le dio el Espíritu que le otorgaría poder, amor y prudencia.

Quien se deja llevar por el temor, no puede actuar decididamente si es necesario; ni comparecer ante las dificultades. Sino que cierra su boca, cuando precisamente debería hablar. Deja pasar las cosas, mientras el amor requiere actuar. Echa a perder la prudencia; no evalúa bien las situaciones, y es arrastrado por una cierta forma de pánico. Pero el Espíritu de Dios puede vencer todo eso, y llevar a una actuación decidida y poderosa que se caracteriza por el amor y la prudencia.

Versículo 8:

«Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino partici-

4. Apagar el Espíritu, cf. Is. 63:10; Ef. 4:30; también descuidando ese don: 1 Ti. 4:14. Usando bien los dones del Espíritu, y 'avivándolos': Ro. 12:6-8; 1 Pe. 4:10; Stg. 1:17-18.

pa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios,»

Este Espíritu también lleva a una actuación que para nada se oculta ni tiene miedo de comparecer con el testimonio de Cristo, tampoco si ello lleva consigo dificultades.

Claro está que Timoteo no era el único que por naturaleza tenía un carácter retraído y temeroso. Cuántas veces no ocurre que alguien piense: -'Cerraré mi boca; no diré nada ni haré notar que soy cristiano, pues entonces no recibo más que contrariedades por ello y me daño a mí mismo y a mi posición social'. Cuanto más grande riesgo lleva consigo el testificar de Cristo, tanto más fuerte se hace la propensión a no significarse.

Recuérdese a Pedro. Por tres veces dijo: -'No conozco a ese hombre; nada tengo que ver con él'. También en Timoteo se podría haber producido esa tendencia. Pablo está en la cárcel. Si Timoteo diera muestras abiertamente de su relación con aquel preso que estaba a punto de ser condenado a muerte, ¿no se habría metido a sí mismo en una situación difícil? ¿No era más inteligente y seguro aminorar momentáneamente aquella relación, y hacer como si él nada tuviese que ver con Pablo? Este quería ardientemente que Timoteo llegara a Roma y le visitase en la prisión: en las fauces del león. Pero, ¿no era mejor ahora dejar a un lado aquel deseo de Pablo?

Sin embargo, Pablo viene a decir: -'Piénsalo, Timoteo, tú has recibido el don del Espíritu; lo cual no ocurrió inútilmente. El Espíritu está para vencer tu timidez. No te avergüences⁵ de Cristo; atré-

5. No te dejes llevar por el temor (cf. Est. 4:13-14; Ez. 2 (y otros llamamientos de profetas); y no te avergüences de Cristo (Ro. 1:16).

vete a defenderle. Permanece llevando el Evangelio abiertamente y testificando de Cristo'. Porque esta es la tarea de Timoteo: contar a las gentes quién es Cristo, qué ha hecho, qué le ha ocurrido y qué hará aún. Se trata, pues, de Cristo. Y la predicación del Evangelio sólo lo es auténticamente si confronta a las gentes con Cristo.

Si Timoteo hacía esto, también saldría a colación, inevitablemente, el nombre de Pablo; pues, durante años fue su colaborador; y esto no permaneció desconocido así como tampoco el encarcelamiento de Pablo; y en todas partes donde llegara se le preguntaría: -'¿Cómo le va a Pablo? ¿Aún mantienes contacto con él?'

A este respecto, Pablo había recogido experiencias menos agradables. Bastantes colaboradores le habían dejado en la estacada, y permanecieron alejados de él. Tenían miedo de que su nombre fuese relacionado con el de Pablo, y de que esto tuviese consecuencias desfavorables.

Pablo, pues, vería muy mal que también Timoteo se distanciase de él, y se cortase o desvaneciese su relación con él. ¿Por qué lo vería con malos ojos? ¿Porque para él, personalmente, significaría una decepción? -También por eso, naturalmente. Pero ese no era el único motivo; aún hay otro aspecto: Pablo es un prisionero de Cristo; no es un malhechor. No está prisionero por haber obrado mal, sino por causa de Cristo. Y, quien por librarse de la cárcel, no quiere tener nada que ver con Pablo, se desentiende de la causa de Cristo. Por eso Pablo escribe: -'Timoteo, tampoco te avergüences de mí, prisionero de Cristo; pues por amor de él estoy aquí y padezco este sufrimiento; también tú debes estar preparado para sufrir por el Evangelio'.

Por suerte, esto no es preciso hacerlo por uno

mismo; y quien lo pretende, no lo consigue. Sólo se puede hacer y conseguir en el poder de Dios. Por lo cual es necesario reavivar el fuego del Espíritu; pues, si este Espíritu de poder, amor y prudencia te domina, entonces el temor a la cárcel y la seguridad personal no son decisivos para tus actuaciones; ni estará en primer plano, sino el Evangelio de Cristo; y el primer interrogante no será: -'¿Cómo puedo salvar mi vida, o qué es lo mejor para mi seguridad y tranquilidad personal?', sino: -'¿Cómo puedo servir lo mejor posible al Evangelio y a Cristo? ¿Qué espera Cristo de mí?'

Pues bien, Cristo espera de nosotros una disposición incondicional a sufrir⁶ por el Evangelio. Este es un pensamiento muy bíblico; y como cristiano, como predicador del Evangelio, te corresponde saber que corres riesgos; porque un discípulo no es más que su Maestro (Mt. 10:24); y saber esto pertenece a los cálculos de los costos por seguir a Jesús (Lc. 14:26-28).

Pablo trata este asunto muy sobriamente; no comienza emocionando a Timoteo; ni intenta ganárselo indicando que hay muchísimos que sufren por el Evangelio, y que él, consecuentemente, también ha de aportar a ello su granito de arena. Tampoco se lamenta Pablo, ni se queja diciendo: -'¡Qué difícil lo tenemos!', sino que se expresa muy objetivamente: -'¡También tú, Timoteo, debes estar preparado para sufrir por el Evangelio!'

Esto es algo que debemos dejar penetrar en nosotros. Cuando se nos pide nuestra participación

6. Padecer, no en el poder propio, es gracia: Fil. 1:29; 1 Pe. 2:19-20; disposición a padecer por el Evangelio: Hch. 20:23-24; 1 Ts. 2:8 y 1 Pe. 4:12-14.

al servicio del Evangelio, es muy fácil que digamos: –‘Carezco de tiempo para eso, pues tengo tantas cosas en mi cabeza... Una vez por semana tengo deporte por la noche; soy miembro de una asociación de cuya dirección formo parte...’ Y si apartamos algún tiempo para servir al Evangelio, enseguida nos lamentamos de estar tan ocupados que no nos queda tiempo para nosotros mismos.

Pero, cuando nos cuesta tanta pena poner nuestro tiempo a disposición del Evangelio, o cuando no nos queremos mover de nuestro sillón por causa de un programa de radio o TV, deberemos preguntarnos si realmente estaremos dispuestos a sufrir por el Evangelio.

Según Pablo, –y según todo el Nuevo Testamento– es necesario que en un cristiano se dé esta disposición a sufrir por el Evangelio.

Versículo 9:

«quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos,»

¿Deberán, pues, los cristianos ser unas figuras tan duras y forzudas? –No; eso no; porque no pueden soportar el sufrimiento por causa del Evangelio apoyados en sus propias fuerzas; y sólo podrán hacerlo en el poder de Dios; y gracias al cual no tienen miedo de aquellos que matan el cuerpo, pero nada más pueden hacer. Pues los hombres no te pueden quitar lo que Dios te ha dado.

Esta es la realidad de la que el mismo Pablo vivía: él está en prisión; luego, el verdugo le quitará la vida; y las gentes dirán: –‘Este es el final de Pablo; un hombre tan grande ha perdido el juego. ¿Por qué

no fue más inteligente y prudente? El mismo se jugó un poco su propio fracaso'.

Pero no fue así, —dice Pablo. Nosotros no podemos llevar la de perder, ni aun cuando debemos sufrir y ser llevados a la muerte, pues Dios nos ha salvado, y ésta es la realidad que no nos puede ser quitada por hombre alguno.

¿Cómo ha obrado Dios nuestra salvación? —Por Cristo; pero también nos ha llamado⁷ a participar de esa salvación y redención; y la única manera de poder participar de ellas y de ponerlas al alcance de tu mano no es por medio de tus buenas obras, tus propias prestaciones y esfuerzos, sino únicamente porque has sido llamado por Dios mismo a esa participación. Pues, si un rey diera una fiesta en palacio, no todo el mundo podría entrar allí, sino sólo los invitados. Asimismo, solamente se puede tener parte en la fiesta de nuestra salvación, si se tiene una invitación de Dios; la cual no nos es dispensada en base a nuestras prestaciones⁸, sino en base al propósito⁹ de Dios y de su gracia¹⁰.

Pablo dice: —'Yo soy salvo¹¹, yo estoy liberado'. Pero esta es una manera de hablar de la que muchos, hoy día, nada quieren saber, y dicen: —'Eso es absurdo; un hombre prisionero no es salvo ni liberado. Sólo cuando es puesto en libertad, o cuando

7. Llamado con una vocación santa: Lc. 1: 75; Ef. 1:4; Col. 1:22; CH70.

8. No según nuestras obras: Ro. 9:11; Ef. 2:9; Tit. 3:5; CH62.

9. Sino en base a su propósito: Is. 53:10; Hch. 13:48; Ro. 8:28; Ef. 1:11 y 3:11; CH54.

10. Y en base a su gracia: Ro. 6:23; 11:5-6; Gá. 1:15; Ef. 1:6; Tit. 3:7; CH60.

11. Nos ha salvado, nos ha mantenido en vida; pero también: nos ha salvado del pecado y la muerte. Del verbo griego *sōisō*: la misma palabra en Mt. 9:22 y 14:30; y la misma raíz en *sōtēr*: Libertador, Salvador en el v. 10.

un grupo de libertadores asalta aquella cárcel y le saca de allí, o cuando secuestran un avión y los rehenes son canjeados por él, sólo entonces está liberado y es salvo; antes, no'.

Y otros más atrevidos y ultrajantes añaden: -'Pablo, eres un pobre hombre. Te hallas en condiciones miserables; tu verdugo está afilando la espada con que te cortará la cabeza o busca los maderos para la cruz en que serás clavado, y te atreves a escribir que 'estás salvo y liberado'. En vez de que tu última carta sea una protesta grande y encendida contra la injusticia que se te hace, y contra el tirano Nerón; en lugar de que con tu última carta intentes despertar la conciencia del mundo, escribes que 'eres salvo'. Por lo cual, Pablo, no eres tanto un pobre hombre, sino más bien un imbécil; pues no te das cuenta de tu desdicha, y haces el tonto no reaccionando contra la injusticia que se te infringe'.

Esta es la crítica que muchos hacen actualmente a Pablo y a la Palabra de Dios. Pero Pablo responde: -'De ninguna manera soy un pobre hombre, y tampoco un tonto. Es cierto que me hallo prisionero en Roma, y que el verdugo se prepara para ejecutar sobre mí la sentencia de muerte. Pero este encarcelamiento y esta sentencia de muerte sólo son mi parte en el sufrimiento por el Evangelio. ¡Yo supe de antemano que recibiría una porción de ese dolor! Y he aprendido de mi Salvador y Redentor, que no soy un pobre hombre ni un imbécil si recibo mi porción de ese sufrimiento, sino que más bien debo ser felicitado por ello. Yo, Pablo, prisionero por causa de Cristo, con cadenas que aprisionan mis pies y mis manos, y con la ejecución a la vista, debo ser felicitado; pues he sido hecho salvo; he sido liberado de una prisión que es más grave y terri-

ble que esta: la prisión del pecado y de la muerte eterna.

Versículo 10:

«pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio,»

El propósito y gracia de Dios de salvarnos no son de hoy o ayer, —dice Pablo; sino que son tan antiguos como el mundo. Es imposible decir desde cuándo Dios se ocupó¹² de esto. Pero lo hizo, por decirlo de alguna forma, a escondidas. Mas, ahora, en nuestros días —dice Pablo—, todo ha acontecido abiertamente, porque nuestro Redentor Jesucristo se ha manifestado; y en él han adquirido imagen concreta el propósito y la gracia de Dios.

¿Y cómo ha realizado Cristo esta salvación? —Privando a la muerte de su poder, y trayendo¹³ a la luz vida imperecedera. Con estas palabras, Pablo piensa naturalmente en la resurrección de Cristo. La muerte ha sido vencida. En Cristo, la vida triunfa para siempre sobre la muerte. Este lenguaje del Evangelio es en el que Pablo se concentra en los últimos días de su vida.

Esto es algo como para quedarse en silencio. En esta segunda carta a Timoteo apenas salen a colación los padecimientos y la muerte de Cristo. Su dolor y muerte de cruz ni incluso una sola vez son

12. Cristo estuvo ya dispuesto antes de los tiempos de los siglos, pero se ha revelado ahora: Ro. 16:25-26; Ef. 3:9-12; 1 Pe. 1:20-21.

13. Que despojó a la muerte de su poder: 1 Co. 15:26 y 54-56; He. 2:14; Ap. 20:14. Y trajo vida a quienes creen en él: Jn. 3:36; Hch. 26:23; 1 Co. 15:20-22; Ap. 2:11.

citados con más palabras que éstas; sólo se citan como de pasada (2:11). Pero la resurrección de Cristo, su victoria sobre la muerte, su realeza, su manifestación para juzgar a los vivos y muertos, y el hecho que en aquel día dará la corona de vencedores a Pablo y a todos los que han amado su manifestación, son asuntos de los que se trata en esta carta. Lo cual, naturalmente, no quiere decir, que Pablo no creyera importante el dolor y la muerte de Cristo; pero, sí hace ver, que las circunstancias en las que alguien se encuentra, bien pueden hacer recaer el acento y llamar mucho más la atención en un determinado aspecto de la obra de Cristo.

Y este es el caso en esta carta. Si quieres saber hacia dónde dirige su atención este hombre prisionero tan próximo a morir, y lo que más seguridad le ofrece en aquellas circunstancias, y lo que más le entenece, aquí descubres que en él se acentúa la vivencia de la resurrección de Cristo: ¡Cristo vive, ha privado a la muerte de su poder y ha traído una luz impercedera!

Pablo, pues, aun encontrándose tan próxima su muerte, se aferra a todo lo dicho; pues, realmente participas de ello cuando te hallas en prisión y debes sufrir por el Evangelio; y haces uso de ello cuando la muerte te da una palmadita en la espalda, te mira a los ojos y aun te hace señas para que la acompañes. En esos momentos, ¡un Jesús viviente es el único que aún tiene algo que decirte!

Versículos 11 y 12:

«del cual yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles. Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién ha creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día».

De este Evangelio ha sido Pablo constituido predicador, apóstol y maestro; el mismo que siempre ha encarecido y transmitido a las gentes; y del que siempre ha sido servidor, incluso ahora en su encarcelamiento. Por lo demás, Pablo no se ha encargado a sí mismo esta misión, sino que fue llamado y puesto en ella. Lo cual le ha conducido a encontrarse ahora en prisión.

Por lo general, el encarcelamiento es algo de lo que uno debe avergonzarse. Pero, en el caso de Pablo, no es así; porque nada hizo de lo que debiera avergonzarse. Su prisión no es consecuencia de una fechoría que hubiera cometido, sino de su obra por el Evangelio.

Por tanto, tampoco se avergüenza de sus padecimientos; ni se deja atemorizar o acorralar por ellos; ni sucumbe bajo el peso de los mismos; pues, dice: —‘Yo sé de quién me he fiado; yo le conozco como el Cristo viviente, y estoy convencido y seguro de que es suficientemente poderoso para guardar, hasta el día¹⁴ de su venida, aquello que le he confiado’.

Aquí, otras versiones traducen: ‘Él tiene poder para guardar lo que me ha confiado’. Pero también es posible la versión anterior; aunque yo escojo esta que sigue: ‘y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito hasta su venida’.

En efecto, la palabra usada aquí por Pablo significa *depósito*: algo que das para ser guardado (por ejemplo, dinero a un banco). Así pues, cuando usamos normalmente dicha palabra en lugar de una traducción inconcreta, el asunto quizá resulta algo más

14. El día del Señor, con frecuencia, designado sencillamente como *un, el, ese día*: Hch. 17:31; Ro. 13:12; 1 Co.3:13; Fil. 1:6 y 10; 1 Te. 5:4; 2 Te. 2:3; He. 10:25; 2 Pe. 1:19.

claro: *'y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito hasta su venida'*.

Pablo debe sufrir por causa del Evangelio; y espera ser llevado a la muerte, dentro de poco. En estas circunstancias, sus pensamientos se habrán detenido alguna vez en aquellas palabras de Cristo: *'Bienaventurados (¡en hora buena!) cuando se os persiga por causa de mí, pues vuestro galardón (= paga, recompensa) es grande en los cielos'* (cf. Lc. 6:22-23). No es imposible que Pablo tuviera esto presente: su paga o recompensa en los cielos. Pues ese era su depósito, el tesoro que había reunido en los cielos. *'Y, estoy seguro -dice- que Cristo me lo guarda muy bien para mí'*.

También es posible, que Pablo, con la palabra depósito, se dé a entender o refiera a sí mismo, al decir: *'Yo sé a quién he creído; y me he confiado y entregado tranquilamente a él; y sé que no me deja caer cuando luego la espada del verdugo blanda el aire, sino que me cogerá fuertemente y me guardará de forma que también yo esté allí cuando él retorne'*.

Esta es la perspectiva de Pablo. Una perspectiva que sólo puedes tener si eres salvo y liberado, y si realmente eres libre aunque te halles en la cárcel. Y, puedes ser tan libre, porque Jesús vive.

¿Quién, pues, querría aún afirmar, que este hombre encarcelado es propiamente un pobre diablo y un tonto? -Sí, cuando Jesús estuviese aún muerto, entonces Pablo sería realmente un pobre hombre. Pero, ¡Jesús vive! Por esto mismo no es Pablo un pobre hombre; sino que sabe a quién se ha confiado, y que después estará presente cuando Jesús vuelva.

La perspectiva de Pablo está anclada en el hecho que Jesús vive; y ella misma le da la valentía y la fuerza de sufrir sin lamentarse; y ni el dolor

ni el verdugo le pueden separar de Aquel en quién ha basado su confianza. Porque Jesús ha privado a la muerte de su poder, y ha traído a la luz vida imperecedera. Así pues, Pablo es digno de ser felicitado.

Versículo 13:

«Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús.»

Este Evangelio del que Pablo mismo vive, es el que siempre ha predicado; y también Timoteo lo ha oído de él, y aquí lo califica como 'sanas palabras'. Pues el Evangelio es sano para el hombre. Y, así como solemos decir, que las manzanas son sanas, así Pablo expresa que las palabras que su amado Timoteo a oído de él, son sanas. Por tanto, quien toma como ejemplo el Evangelio y conecta su vida con el mismo, permanece sano.

Lo cual, como es natural, no quiere decir, que nunca se ponga enfermo; pues, si la intención de Pablo hubiera sido esa, ya haría mucho tiempo que sus palabras hubieran sido desenmascaradas como insanas. Porque, ¿qué cristiano no ha estado un poco enfermo alguna vez?

A lo que Pablo se refiere, puede verse claramente en él mismo. Es muy humano que gentes que se encuentren en las mismas circunstancias que Pablo, se hallen deprimidas, desesperadas, exaltadas... Pero él no se encuentra así; nada se le hace demasiado duro ni le domina. El se mantiene como lo que es. ¿Cómo le es posible? —Porque vive del Evangelio; y modela su vida, pensamientos y sentimientos según ese Evangelio. Esto le mantiene erguido y le da fuerzas para digerir todas esas cosas.

Este Evangelio es para él la medicina normal en

sus circunstancias; y es lo que le manda ahora también a Timoteo: -'Ten el Evangelio ante tus ojos; déjale que sea tu ejemplo luminoso, y que dé forma a tu vida y a tus pensamientos. Esto te ayudará a no sucumbir'.

Esto es sencillamente verdad: Cuanto más con-figura nuestra vida el Evangelio, y cuanto más es moldeada según el mismo, tanto mejor podemos llevar la vida, y tanto menos nos pueden hacer perder la serenidad las contrariedades. 'El temor del SEÑOR' -dice Proverbios- 'es medicina para tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos', (cf. Pr. 3:8). Las palabras de la Sabiduría son medicina para tu cuerpo (cf. Pr. 4:22). ¡Sanas palabras son éstas!¹⁵.

Pero has de tomarlas 'en fe y en amor'. Sólo en este marco de la fe y del amor, ejerce el Evangelio su obra sanadora. Pues, quien ve en Cristo únicamente un ejemplo maravilloso, pero no cree en él ni le ama, no es sanado por el Evangelio.

La actitud de Timoteo había sido la correcta, y precisamente por eso Pablo le anima a que permanezca en la misma; pues tomar el Evangelio como ejemplo no es algo que hagas una sola vez en la vida, sino algo que debes hacer durante toda tu vida.

Versículo 14:

«Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros.»

Pablo también recuerda a Timoteo todo el bien que le ha sido encomendado para que lo guarde por el Espíritu Santo. Ese buen depósito es el Evangelio, el encargo de llevar ese Evangelio y el don del

15. Véase la nota 26 en 1 Ti. 1:10.

Espíritu: Todo eso debe guardar, sin tratarlo con indiferencia y descuido; pues, de lo contrario, todo se le escapará de las manos –por decirlo de alguna forma. Porque, cuando no guardamos el Evangelio, lo perdemos. Y, asimismo, cuando acariciamos y fomentamos nuestras propias ideas, filosofías e ideologías, el Evangelio se retira cada vez más lejos de nuestra vida.

Esto puede decirse de cualquier cristiano, y también de todo predicador descuidado. Y existe el peligro que también le amenace a Timoteo; por eso Pablo le recomienda encarecidamente: '*Guarda el buen depósito (= el Evangelio)*'.

¿Cómo puedes guardarlo? –Sólo por el Espíritu Santo. Sin el Espíritu de Dios no sólo no puedes guardarlo, sino que haces de él un sistema, una ley; y entonces le cuelgas tus propias ideas, y haces que diga cosas muy distintas de las que quiere decir. En consecuencia, únicamente por el Espíritu de Dios puedes guardar el Evangelio en toda su pureza (cf. 1 Co. 2:12–14).

Y tenemos esta posibilidad, porque el Espíritu mora en nosotros¹⁶. Imaginemos que el escritor de un libro se hospeda en tu casa; entonces puedes preguntarle por la explicación de un pasaje difícil; lo cual te ayudará a entender su obra y a comprender lo que quiere decir. Pues, así ocurre con el Evangelio: al Espíritu de Dios que vive en nosotros podemos pedirle su visión sobre la Palabra de Dios, y que nos aclare la intención y el significado de la misma. Sólo así podemos guardar verdaderamente el Evangelio; y si lo hacemos, nos sorprenderé-

16. El Espíritu mora en nosotros, los creyentes: Ro. 8:9; 1 Co. 3:16; CH47 y 53.

mos de lo que descubrimos en las Sagradas Escrituras.

Versículo 15:

«Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes.»

El hecho que Pablo estimulara a Timoteo a no avergonzarse del Evangelio ni de él (cf. v. 8), se fundamenta en que Pablo había sido decepcionado por muchos otros: En Asia, de entre todos los que se apartaron de él, menciona a Figelo y Hermógenes; de los cuales nada sabemos posteriormente; pero a los que Timoteo conocía realmente, pues quizá habían sido cristianos importantes.

No se nos dice en qué sentido éstos se hayan apartado de Pablo. Quizá éste les pidió –o esperó de ellos– que le ayudaran ante los tribunales, o que testificaran a favor de él. Sea como fuere, no comparecieron, no se atrevieron; tuvieron miedo a comprometer su seguridad.

Esto es algo que no podemos imaginárnoslo en la actualidad. Pero, también ahora hay países y acontecimientos en los que ningún abogado se atreve a tomar la defensa de personas consideradas ‘peligro de Estado’, y donde hay abogados que se atreven a hacerlo, son considerados traidores. ¿Tuvieron miedo de esto Figelo y Hermógenes? –No lo sabemos. Pero sí se nos dice, que abandonaron a Pablo.

Ello fue una desilusión muy fuerte para Pablo; aunque, naturalmente, su confianza nunca descansó en las personas, sino en Dios. Sin embargo, cuando los hermanos en la fe se preocupan de tu suerte y quieren ayudarte, eso significa una gran ayuda y un fuerte estímulo en tu vida.

Versículos 16, 17 y 18:

«Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas, sino que cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló. Concédale el Señor que halle misericordia cerca del Señor en aquel día. Y cuánto nos ayudó en Éfeso, tú lo sabes mejor.»

Felizmente hubo uno que sí lo hizo: Onesíforo: un cristiano de Éfeso. Timoteo sabía muy bien cuántos buenos servicios había mostrado ese hermano a Pablo en Éfeso. El Apóstol no precisa hablar de ello ahora. Pero este Onesíforo tampoco tuvo miedo a juntarse ahora con Pablo en la cárcel. Cuando llegó a Roma, inmediatamente se puso a buscar a Pablo, pues no sabía en qué edificio o cárcel había sido encerrado. Lo cual significa que hubo de hacer todas las indagaciones precisas para llegar donde Pablo se encontraba; y también supone que por ello atrajo sobre sí mismo la atención de las autoridades. Para todo lo cual se necesitaba, más que mucho ánimo y atrevimiento, de muchísima fe.

Esto supuso un gran consuelo para Pablo; como hoy día lo supone para los cristianos que se hallan en países donde son perseguidos, cuando otros cristianos se preocupan de su suerte y destino. Y, en esta circunstancia, Pablo sólo tiene un deseo: que el Señor tenga misericordia de Onesíforo y su casa, concretamente, en el día de Cristo.

¿Te has dado cuenta de cuán humanamente actúa Pablo aquí? A veces, nos imaginamos, que una fe como la que Pablo tenía, hace a alguien más o menos despersonalizado, convirtiéndole en una especie de superhombre que ya no conoce los sentimientos humanos normales. Pero, no es éste el caso.

Pablo, en la cárcel, vivía de la fe; y esa fe le mantenía inmutable y le daba perspectiva. Pero, ciertamente tenía mucha necesidad de comunión con los hermanos; y está especialmente agradecido por lo que, en este aspecto, recibe de Onesíforo.

La experiencia de Pablo ha sido la de muchos después de él. ¡Cuánto pueden contrariar los hombres y mujeres! También las personas de las que menos te lo esperabas; como, en el caso de Pablo, de Figelo y Hermógenes.

¡Por eso es bueno que nuestra fe no descansa en las personas! Pues, felizmente, Dios, en su misericordia, se cuidará de que, a pesar de todo, aparezca uno u otro 'Onesíforo' que nos consuele y ayude.

CAPÍTULO 2

Versículo 1:

«Tú, pues, hijo mío, esfuérgate en la gracia que es en Cristo Jesús.»

Pablo dirige de nuevo su atención a lo que quiere encomendar encarecidamente a Timoteo: *'esfuérgate en la gracia'*.

No se trata de ser poderoso; pues la palabra que Pablo usa aquí, propiamente significa: hacer fuerte; y en ello hay la noción de: aumentar en poder y fortaleza.

Y también a esto se refiere Pablo. Quiere que Timoteo crezca en poder; porque el cristiano necesita crecer en poder. Pero, por desgracia, hay muchos que se suelen conformar con permanecer a un mismo nivel. Por lo cual, éstos aún no han comprendido demasiado el Evangelio y la fe.

En cambio Dios espera que crezcamos y aumentemos en la fe¹, en nuestra vida con Cristo. Lo cual —así como guardar el Evangelio— no es algo que el hombre o la mujer tenga al alcance de sus propias posibilidades; sino que es algo para lo que se necesita de la gracia de Cristo.

1. Crecer en la fe: Ef. 4:15; Col. 1:10; Fil. 1:9 y 25; 2:12; y 3:12-14 (luego, también a esta muy amada iglesia: 4:1); 1 Pe. 2:2; 2 Pe. 3:18.

Versículo 2:

«Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar a otros.»

Pablo no habla sin ton ni son. Crecer en poder también le es necesario a Timoteo para poder seguir adelante con la obra del Evangelio cuando las circunstancias empeoren y las amenazas de cualquier tipo aumenten. Esas circunstancias podrían conducir a que Timoteo fuera apresado como Pablo –lo cual ocurrió ciertamente (cf. He. 13:23)–; y para estar aparejado contra esa posibilidad, es necesario permanecer creciendo en poder.

Además, se ha de evitar que, en tales circunstancias, se llegue a paralizar la predicación del Evangelio en Éfeso. Por lo cual, Timoteo debe confiar lo que ha oído de Pablo a personas fieles que posean la capacidad de, a su vez, transmitir a otros el Evangelio. La instrucción en las ‘sanas palabras’ nunca puede depender de una sola persona; su vigencia o caída nunca puede depender de una sola figura. Si Timoteo es quitado de en medio, suficientes personas deben estar disponibles para poder conducir y edificar la iglesia.

Para ello, Timoteo no ha de querer usar a cualquiera; pues, no todo el mundo es idóneo para ese ministerio. En cualquier caso, los candidatos deben reunir dos requisitos: 1) han de ser fieles; y 2) deben poseer la capacidad de dar instrucción.

Figuras fieles que no tienen la capacidad de impartir instrucción en el Evangelio, no son idóneas, aunque su conocimiento y visión sean muy grandes; pues, si no lo saben transmitir, no pueden llevar a cabo su tarea. Por consiguiente, Timoteo no debe pensar: –‘Es una persona cristiana tan buena, fiel y creyente que la implicaré en la tarea de

la enseñanza. Pues, lo que para ello le falta en capacidad, lo compensa con su fidelidad'. Sin embargo, Pablo le aconseja: 'No procedas así, pues será un fracaso. La capacidad para enseñar es de importancia esencial para esta obra'.

Y, al revés, también hay personas que poseen el don de transmitir clara y brillantemente el Evangelio, pero no son plenamente fieles. Así que no te puedes fiar de ellas. Porque, o bien descuidan algo respecto a la vida cristiana; o bien se aferran a determinadas ideas propias que no están completamente de acuerdo con las Sagradas Escrituras. También en este caso, Timoteo no debe pensar: 'Sería una lástima dejar baldíos esos dones. Así que, a pesar de todo, lo implicaré en la obra; su carencia de fiabilidad está ampliamente compensada por su estupenda capacidad para impartir enseñanza'.

Pero Pablo viene a decir: 'No lo hagas; no resulta bien; la tarea de transmitir el Evangelio no es una canonjía. Para la tarea en cuestión, no sólo se ha de ser fiable, sino que también se debe poseer talento suficiente'.

Versículos 3 y 4:

«Tú, pues, sufres penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado.»

Pablo vuelve a reiterar lo que en estas circunstancias se espera de Timoteo. Ser fiel en las circunstancias actuales también reúne concretamente la disponibilidad para soportar² el sufrimiento. Y,

2. Estar preparado para resistir el sufrir, ¿puedo hacerlo yo, o hay Alguien otro que lo obra en mí? Mt. 26:33-35; Hch. 7:55-56; 2 Ti. 4:17-18.

justamente en esto, debe salir a flote la fiabilidad que Pablo pide a Timoteo.

Para lo cual, el Apóstol usa la imagen de un soldado. Pues éste, cuando en la batalla no sólo no sigue estrictamente las órdenes de su capitán, sino que en lugar de ello se ocupa de satisfacer sus propios intereses –por ejemplo la provisión de alimento y su seguridad personal–, es inservible como soldado; pues entonces desbarataría y haría fracasar los planes del jefe. Un soldado debe atenerse a cumplir plenamente las órdenes de su superior, en la confianza de que éste tiene en cuenta realmente la provisión de alimentos y la seguridad de sus subalternos.

Así también Timoteo, como soldado de Cristo, debe sentirse seguro a las órdenes de Cristo, y dejar a Cristo el cuidado de sus intereses personales y su seguridad.

Si Timoteo dedicase su atención a sus intereses personales, no sería un buen soldado de Cristo. El debe decidirse plenamente por Cristo; lo cual puede implicar, que deba sufrir con los demás. Pues un soldado, durante la batalla, no lleva a cabo una marcha placentera. Esa batalla está llena de riesgos y peligros; y uno ha de estar dispuesto a soportarlos.

Versículo 5:

«Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha».

La dedicación plena que se le pide a Timoteo, vuelve a ser aclarada también con la imagen del mundo del deporte: la imagen de un luchador.

Alguien así, si no comparece a una pelea ya concertada, nada le proporciona, pues queda descali-

ficado. Pero el luchador que sale del ring como vencedor, no quiere decir con eso que no haya recibido muchos golpes durante la pelea; pues es posible que salga muy maltrecho de tal competición.

Así ocurre también con el predicador del Evangelio, —dice Pablo. Debe atenerse a las reglas de Cristo; pues, si no lo hace, no realiza bien su tarea, y es descalificado. Pero, si se ajusta a las reglas, puede ser que tenga que encajar lo necesario e incluso sufrir contusiones... Pero, finalmente, ahí está para él la 'medalla de oro': la corona de vencedor³.

Versículos 6 y 7:

«El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero. Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo».

Pablo aun usa una imagen más: la de un labrador. El trabajo que éste debe hacer, es pesado, exige mucha dedicación y energía, y pide una extrema tensión de fuerzas. Pero, por contra, él es el primero que goza de los frutos del campo.

Así ocurre también con el trabajo de Timoteo: puede ser costoso y pedir una fuerte tensión de fuerzas; pero merece la pena, —dice Pablo. Toda esa energía no está malgastada, y todo ese esfuerzo no ha sido soportado en vano. Después, te será permitido recoger los frutos. Frutos que han crecido gracias a tu esfuerzo.

Déjate convencer por esto, —insta Pablo. Si lo haces, el Señor se cuidará muy bien de que lo veas claro y lo comprendas, y de que puedas colaborar.

3. Luchar por el premio de honor: 1 Co. 9:25-27 (cf. 1 Pe. 5:4; Stg. 1:12; Ap. 2:10 y 3:11).

También hoy día la clave para un buen entendimiento de la Palabra de Dios sigue siendo esto: dejarse penetrar muy bien de lo que en ella se nos dice. Pues una lectura rápida y somera de la Biblia tiene poco efecto; no penetra suficientemente y apenas da una visión acertada de la misma.

Quien quiera entender la Palabra de Dios, debe dejarla penetrar dentro de sí mismo. Lo cual también significa, que no debe situarse⁴ por encima de ella, ni debe leerla con una mentalidad preconcebida; sino que debe abrirse y entregarse a ella. Sólo entonces la saboreas, y puedes esperar que el Señor te dará visión clara de la misma.

Así también Timoteo debe dejarse penetrar muy bien de lo que Pablo ha dicho acerca de la entrega total a Cristo y al dolor por causa y amor de él.

Versículos 8 y 9:

«Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa.»

Además de lo dicho antes, ahora Timoteo debe tener en cuenta, que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos. 'Acordarse'⁵ (= tener en cuenta), según el lenguaje de la Biblia, es mucho más que 'recordar'. Uno puede acordarse de mil cosas sin que éstas hagan o produzcan algo en tu vida, pues no la tocan

4. Dejarse enseñar obedientemente por la Palabra: 1 Co. 2:12-16; Stg. 1:21; 1 Pe. 1:22-23.

5. Con este v. 8, Pablo cita, probablemente, un conocido «artículo de la fe» sobre el Jesús histórico, del linaje de David: 2 S. 7:12; Sal. 89:5 y 37 (cf. Jn. 12:34); Is. 11:1; Mt. 1:1; Hch. 2:30, y 13:23; Ro. 1:3; CH18.

o rozan verdaderamente. Algo que recuerdas puede yacer como una piedra masificada en el pasado, fría e inoperante, sin hilos de conexión con el presente. Pero esto es imposible en el caso de «acordarse» o tener presente. Algo de lo que te acuerdas o tienes presente, es como una realidad viva y operativa presente en tu vida de hoy; y tiene algo que ver contigo, que opera en ti y te forma.

Así debe ser también la resurrección de Jesucristo, —dice Pablo. Esa resurrección no es algo que sólo debes recordar. No es suficiente decir: —‘¡Oh sí, es verdad; eso ocurrió así y así’. No; esa resurrección has de tenerla presente, has de acordarte de ella; y debe ser una realidad en tu vida de hoy, y configurar y marcar tu vida.

Este era el caso de Pablo. La resurrección de Jesucristo se operaba en su vida y era una realidad tan grande para él, que el encarcelamiento y el dolor, e incluso la muerte, no le pudieron perturbar su serenidad. La actitud de Pablo en sus circunstancias sólo se puede explicar desde el hecho que la resurrección de Cristo era una parte de la realidad viva en su vida. Por eso pudo y quiso padecer por el Evangelio e incluso soportar prisiones como un malhechor.

Pero, aunque los predicadores del Evangelio sean encarcelados, la Palabra de Dios no puede ser apresada. Lo que ocurra con nosotros mismos no es tan importante; pues no se trata de nosotros, sino del Evangelio; al cual estamos sometidos y servimos. El Evangelio debe completar su carrera; y también lo hará; pues no se le puede detener y aprisionar; porque es invencible.

Este es el punto seguro, el asidero, el ancla. Las personas pueden ser maniobradas y encarceladas y pueden caer. Pero esto no puede ocurrir con la Palabra

de Dios; ella sigue adelante y continúa llamando a las gentes a salvación.

Versículo 10:

«Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna».

Para lo cual quiero ser útil gustosamente, —dice Pablo. Todo lo quiero dedicar a eso. Nada me importa lo que para ello tenga que soportar con tal de que pueda aportar mi colaboración al progreso del Evangelio, y así pueda ayudar a que los escogidos obtengan la salvación.

Pablo ve su dolor como un sufrimiento en provecho de los creyentes, los escogidos (cf. Col. 1:24). Cuando éstos vean cómo Pablo, en sus difíciles circunstancias y en medio de la persecución, se afirma en la resurrección de Cristo, y cómo ésta le da entusiasmo y perspectiva, eso significará para ellos un respaldo⁶ muy grande; les estimulará a mantenerse firmes y perseverantes hasta el fin; y así obtendrán la salvación en Cristo con la felicidad eterna. Pues quien persevera hasta el fin, será salvo.

Así es como los sufrimientos de Pablo pueden servir aún al progreso del Evangelio y a la edificación de la iglesia. Lo cual, hablando propiamente, es una tarea que tenemos todos los cristianos; pues también nos solemos encontrar en situaciones en que se pone de manifiesto si la resurrección de Cristo domina realmente nuestra vida y da perspectiva. Es decir, si la resurrección de Cristo es una realidad

6. La bendición del encarcelamiento de Pablo: Fil. 1:12-14; He. 10:34.

viva para nuestra vida, o sólo un conocimiento frío y muerto de los hechos.

Nuestras situaciones pueden no ser de prisión o martirio; sino otras circunstancias como enfermedad, preocupaciones o tristezas. Cuando en esos momentos damos la impresión de que la resurrección de Cristo no nos domina, tampoco somos útiles para el Evangelio. Cuando nos desorientamos y perdemos toda perspectiva, no edificamos la comunión entre los hermanos en la fe.

Pablo vivió en su dolor y en su persecución una tarea y un mandato. Así también nuestra enfermedad y nuestras tristezas pueden contener una tarea y un mandato: hacer ver algo del poder de la resurrección de Cristo, y así confirmar a otros en su fe, para que también ellos obtengan la salvación en Cristo Jesús. Pues la salvación de nuestros hermanos y hermanas en la fe puede depender de la forma en que nosotros soportemos y sobrellevemos el dolor y la enfermedad.

Versículo 11:

«Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él;»

Pablo concluye su amonestación a estar preparados a sufrir por el Evangelio con una cita de una canción en la que irradia perspectiva y, una vez más, se subraya el estímulo a perseverar hasta el fin.

Lo que se dice en este himno es fiable, –dice Pablo. Timoteo y nosotros podemos confiar en ello, pues es verdad: ‘Si morimos con Cristo, también viviremos con él’.

Estas palabras nos recuerdan con fuerza el pasaje de Romanos 6:8: ‘Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él’.

En este texto, se hace relación al bautismo. Ser bautizado significa: Ser bautizado *en la muerte de Cristo*. Pero, en el contexto en que Pablo cita ahora esta canción o himno, deberemos pensar en las prisiones y sufrimiento por causa del Evangelio. En el dolor que Pablo sufre, conlleva en su cuerpo la muerte de Jesús (cf. 2 Co. 4:10).

El salto del bautismo al dolor es menos grande de lo que solemos pensar. Cristo mismo ha llamado su dolor y su muerte *un bautismo*; y ha dicho que también sus discípulos habrían de ser bautizados con ese bautismo (cf. Lc. 12:50; Mt. 10:38-39). Esto ocurre ahora con Pablo: es bautizado con ese bautismo de Cristo; y eso mismo puede ocurrir con Timoteo. Pero ese bautismo no debe provocarle angustia ni pánico; pues si hemos muerto con Cristo, también viviremos con él: El bautismo en la muerte del martirio no es el fin⁷. Quien sufre o pasa por ese bautismo, vivirá con Cristo.

Versículo 12:

«Si sufrimos, también reinaremos con él.»

Y si no retrocedemos ante ese bautismo, sino que perseveramos hasta el fin, reinaremos⁸ con él como reyes. Esta es la perspectiva para aquellos que están dispuestos a sufrir por causa de Cristo.

Pablo lo sabía: El dolor que ahora sufro, no es comparable con la gloria que se revelará sobre mí (cf. Ro. 8:18). Ahora soy un desheredado; ahora mis

7. Ser bautizado en el bautismo de Cristo: Ro. 6:3; participar de la resurrección de Cristo: Ro. 6:4-8 CH45

8. Si resistimos, reinaremos con Cristo como reyes en la nueva tierra (lo prometido, nuestro depósito: 1:12); Ro.: 8:17; Fil. 3:10; 1 Pe. 4:13; Ex. 19:6; Mt. 25:34; Ro. 5:17; 1 Pe. 2:9; Ap. 1:6; 5:10; 20:4-6; 22:5.

muñecas y tobillos están doloridos y rozados por grillos y cadenas de hierro. Ahora me hallo aquí, en un calabozo húmedo, sin lugar decente para sentarme. Pero luego todo habrá pasado, y estaré sentado en un trono, y podré reinar con Cristo. En medio de mi miseria de este momento soy un candidato a la realeza, un príncipe heredero.

Esto es lo que Pablo recuerda a Timoteo; y es verdad y palabra fiel cuanto le dice: 'Resiste, pues; y no decaiga tu ánimo; eres un príncipe heredero; y después, en la nueva tierra, podrás reinar con Cristo como rey'.

Pero, si no estamos firmes, si sucumbimos, si no vemos la razón ni estamos preparados para soportar el dolor por causa de Cristo, también él nos abandonará.

Este versículo nos recuerda las palabras del mismo Cristo en Mateo 10:33, donde Jesucristo prepara a sus discípulos para todo lo que habrán de sobrellevar: Serán entregados, encarcelados y odiados, incluso por los mismos de su familia y parientes. Pero, no les temáis —dice Cristo—, pues no podrán hacer más que matar el cuerpo.

El lector del Evangelio ve aquí, que Jesucristo mantiene un criterio de valores totalmente distinto del que el hombre, por naturaleza, está inclinado a hacer. Para el hombre, la conservación propia es el móvil más poderoso; y hará todo lo posible para sobrevivir. Pero Cristo dice: Este no es el criterio más elevado; no te dejes engañar por el pensamiento de que nada hay más importante que permanecer con vida. Hay algo mucho más importante: La comunión conmigo y la vida eterna. Por tanto, no temáis a los que os persiguen; pues no pueden matar más que el cuerpo.

Pero, quien les teme realmente, quien por su propia

conservación niega a Cristo, será negado por Cristo mismo. Esto es radical, tajante. -'Pero, ¿no comprende Cristo cómo el dolor, el sufrimiento y el temor a la muerte pueden hacer desfallecer a las personas? ¿Acaso no tiene idea de los límites del poder humano? ¿No son demasiado fuertes sus palabras?'

-Naturalmente que a Cristo no le falta comprensión para con nuestras debilidades. También él ha sido tentado igual que nosotros en todas esas cosas; y hubo de padecer todo eso. Por tanto, no le falta comprensión al respecto; pero sí pide a sus discípulos una elección radical, una entrega total a él. De ahí que, quien hace que el dolor y el sufrimiento sean más grandes que Cristo, no es digno de él, y deja entrever que Cristo no lo es todo para él, y que no es digno de todo. Este es, pues, el criterio; de esto se trata: -¿Cristo lo merece todo? ¿Significa él para nosotros más que nuestra perseverancia? - 'Sí, ¡Cristo no se conforma con menos que todo!' Así que, quien no quiere abandonarlo todo por causa de él, pierde su futuro con Cristo; y si le negamos, él nos negará a nosotros.

Como un ejemplo del negar a Cristo, podemos pensar en la historia de Pedro. Pero, ello no obstante, hay una gran diferencia: Pedro ciertamente negó a Cristo, pero no fue negado por Cristo. Lo cual, evidentemente, es distinto de lo que se dice en este versículo.

¿De dónde proviene la diferencia? Pedro no fue negado por Cristo, porque se arrepintió; porque no se obstinó en su negación de Cristo. Pero, lo que aquí en este himno se quiere decir no es una negación en un momento de debilidad, para la cual siempre se puede obtener perdón, si confesamos nuestra culpa. Sino que, aquí se trata de una negación por la que definitivamente y para siempre

se rompe con Cristo y se aparta de él, se le abandona y nada más se quiere tener que ver con él.

Versículo 13:

«Si fuéremos infieles, él permanece fiel;»

Por desgracia, ocurre que hay personas que niegan a Cristo y le son infieles. Pablo lo vio suceder en torno a él según que la situación se volvió más enojosa para los cristianos. Pero, aun cuando haya gentes que se vuelven infieles a Cristo, esto —¡por suerte!— no significa que su infidelidad anule la fidelidad de Cristo.

Las palabras que comentamos no quieren decir: —‘No es tan grave si alguien se hace infiel; pues, Cristo, a pesar de todo, no le deja de su mano’. Porque ello estaría en contradicción con lo expuesto anteriormente. Pero, sí quieren decir: —‘¡Cristo no se deja impresionar por la infidelidad de las personas!’

Esto significaba un gran consuelo para Timoteo. Cuando viera que las gentes por su instinto de conservación negasen a Cristo y le fueran infieles, le podría acechar esta desalentadora pregunta: —‘¿Qué hacer ahora con el Evangelio en el mundo? ¿Es todo un error? ¿Qué queda de las promesas de Cristo?’

No hay razón para ese desaliento —dice Pablo. La infidelidad de las personas nunca pueden llevar a Cristo a dimitir ahora de su misión. Eso nunca ha tenido como consecuencia, que su obra vaya a la deriva; pues él permanece fiel a sus promesas, a su palabra y a su plan de salvación. Esto se realiza a pesar de la infidelidad de las personas; pues él no puede negarse a sí mismo⁹.

9. El no puede negarse a sí mismo: Nm. 23:19; Ro. 3:3; 9:6; y llevará a cabo su plan: 2 Co. 1:18-20; Ef. 1:9-11; Stg. 1:17; He. 6:13-17; Ap. 5:5-10.

También hoy, cuando vemos que hay tanta infidelidad en el mundo occidental, y que tantísimos han negado a Cristo, lo dicho es un consuelo. Es cierto que a veces surge este interrogante: -'¿Qué queda del Evangelio en el mundo?' Pero esta pregunta no debe intranquilizarnos; pues esta es la verdad: ¡Cristo permanece fiel; él no abandona sus planes ni su obra de salvación; porque él no puede negarse a sí mismo!

Versículo 14:

«Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes.»

Pablo, lo mismo que en su primera carta, también en ésta aconseja a Timoteo contra los falsos maestros. Timoteo debe dirigir la atención de la iglesia a las cosas esenciales de las que el Apóstol ya le ha hablado en la parte precedente de la carta: La resurrección de Cristo, y la importancia de la misma. Con esto debe ser confrontada frecuentemente la iglesia; y se la debe encarecer muy bien, que no tiene sentido alguno perder el tiempo en palabrerías. Lo cual, no sólo no tiene sentido, sino que también conduce a perdición -a una catástrofe, en sentido literal- a aquellos que se entregan a estas cosas; pues esto les embrolla, y les hace perder el camino verdadero.

Versículo 15:

«Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.»

Timoteo asimismo debe procurar no permitir

dejarse engañar en tomar parte en esas palabrerías; pues entonces no seguiría el camino recto para llevar la palabra de verdad.

Algunas versiones bíblicas sugieren, que aquí Pablo usa la imagen de un labrador recolectando; pero la palabra que utiliza no parece que indique eso; sino que sólo significa: Cortar en la dirección buena, cortar derecho. Por lo demás, bien se puede usar aquí la imagen de un obrero recolectando.

Si Timoteo se pierde en una disputa de palabras, ya no llevará de forma pura el Evangelio; pues se entrega a caminos torcidos, a sendas erróneas; y así no hace bien su trabajo, y es un obrero que no se ha de avergonzar porque su trabajo no aproveche, sino que, por decirlo brevemente, es inútil para Dios. Pues un obrero que ara el campo en zig-zag, no es apto ni útil para un labrador. Con semejante obrero, no consigue nada. Por eso Timoteo debe atenerse seriamente a cumplir con su deber, de forma que pueda pasar el examen de Dios.

Versículos 16, 17 y 18:

«Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad. Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos.»

Esto significa, que Timoteo debe apartarse de la palabrería profana y vana de los falsos maestros. Pablo cita concretamente a dos de ellos: Himeneo, que también es nombrado en 1 Ti. 1:20, y Fileto. Estos enseñaban, que la resurrección ya había tenido lugar.

Para el pensamiento griego, el cuerpo¹⁰ era inferior al alma. Aquel era como un peso para el alma que la retenía de sus altas aspiraciones y la ahogaba en el pecado. El momento más hermoso en la existencia de alguien era precisamente su muerte, pues entonces su alma alcanzaba de nuevo su estado puro. Por tanto, una resurrección de entre los muertos era para los griegos una cosa repugnante, una degradación detestable del alma.

Himeneo y Fileto no podían abandonar este modo de pensar y querían encajar en él el Evangelio. 'La resurrección —decían— ya se efectuó; la resurrección no es algo del futuro. No hay resurrección *después* de la vida, sino *en* esta vida; nuestra resurrección se produjo cuando llegamos a la fe; entonces resucitamos a una vida nueva'.

Esto último, de por sí, suena muy bíblico; pues, ¿no ha enseñado Pablo esto mismo? 'Con Cristo hemos resucitado a una nueva vida¹¹; y ¿no es el bautismo la señal y el sello de esto? —Sí; esto es verdad; y, ello no obstante, Himeneo y Fileto habían errado el camino de la verdad; pues, en el momento en que la resurrección a una vida nueva sea separada de la resurrección de entre los muertos, se puede hablar de una enseñanza errónea.

Himeneo y Fileto —dice Pablo— desestabilizan todo. Según ellos, toda la salvación se vuelve un espejismo; pues quien elimina del Evangelio la resurrección de entre los muertos, pierde todo lo referente a la salvación.

Podrías compararlo con un mástil en que ondea

10. El cuerpo no es 'lo más bajo', véase nota 1 en 1 Ti. 4.

11. Resucitados con Cristo a una nueva vida: Ro. 6:4-5; Col. 2:12 y 3:1-3; Ef. 2:1-5; Fil. 3:11.

una bandera; si arrancas ese mástil, no puedes esperar que la bandera permanezca ondeando en el aire. Esto es evidente; y la bandera se viene abajo.

Así ocurre también con la resurrección. Si se la suprime o destruye mediante racionamientos, no hemos de pensar que la fe y la nueva vida en Cristo se mantengan. No ocurrirá así; sino que se vendrán abajo y se destrozarán. Lo cual traerá consigo impiedad e injusticia.

Así pasó también con Himeneo y Fileto. Su doctrina era palabrería vana; y sobre ella no se puede edificar vida alguna con Cristo; ni de ella puede brotar una vida santa; es algo imposible.

Esto es evidente, —dice Pablo. Su doctrina impulsa y aumenta la impiedad. Donde ya no se cree la resurrección como una realidad, progresa la impiedad¹². Y entonces el hombre se colocará en el lugar de Dios, y determinará lo que hará o dejará de hacer, y todo lo sabrá mejor que Dios. Pero, de esta forma, la fe se desmorona y la impiedad roe y roe en la 'nueva vida' como un gusano en una pera.

Es bueno tener esto en cuenta; pues siempre hay coherencia entre doctrina y vida: Donde el mensaje del Evangelio es desechado o suprimido por un juego de palabras, también se daña a la vida cristiana. Es inevitable. Y quien niega los hechos de salvación, también lacera las normas para una vida cristiana.

Pablo, pues, no sólo indica a Timoteo esta coherencia, sino que también la confirma en 1 Corintios 15, donde se habla de gentes que negaban la resurrección de los muertos. Lo cual no es un asunto

12. Crecerá la impiedad, esto es, si no es descubierta a tiempo (v. 16b); véase también: Tit. 3:9-11.

inocuo –dice Pablo. No es que puedas decir: –‘Es una pena que haya quien niega la resurrección. Pero, por lo demás, no importa realmente; ni tiene mayor importancia’.

No; no es así, –dice Pablo. Tal cosa no está ahí porque sí. La negación de un dato tan central bíblicamente, nunca puede ser guardado en un sistema esterilizado; ni lo puedes aislar del resto de la vida, pues obra e influye constantemente en el estilo de vida.

La negación de la resurrección conduce a la corrupción de costumbres. Pues, entonces se dirá: –‘Comamos y bebamos, que mañana moriremos, y ya no tendremos otra oportunidad’.

Esta negación de la resurrección lleva al desorden de la vida, a malgastarla y al desenfreno de las costumbres. Por lo cual, Pablo avisa seriamente a los cristianos de Corinto: –‘No os engaños; no os ceguéis con razonamientos; no penséis que quienes niegan la resurrección son hermanos inocentes e inofensivos. Todo lo contrario; ellos minan y socaban el caminar cristiano; y corrompen las buenas costumbres (cf. 1 Co. 15: 32–33).

Versículo 19:

«Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.»

Himeneo y Fileto rompen lo que Pablo y Timoteo han edificado. Los predicadores del Evangelio son edificadores (cf. 1 Co. 3:10ss). Edifican la casa de Dios, la iglesia o congregación. Pero los falsos maestros no son edificadores, sino destructores.

En verdad que este asunto es muy difícil de di-

gerir, cuando ves que los destructores se ocupan de destrozarse una obra en la que tú aún trabajas y aún no has concluido. Entonces cabe preguntarse: -'¿Hasta dónde pensarán llegar? ¿Han sido baldíos todo mi trabajo y esfuerzos? ¿Serán capaces de destrozarse todo lo edificado y arrojarlo a los pies de los predicadores del Evangelio?'

Felizmente no, -dice Pablo. Nunca llegarán tan lejos. Sí podrán causar perjuicio y daño; pero nunca herirán el fundamento del edificio; éste permanece firme, inmutable, intocable e inalcanzable a sus piquetas demoleadoras. Este fundamento es Cristo mismo (1 Co. 3:11), puesto por Dios mismo; y no puede ser derrocado.

Y sobre este fundamento hay talladas dos inscripciones. Primera: *El Señor conoce a los que son suyos*. Segunda: *Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo*.

El Señor conoce¹³ a los suyos. Esto es algo maravilloso, y significa mucho más que decir, que él sabe quiénes somos; aunque, como es natural, también sabe esto. Pero no se confunde; es decir: no toma a una persona por otra.

En la Biblia, la palabra «conocer» encierra siempre la idea de implicación. Si digo que el Señor me conoce, implica que él se siente interesado en mí; que está comprometido conmigo. Y, desde este compromiso, se interesa de mi suerte, y quiere cuidar de mí.

Esto es lo que se halla grabado de forma inviolable en ese fundamento. Ningún falso maestro lo

13. Conocer: Ex. 2:25; Sal. 1:6; 31:7; 139:1. El SEÑOR conoce a los suyos: Mt. 7:23; 24:24; 25:34; Lc. 10:20; Jn. 3:18; 1 Jn. 2:19.

puede cambiar en nada. Esta es la base inmutable para la continuidad de la iglesia.

Pero hay una segunda inscripción igualmente importante: 'Todo aquel que invoca el Nombre del Señor, apártese de iniquidad'¹⁴.

Esas dos inscripciones se corresponden de modo inseparable. Comienzan con el Señor; con lo que él hace: Él conoce a los suyos; se ocupa de ellos; les rodea con su amor. Pero, ahora, aquellos que han sido recibidos por el Señor en su misericordia y le pertenecen, deben romper con la iniquidad, la injusticia y con todo lo que vaya contra él. Porque, si no lo hacen, no habrá lugar para ellos entre los suyos, ya que dilapidan su protección dentro del amor protector de su Señor.

Romper con la iniquidad y la injusticia: esta es la respuesta, la reacción que el Señor espera en quienes son conocidos por él.

Versículos 20 y 21:

«Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.»

Pablo continúa usando aún la imagen de un edificio, pero ahora la va a usar en otra forma. Trata de una casa en la que hay toda clase de utensilios; pues parece ser la casa de una familia rica. Los utensilios de oro y plata sólo se usan en circunstancias especiales. Nadie usa, por ejemplo, una copa

¹⁴ Quien menciona el Nombre de Cristo, rompa con la injusticia: Ef. 4:1 y 17-20; Col. 3:1-10.

de plata para sacar agua de la fuente; ni una bandeja de oro para sacar harina de un saco. Para estos menesteres ordinarios y a veces sucios, se tienen otros utensilios, por ejemplo, de madera o de barro.

Así ocurre también en la iglesia, —dice Pablo. Si quieres ser para el Señor un instrumento o utensilio de oro o de plata, debes purificarte a ti mismo de iniquidad e injusticia; deberás mantenerte alejado de los falsos maestros que fomentan la impiedad. Sólo entonces podrás ser considerado, como utensilio de oro o plata, para un uso lleno de honor y santo¹⁵; es decir, dedicado, consagrado, apartado para el Señor.

Versículo 22:

«Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.»

En los versículos que ahora siguen, Pablo continúa desarrollando lo que contiene o implica limpiarse a sí mismo: Huye de las pasiones de la juventud, Timoteo.

Pablo no dice en qué consistan esas pasiones. Nos equivocaríamos pensando que se trata exclusivamente de desórdenes sexuales. También hay otras cosas con las que sueñan las personas jóvenes: Hacer carrera, ganar dinero, hacerse rico, comer y beber bien.

Quien como predicador del Evangelio quiere hacer carrera y hacerse rico, no es útil para su Dueño. Quien se ilusiona con algo así, antepone su interés propio y no los de Cristo. Por consiguiente,

15. Santo = designado (= apartado) para el SEÑOR: Lv. 22:1-2; Éx. 19:4-6; Dt. 7:1-6; Ro. 11:16; 15:26; 1 Co. 1:2; 7:14.

Timoteo debe huir¹⁶ de las cosas en que la gente joven se ilusiona, de las que habla, en las que se esfuerza y a las que se entrega. Pues, si no lo hace, sino que merodea estas compañías y flirtea con ellas, éstas le apresarán en sus garras, y entonces se hará inútil e inservible para Cristo.

En lugar de esas cosas, Timoteo debe perseguir algo diferente, es decir, la justicia, la fidelidad, el amor y la paz con aquellos que invocan al Señor con un corazón limpio.

Versículo 23:

«Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas.»

Además, Timoteo debe ser reacio a disputas necias e insensatas; no debe comenzar discusiones por el hecho mismo de discutir. Eso no sirve para nada, no es útil. En la iglesia de Jesucristo no se trata de palabras, sino de una vida al servicio de Dios.

Las personas pueden discutir sin fin y debatir sin que por ello su vida sea transformada o edificada. La vida con Cristo no se construye con esas conversaciones. Todo lo contrario. Semejantes disputas originan precisamente altercados, y traen consigo el alejamiento mutuo. Las gentes se mirarán como gallos de pelea, y surgirá un ambiente de discusión, donde precisamente el amor y la paz deben reinar; y todo el que ha seguido de cerca los acontecimientos, sabe que entonces decae el nivel de vida de fe; el frío se introduce en la iglesia de Cristo... y por eso, Timoteo debe huir de tales cuestiones y disputas.

16. Huid de las codicias: 2 Co. 7:1; 2 Pe. 2:20; Jud. 23.

Versículo 24:

«Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido;»

Como siervo de Cristo Jesús, Timoteo no debe mezclarse en semejantes cuestiones y controversias; ni ha de tomar partido por ellas. Su cometido es edificar la iglesia; y esto sólo puede hacerlo siendo amable para con todos y no buscando disputas. Por lo demás, debe proporcionar enseñanza en la palabra de verdad; y en esto no ha de perder enseguida la paciencia respecto a personas que no vean o entiendan que se hallan con ideas equivocadas, o que sean algo molestas. En fin, que deberá dejar a un lado algunas cosas, y no enfadarse enseguida o sentirse molesto.

Versículos 25 y 26:

«que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.»

Y a quienes llevan la contraria, a los que siempre se oponen y se plantan en contra, Timoteo debe corregirlos con mansedumbre; y no debe dejarse engañar para pagarles con la misma moneda. Quienes mantienen actitudes contrarias, no llegan a ganarse mutuamente, sino que se rechazan unos a otros; y esta no es la intención de este pasaje. Lo que Timoteo ha de procurar es ganarse a quienes se le oponen y llevarles a conversión.

Esto no puede conseguirse arremetiendo contra ellos y excluyéndoles de la iglesia. Es cierto que deben ser amonestados y corregidos; pero eso debe ocurrir con mansedumbre. Quizá quiera Dios usar

esta fórmula para llevarles al arrepentimiento, a la conversión y al reconocimiento de la verdad.

La versión literal de esta frase sería: 'quizá quiera Dios concederles conversión'. Cuando en la Biblia se habla de conversión, muchas veces se describe a ésta como una actividad del hombre. Pensemos por unos momentos en la tan repetida llamada: - '¡Convertíos! El hombre mismo debe hacerlo'.

Pero aquí, una vez más, nos encontramos con que la conversión es un regalo de Dios: '*quizá Dios les conceda que se arrepientan*'¹⁷. Esto, naturalmente, no significa que la responsabilidad del hombre sea desplazada como no-activa; lo cual jamás ocurre en la Biblia. Pero sí quiere decir, que el hombre, si se ha convertido, no debe darse importancia ni ir pregonando a los cuatro vientos: -'¡Ved qué valiente soy! ¡Me he convertido!' Sino que debe dar todo honor a Dios. Pues verdaderamente lo hizo Dios. Sin él, no habría tenido lugar.

Pues aquella conversión significó nada menos que una liberación de los lazos del diablo, -dice el Apóstol. Porque, ¿has encontrado nunca alguien que, por sus propias fuerzas, haya podido liberarse del poder del demonio? Tal hombre no existe; pues, para deshacernos de las garras del diablo, necesitamos el poder de Dios.

Quienes se oponen a la verdad del Evangelio, se hallan emborrachados de alguna doctrina falsa que les ha ofuscado. Esa falsa doctrina es el lazo, la red que satanás ha tendido sobre ellos y por la que han llegado a su poder. Así es como han sido hechos presos del diablo¹⁸.

17. Dios quiere *conceder* arrepentimiento: Hch. 5:31; 11:18.

18. Prisioneros del diablo, cf. Jn. 8:46; Ef. 2:2.

Por lo cual, discutir con semejantes personas no tiene sentido alguno; pues comenzar un debate con quien está ofuscado y no ve otra cosa, es algo que no hace un hombre con sentido común; ya que no conduce a nada. Y es que las personas no pueden ser liberadas de las garras de satanás por medio de razonamientos lógicos, como tampoco a quien está borracho lo puedes desembriagar a base de argumentos; es sencillamente imposible.

Ellos están cautivos del diablo; lo cual no es una manera de hablar, pues satanás no es una figura inventada ni una trama de ideas fantásticas. ¡Ojalá lo fuera! Pero, no. Es una realidad poderosa. Las personas que han sido poseídas por él, no pueden ser liberadas por medios humanos, sino únicamente por la palabra viva y poderosa de Dios¹⁹. Por eso Timoteo no debe ponerse a discutir con ellos, sino que ha de enseñarles la Palabra de Dios, confrontarles con ella. Sólo por este medio pueden ser desengañados; sólo esa Palabra tiene poder para alcanzar su corazón entenebrecido y cortar en pedazos los lazos de satanás. Sólo por ese camino pueden convertirse para reconocimiento de la verdad. Esto es lo que les faltaba.

Y puesto que estaban ofuscados por la mentira, no querían reconocer la verdad, y tampoco podían. Sólo por la gracia de Dios pueden deshacerse de esos lazos, y hacer la voluntad de Dios.

Esto que Pablo escribe aquí sigue siendo de vital importancia para la iglesia de Jesucristo. A lo largo de la historia de la iglesia ha faltado, con demasiada frecuencia, la corrección fraternal de los

19. La Palabra de Dios es viva y poderosa: He. 4:12; y su función principal es: Mt. 4:4; Ro. 1:16; 2 Co. 3:8-9; 1 Pe. 1:23 y 25.

herejes y de las personas que tienen por norma oponerse a la Palabra de Dios. Es cierto que se señaló el error, y que también se vio que las personas que se oponían estaban ofuscadas. Pero se actuó en contra con dureza, con reprensión y fanatismo; a veces, desde una actitud de arbitrariedad y presunción.

Así pues, allí no se notaba demasiada mansedumbre, ni se dejó a Dios operar por su Evangelio, ni se dejó al mismo Evangelio que hablase su lenguaje, sino que se interpuso entre Dios y los espíritus de mentira. Entonces los que corregían se hicieron a sí mismos tan grandes que a los espíritus ofuscados se les arrebató la visión de Dios; y se gritó tanto, que no se dejó oír la voz del Evangelio. Por lo cual, es normal que no llegara una vuelta a la verdad, y sí se obtuviera un distanciamiento e irritación mayores.

Pablo indica ahora otros modos: Allonar el camino a la Palabra de Dios; dejarla hablar con mansedumbre, de manera que pueda corregir y enseñar el camino a quienes se le oponen. Este es el camino en que las personas pueden ser liberadas de los lazos del diablo, y en que Dios quiere conceder conversión: una vuelta al reconocimiento de la verdad, y a hacer la voluntad de Dios. Pues de esto se trata en la iglesia: ¡Que se haga la voluntad de Dios, por todos!

CAPÍTULO 3

Versículo 1:

«También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.»

La perspectiva que Pablo divisa y que, en más de una ocasión, expresa en esta carta, no le impide ver la situación en que se encuentra y que aún ha de producirse antes de que llegue el día de Cristo. Pablo tampoco quiere que Timoteo, a este respecto, esconda su cabeza en la arena como el avestruz. Su discípulo debe saber lo que aún ha de ocurrir; y ha de estar preparado para ello. No es bueno que los cristianos no estén con ambos pies en el suelo, y que sean extraños al mundo. Deben saber lo que ocurre, y lo que va a acontecer. También Timoteo debe saber muy bien esto: 'Que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos'.

Los postreros días¹: este es el tiempo entre la ascensión de Cristo y su retorno. Pablo y Timoteo

1. Los postreros días y expresiones semejantes: 1.- en el Antiguo Testamento: Dt. 4:30; Is. 2:2; Jer. 23:20; 49:39; Dn. 2:28; 10:14; Os. 3:5. Lo cual casi siempre significa *el futuro*. 2.- en el Nuevo Testamento: Hch. 2:17; 2 Ti. 3:1; Stg. 5:3; 2 Pe. 3:3; He. 1:1. Lo cual significa: el tiempo entre la 1ª y 2ª venida del Señor (cf. 1 Co. 10:11b). 3.- también hay expresiones similares en el N.T. con significado cambiante, por ejemplo: 1 Pe. 1:5; Jud. 18. Pero en el Evangelio de Juan, el '*día postrero*' significa: el Día de la segunda venida del Señor: Jn. 6:39; 12:48.

ya se hallan en medio de ese período; y otro tanto nos ocurre a nosotros. Esos días postreros nos harán ver períodos difíciles, como una especie de mareas de equinoccio, como corrientes rápidas que se harán más agudas e intensas conforme se acerca más y más la vuelta de Cristo.

Esta es la visión bíblica sobre el curso de la historia; la cual se diferencia esencialmente de la fe humanista del progreso, que parte de una línea ascendente: Los hombres se volverán cada vez mejores, y la sociedad pasará gradualmente de un mejoramiento a una convivencia ideal. Pero la Biblia dice: –Eso es una utopía. El mundo no se va desarrollando hacia una sociedad ideal. Hasta la vuelta de Cristo se sucederán, como en oleaje, tiempos difíciles.

Aquí, Pablo no nos cuenta nada nuevo. También Cristo ha hablado acerca de lo que precederá a su venida (cf. Mt. 24). Cuando Pablo saca ahora este tema, uno espera que fijará nuestra atención en las guerras, desastres naturales y persecuciones. Pero estas cosas no son tratadas aquí. El Apóstol va a citar otras muy diferentes; y entonces, a primera vista, dices: –‘¡Pero esas cosas no son tan terribles! Yo puedo imaginarme cosas mucho más graves’.

Como tiempos difíciles, uno se imagina enseguida: Guerras atómicas, visiones apocalípticas, campos de concentración, masacres humanas,...¡Esas sí que son cosas graves! La catalogación de ‘tiempos peligrosos’, según la enumeración de Pablo, ¿no se ha pasado de la raya? ¿Ha perdido Pablo su sentido de la proporción?

Debemos tener muy presente, que Pablo mismo, en el momento en que escribe estas palabras, no pasa ciertamente por un tiempo demasiado fácil, sino todo lo contrario. En verdad que para él es un tiempo

difícil; no tiene otro calificativo mejor. Está encarcelado, y espera su sentencia de muerte.

Cuando un hombre que experimenta esto en su propio cuerpo, se dispone a escribir sobre tiempos peligrosos, será muy diferente que cuando eso se hace por alguien que no tiene escasez de nada, y que, confortablemente sentado, se dispone a escribir sobre tiempos peligrosos, y comienza a citar otras cosas muy diferentes de las que nosotros esperábamos, hay razón más que suficiente para escucharle y para que abramos nuestros oídos.

Versículo 2:

«Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,»

¿Por qué son tan difíciles los períodos de los que habla el Apóstol? –Porque los hombres serán egoístas, amadores de sí mismos... Pero, esto no es nada especial, –te inclinas a decir. Los hombres siempre han sido egoístas a través de la historia. Este no es un fenómeno que acontezca sólo en períodos determinados. Es verdad. El hombre es egoísta, amante de sí mismo, y lo es desde el pecado original. Pero hay tiempos en que ese egoísmo no puede desplegarse plenamente, y en que el patrón de cultura empuja a los hombres a frenar su egoísmo y tenerlo a raya. Son tiempos en que se considera al egoísmo como un asunto abominable, y surge un código de comportamiento generalmente aceptado, para que los hombres no cultiven su egoísmo.

Pero, en los postreros días habrá tiempos en que ya no operarán esos frenos, y el código de comportamiento se rompe, y los hombres y mujeres manifiestan sin rodeos su egoísmo. Entonces, el egoísmo

se acepta conscientemente como móvil de la vida y se habla de él como de lo más natural. Esos períodos en los que palabras tales como abnegación de sí mismo y sacrificio son arrojadas al cubo de la basura.

Es claro que hoy día hemos aterrizado en un período semejante; y el buscarse a sí mismo y su propio interés están altamente connotados. La autorrealización desenfrenada obtiene más y más el carácter de una ideología que garantiza la dicha verdadera.

Para ello no debemos dejarnos llevar por un camino equivocado mediante una palabra que también hoy está de moda, como es la *solidaridad*. Alguien podría pensar que esta palabra señala precisamente en otra dirección. Pero no es verdad, pues con ello se trata, la mayoría de las veces, de una solidaridad con gentes que viven muy lejos, por las cuales no precisas privarte de nada, y que, en modo alguno, pueden detener tu egoísmo y tu propia realización. Esta solidaridad puede ser muy bien combinada con el egoísmo. Pero, si a estas gentes que practican esa solidaridad les pides que sean solidarias con los obreros inmigrantes no pidiéndoles un precio desorbitado por una vivienda completamente inadecuada e insuficiente, se harán el sordo porque lo que está en juego es su propio interés y medro; y dirán: -'¿A ti qué te interesa? ¡Eso es asunto mío!'

Y si les pides, por ejemplo, que no pongan la radio a un volumen tan alto porque molesta a los vecinos, te dicen: -'¡Yo haré lo que quiero y me agrada! ¿Acaso no es mi radio, y no estoy en mi casa? ¡Nadie tiene nada que decir sobre lo que hago en mi propia casa!'

Y, si llega el caso, aun elevan más el volumen de

su radio para hacer notar que nadie debe intentar violar sus derechos en la manera que desean divertirse. Sin embargo, sí son solidarios, por ejemplo, con las masas perseguidas en América Latina y con los discriminados en cualquier país del mundo.

¡Aso sí! La tendencia de hoy día es: -'¡Yo hago lo que me agrada! Los demás me tienen absolutamente sin cuidado, no me importan'.

Hace un par de decenios, esto era de otra manera. Entonces, el hombre también era egoísta. Pero, ello no obstante, los demás suponían un freno. -'¿Qué dirán los otros, si hago esto o aquello?' Casi de forma general se tenía en cuenta a los demás. Las propias actuaciones se veían limitadas por la presencia de los otros; aunque no siempre ocurría de buen grado; pues muchos lo hacían resentidos y contrariados. Pero, así sucedía.

Es cierto que en ello también se daban aspectos malos; pues aquella convivencia podía tiranizar y destruir fácilmente a algunos. Pero, de lo que ahora se trata, es esto: el egoísmo no obtiene esa posibilidad de extenderse y de dar la tónica como ocurre ahora. Entonces imperaba como bueno y digno de aprecio el acomodarte a los demás y tenerles en cuenta. Hoy día se considera como la sabiduría suprema el que los demás deben acomodarse a ti, y que tú no te dejes impresionar por aquel que contraría tus deseos y apetencias. 'No hagas lo que el otro encuentra bien, sino lo que tú mismo crees agradable. Sobre todo, no te dejes frustrar por nadie en la realización de ti mismo. ¡Sé egoísta!'

'Mira' -dice Pablo- 'son tiempos difíciles': El egoísmo sale de su madriguera de esta forma, y se atreve a mostrarse tan abiertamente y a propagarse tan rápidamente.

Este egoísmo está como fundamento de todo lo

que el Apóstol va a seguir enumerando. Y así, en primer lugar y relacionada con el egoísmo, menciona la avaricia.

¿Por qué corren las gentes tras el dinero? ¿Por qué no se conforman con lo que tienen, y siempre quieren más? —Porque piensan, que la medida de su dicha depende de la cantidad de dinero que tienen; y por eso están locos por él.

Si de alguien decimos que es avaro, casi siempre nos referimos a quien atesora y amontona dinero. Sin embargo, la palabra que Pablo usa en este caso, tiene otro significado más amplio; y se la podría traducir por *idolatría (apasionado por el dinero)*. Expresión de lo cual es: amontonar dinero; pero ésta no es la única. En nuestros días, nos llegamos a encontrar con la expresión de esto mismo: querer ganar mucho dinero para poder gastar mucho en todo tipo de lujos y placeres.

Esa mentalidad se ha apoderado hoy de las gentes y es fomentada a gran escala, por ejemplo, a través de los anuncios en TV y por toda clase de formas con que puedes obtener precios exorbitantes. Cuando esa mentalidad no se da en exclusiva en los individuos, sino que es característica de la sociedad en general, eso son tiempos peligrosos, —dice Pablo.

Además, en esos tiempos las gentes serán vanagloriosas, fanfarronas; se ponderarán a sí mismas y sus propias cualidades; serán balandrones que se alaban a sí mismos.

Cuando fui como misionero a Africa y entré en contacto con los zulúes, quedé muy sorprendido por el hecho que hablasen de ellos mismos con tantas alabanzas y ensalzamiento:

—‘¡Yo soy tan bueno en eso!’

—‘¡Eso lo he proporcionado yo!’

—'¡Nadie me puede mejorar en ese punto!'

Fue sencillamente sorprendente; aunque en Holanda también me había encontrado con algún caso así, pero no tan frecuentemente. Mas, entre los zulúes, eso es la costumbre.

Cuando, después de algunos años, volví a mi país, hice el mismo descubrimiento: me sorprendió cómo también aquí las gentes reclamaban la atención sobre ellas mismas y sobre sus propias cualidades y prestaciones.

¿Cómo ocurría esto? ¿Siempre había sido así, y por mi experiencia con los zulúes se habían agudizado mis oídos de forma que ahora también lo percibiera en mi país? Es muy posible; pero me parece que hay algo más; pienso que es un síntoma de cambio de mentalidad por el que el egoísmo se abría un camino hacia afuera.

La modestia y el permanecer en el anonimato no son interesantes para el egoísmo. Las personas discretas permanecen desapercibidas en un rincón. No sirven a sus propios intereses. Quien realmente lo quiere hacer, debe hacer gala de sí mismo. Debe ser su propio agente de relaciones públicas. Ha de proclamar a voz en grito sus propias excelencias. No debe esperar hasta que los focos reflectores se acerquen hasta él, sino que ha de colocarse él mismo en la luz.

Cuando esta actitud llega a prevalecer, es que ha amanecido la época de los vociferadores y fanfarrones. Una época en la que también los candidatos a la presidencia de los E.E.U.U. intentan llegar a conseguir los votos exigidos mediante el uso de la mayor cantidad posible de micrófonos y cámaras de TV, para declarar: —'¡Yo soy un hombre honesto; nunca mentiré!' Así que, cuando el fanfarronear y el darse importancia a sí mismo se convierte en

moda, esos son tiempos peligrosos —dice el apóstol Pablo.

Entonces, los hombres también serán soberbios. Aunque yo prefiero la traducción: *orgullosos*; pues existe una clara relación con la palabra precedente. Los hombres presumirán de lo que tienen y han logrado; y a los que no han conseguido tanto como ellos, les querrán hacer sentir que no pueden comparárseles. Piénsese en lo que ocurre entre estudiantes: los universitarios miran por encima del hombro a los del ateneo, y éstos, a su vez, se creen superiores a los bachilleres, etc., etc.

Los hombres también serán blasfemos. Esta palabra, en su raíz, no sólo puede hacer relación a la maldición de personas, es decir, a los *malhablados*, sino también a los que hablan un lenguaje blasfemo contra Dios.

Esto último también va claramente en aumento en nuestros días. Los procesos judiciales por causa de blasfemia son cada vez más comunes. Por lo demás, respecto a la blasfemia, Pablo no sólo pensaba en una blasfemia expresa y consciente contra Dios, sino también en la oposición y resistencia contra el Evangelio y Cristo. También esto va en aumento.

El siguiente punto que Pablo menciona, es este: la desobediencia a los padres. El reconocimiento de la autoridad no encaja con el egoísmo. La autoridad sobre uno te limita en el hacer lo que tú mismo quieres; te impone la voluntad de otros. En los tiempos en que el egoísmo marca la tónica, inevitablemente se devalúa la autoridad; ya no se la reconoce, ni se la escucha; se la deja a un lado y se la niega.

El lector también reconocerá en esto, sin gran dificultad, nuestro tiempo. Un tiempo en que la

autoridad –no sólo de los padres– es rechazada de modo creciente.

A la imagen de tales tiempos también pertenece la ingratitud; la cual asimismo viene a ser una consecuencia del egoísmo; pues quien se deja llevar por éste, pone exigencias; se planta en sus derechos y acepta lo que le cae bien, como lo más natural: –‘¡Yo exijo esto; yo reclamo aquello!’

Debemos darnos cuenta con cuánta frecuencia nos topamos hoy día con la palabra *derechos*, y cómo se la oye usar. Donde se exigen, la gratitud desaparece de la vida; incluso por cosas a las que no se tiene derecho alguno, como servicios de amigos y prestación de ayuda voluntaria. Ya no se es agradecido; y esto es lo más natural y lógico. ¿O es que acaso no es más que una obligación el que se ofrezca ayuda? Por tanto, ¡no se precisa ser agradecido por nada!

Y, además de desagradecidos, los hombres serán impíos. Lo que, igualmente, equivaldría a decir: no-temerosos, no-respetuosos. Los cuales no tienen en cuenta lo que para otros es santo; y si se trata de su interés propio, ninguna otra cosa les preocupa e inmuta; todo lo pisotean a diestra y siniestra.

Versículo 3:

«sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,»

Seguidamente, Pablo añade que los hombres serán desamorados, sin afecto natural. Tampoco puede ser de otra manera; pues un mundo donde impera el egoísmo, se convierte en mundo frío, sin amor; y en él se vive únicamente para uno mismo. A los contactos con otros se les convierte en negocio. Por

lo demás, no se tiene nada que comunicar mutuamente, y se viven vidas completamente paralelas.

Son tiempos en que hombres pueden yacer muertos durante días y hasta semanas sin que nadie se dé por enterado. Son tiempos en que apenas se tiene algo para los demás. Inválidos pueden estar caídos junto a un camino sin que nadie se pare a echarles una mano. Casi nadie se levanta en el autobús o en el metro para dejarle su asiento a un anciano o anciana. Las gentes, como témpanos de hielo, se abstraen los unos de los otros.

El apóstol Pablo sigue catalogando a los hombres, y les llama implacables. Lo que intenta decir es que no pueden llagar a un pacto, a un compromiso, a una comparación con los demás.

Esto puede terminar en dos sentidos: primero, conduciendo a la irreconciliación. Entonces los hombres permanecen guardando rencor; nunca perdonan a otro que, en alguna ocasión, se les haya opuesto, o que no se bailara al son de su música, y rechazan ser el menor o pedir perdón. Segundo, llevando a la infidelidad y deslealtad. Entonces los hombres no se atienen a los compromisos adquiridos; prometen fácilmente, pero no puedes fiarte de sus promesas. Y cuando una promesa no conviene más a su interés propio, se desprecupan totalmente de ella.

También este fenómeno se puede ver crecer hoy en día. Téngase en cuenta, por ejemplo, el número creciente de divorcios. Cuando no es el Evangelio sino el egoísmo el móvil de las gentes, la infidelidad matrimonial llega a obtener una posición más fuerte.

Además, los hombres serán blasfemos, calumniadores —añade Pablo; quien aquí usa la misma palabra que para diablo. Y entonces se podría tradu-

cir: Los hombres serán diablos; pues el significado de la palabra diablo es: El que enreda y embrolla las cosas, el que secciona.

Esto también es inevitable, si el egoísmo empuja a los hombres; pues entonces pierdes el control de las cosas, y las relaciones se rompen y destruyen; y toda clase de planes importantes e iniciativas que puedan perjudicar a tu interés propio, son profundamente enterradas sembrando maledicencias y calumnias; convirtiéndote entonces en un factor negativo a tu alrededor, y así te dejas conducir por aquel principio que dice: 'Divide y vencerás', el cual es un lema diabólico.

Los hombres también serán intemperantes. No se retraerán de nada, ni se controlarán. Estos son tiempos en que el exceso forma el patrón de conducta: los hombres comen demasiado, beben demasiado, golosinean demasiado, se van de juega con frecuencia; es decir, se aficianan a todo esto, al sexo y a los medios de placer. Y no saben de freno ni de guardar medida alguna.

Añádase a esto, que también serán crueles. La palabra que usa Pablo significa: salvaje, indómito, sin casta. Aunque también se la podría traducir por: grosero, sin cultura del espíritu, brutal.

Las gentes actuarán como osos salvajes; vomitan todo lo que llega a su boca; no han aprendido a dominarse ni a guardar compostura; son cohetes de pólvora que, por lo más mínimo y simple, explotan.

La pérdida de modales y el embrutecimiento interior tiene mucho que ver con el lugar dominante que ocupa el egoísmo; pues éste conduce a la brutalidad, a la insolencia y a la incivilidad. Y entonces, también en tus maneras te importan un bledo los demás.

El egoísmo lleva al rechazo de lo bueno; y así las gentes no tienen ningún placer en practicarlo. Quizá lo hagan por algún tiempo; pero, obligados y contrariados. Hasta que su aversión al bien se hace tan grande y se hastían tanto de él, que dejan de practicarlo.

Esto es lo que ocurre cuando no sientes placer alguno en hacer lo que pide el Señor. Si esto no lo tiene tu corazón, tu egoísmo vence al bien.

Versículo 4:

«traidores, impetuosos, infatuados, amantes de los deleites más que de Dios,»

Los hombres también serán traidores; pues, para medrar ellos mismos, romperán su lealtad respecto a los demás. Para hacer el juego y no exponerse ellos mismos, hacen caer, sin escrúpulo alguno, a los otros. Entonces se enredan en todo tipo de excusas y disculpas, con el fin de hacer a otros responsables de errores que ellos mismos han cometido.

¡Cuánto no se serpea y se intriga para cercar, acorralar y eliminar a los demás, si con ello uno mismo puede obtener una ventajilla! ¡Y qué diremos de la traición real cometida contra otros por un par de centavos, como hizo Judas Iscariote!

Los siguientes que Pablo cita, son: los impetuosos. Aunque yo me inclino más por la versión: precipitados (cf. Hch. 19:36). Se quiere decir, que los hombres se dejan arrastrar tanto por sus emociones, pasiones y deseos, que se lanzan a hacer las cosas de forma atolondrada y precipitadamente.

Por ejemplo: alguien quiere comprar una casa; y, un buen día, ve una por la que pierde la cabeza; le encanta. Su precio está un poco por encima de

su presupuesto; pero su deseo de poseer esa casa es tan fuerte, que le lleva a un cálculo demasiado optimista de sus posibilidades financieras. Se cree más rico de lo que es, y compra la casa. Mas, poco a poco, debe sufrir las consecuencias de haber obrado precipitadamente. Su deseo le metió en la cabeza ciertas cosas que debió haber recapacitado; pero no las tuvo en cuenta suficientemente. Esto es lo que Pablo quiere decir: Los hombres son tan dominados por sus emociones y pasiones, que pierden el sano juicio y obran precipitadamente.

Por lo demás, esto mismo se puede decir no sólo de las cosas que se quieren tener, sino también respecto de una elección de postura en el terreno político o social. También en esto los hombres se dejan guiar por sus emociones de tal manera que por ellas se ven desbordados su sano juicio y su capacidad de crítica. Este es otro aspecto que también es fácil de constatar en nuestros días.

Los hombres también serán infatuados; es decir, se incharán de su propia importancia, se creerán terriblemente importantes y estarán totalmente engreídos de sí mismos.

Aunque sólo fuera por curiosidad, en alguna ocasión uno debería llevar la cuenta de cuán frecuentemente habla de sí mismo, y dice cosas por este estilo: —*Yo* he hecho esto o aquello; *yo* he vivido esa circunstancia; *yo* dije entonces...; *mi* problema es...; eso *me* molesta tanto; *yo* no puedo contra eso'. Y, entonces, uno debería comparar esta forma de expresarse con las veces en que no habló de sí mismo, y quizá te echarías a temblar diciendo: —¿Pero yo estoy tan engreído de mí mismo?'

Con lo cual, como es natural, no se quiere decir, que uno nunca deba emplear el pronombre *yo*, y que tampoco deba hablar de sí mismo. Pero, lo

cierto es, que poco a poco hemos venido a parar en una situación en que hablar de uno mismo y ocuparse de uno mismo se ha desbordado y ha adquirido rasgos enfermizos. Piénsese en todas esas abarrotadas instituciones psiquiátricas, en los servicios S.O.S. y en otros organismos de prestación de ayuda donde los teléfonos no cesan de sonar. Allí no se hace otra cosa que adentrarse en problemas personales; y los hombres se ocupan de profundizar en sí mismos, cada vez más adentro y más profundamente; y se desentierra cada sentimiento y cada emoción poniéndolos sobre la mesa para contemplarlos y analizarlos desde todos los ángulos.

Es evidente que no se puede comparar a los verdaderos enfermos psíquicos con las personas a las que aquí me refiero. Tampoco se lo puede atribuir a esas gentes como culpa personal. Pero, evidentemente, tiene que ver con el tiempo en que vivimos: un tiempo en que los hombres están llenos de sí mismos, y en el que les agrada ocuparse de sus sentimientos (cf. Pr. 18:2).

Este incharse de uno mismo del que habla el apóstol, ese interés enfermizo y desmedido por uno mismo, es un fenómeno de la época; y conforme o en la medida en que los hombres se van situando en el centro de su interés propio y se ocupan de sí mismos, en esa medida también las instituciones psiquiátricas se verán más llenas, y los psiquiatras mucho más ocupados.

Este fenómeno de la preocupación por uno mismo lo puedes detectar también en el mundo religioso de nuestro tiempo. Hay una extensa corriente de cristianos que preguntan muy expresamente: —¿Qué tiene que decirme a mí la Palabra de Dios?— Esto tiene plena justificación como reacción contra esa

especie de ortodoxia muerta. Debemos mantenernos siempre conscientes de que la Palabra de Dios no vende simplemente verdades generales, y que tampoco pasa sobre mi cabeza para dirigirse a los demás, sino que me habla a mí personalmente. Creer es, además de un asunto comunitario, también y mucho más un asunto personal.

Pero, esto no obstante, en nuestro tiempo, en el cual el *yo* ha adquirido una importancia desmedida, también el acento en el carácter personal de la fe alcanza, a veces, un carácter desorbitado y enfermizo. Entonces, el acento se pone en el *mí* o *me*²: -'¿Qué tiene que decirme a *mí* la Palabra de Dios?' Y te dispones a leer esa Palabra de Dios como si sólo tú estuvieses en el mundo, y la palabra de Dios sólo llegara a ti; haciendo como si sólo estuviese escrita para ti y circulara en torno a ti. Entonces vuelves a inflarte de ti mismo y a hacerte el punto central de todo.

Empero las cosas se hallan de otra manera: *Tú* no eres el punto central, ni *yo* tampoco lo soy. Pero Dios sí lo es. Por lo cual, ciertamente debes hacer y hacerte esa pregunta tan personal, pero es preciso que entonces pongas el acento de otra manera; a saber: -'¿Qué tiene la Palabra de Dios, Dios *mismo*, que decirme a *mí*?' Así es como nuestra vida no se llena de nosotros mismos, sino que se llena de Dios.

Cuando los hombres no están llenos de Dios, sino de *sí* mismos, son tiempos peligrosos, -dice Pablo. Esta es la contraposición o antítesis a la que todo,

2. ¿El acento sobre *mí*, o más bien: *yo personalmente y junto con todos los santos*?: Ef. 1:22b; 3:10 y 18; 4:12; 5:27; 1 Co. 14:34a. Véase también la palabra *mutuamente* o la expresión: los unos de los otros (= recíprocamente): Ro. 12:5; 14:19; He. 10:24; Ef. 4:25.

finalmente, se ha de reducir. Esto sale a relucir en lo que seguidamente cita Pablo: (en los postreros tiempos habrá hombres) amadores de los deleites³ más que de Dios. Serán ávidos de placeres en lugar de temerosos de Dios, y virtuosos; más interesados en sus gustos y placeres y en su vida decorosa, que en Dios.

Los hombres exponen todo por lograr su propio placer. Madrugan con la escarcha y soportan los rigores del calor del mediodía. Pero Dios les tiene sin cuidado: Su Palabra no les deja ni fríos ni calientes; y para hacer la voluntad de Dios no mueven ni un solo dedo.

Esto es el núcleo de todo: Dios ya no tiene lugar alguno en su vida. El hombre debe hacer lugar para su egoísmo y para sus goces. No se ama a Dios, sino a uno mismo.

Versículo 5:

«que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.»

Lo dicho no significa que los hombres ya no podrán ser piadosos, religiosos. Sin duda alguna, que eso puede ocurrir. La imagen que Pablo ha evocado de los tiempos peligrosos en los postreros días, no sólo podrá encontrarse fuera de los muros de la iglesia, sino también dentro de los muros de la misma. El espíritu de egoísmo y afán de placer y de jactancia también penetra dentro de la iglesia

3. Más amor para el placer que para Dios: A.— Podemos gozar, disfrutar: Gn. 2:29; 3:9a; Lv. 25:19; Dt. 20:6; Ec. 2:15; 3:13; 9:9; 1 Ti. 6:17b. B.—Pero también somos avisados: Gn. 3:6 y 9; Pr. 2:16; Mt. 13:22; Stg. 1:15; 1 Jn. 2:16. C.—¿Conocemos también esto: 1) el autodomínio y moderación: Ro. 13:3; Gá. 5:22. 2) el sometimiento de la concupiscencia: 1 Pe. 4:2. 3) el sacrificio: Ro. 12:1?

en todos los tiempos e infecta asimismo a los miembros de la misma.

Serán cristianos que con frecuencia van a la iglesia, y que aún continúan conservando una apariencia, una forma de piedad⁴ y religiosidad. Pues ellos mismos, a veces, no se dan perfecta cuenta de lo que ocurre, y es frecuente que no noten que han venido a caer en las garras del egoísmo, y que han cambiado a Dios por su placer. Piensan que aún sirven a Dios; pero, en realidad, hace mucho que se sirven a sí mismos.

Quien observa esto atentamente, también lo puede ver. Lo externo de su religión y piedad, aún permanece en pie. Pero, por dentro, están muertos. Nada fluye ya de ellos. Ya no hay envidia en ellos; ni hay interés alguno por Dios; ni deseo de formarse en su Palabra; y Dios y Cristo ya no les levantan de sus asientos, por así decirlo. Semejantes miembros socavan por dentro a la iglesia; forman una quinta columna, un caballo de Troya; y a su vez, pueden obrar a modo de infección, y absorber la vida de la iglesia como parásitos.

Por lo cual, Timoteo ha de evitarlos y protegerse contra ellos⁵. En realidad, esta es una traducción bastante suave. Pablo usa una expresión bastante fuerte: Timoteo debe detestarlos, tenerles horror. Pues, si bien son verdad los tiempos peligrosos que Pablo prevee, aún no han aparecido cuando escribe

4. Apariencia de virtud: Mt. 23:14; Lc. 20:47.

5. Mantener a distancia a semejantes personas: 1) para preservar a la iglesia de disputas, errores y escándalos para los pequeños: Ro. 16:17-19; 1 Ti. 5:20; 6:4-5 (Hch. 5:5). Por lo demás, es Cristo mismo quien, mediante el lavamiento de su Palabra, mantiene incontaminada la iglesia: Ef. 5: 26-27; Col. 1:22-23. 2) también para salvar, en lo posible, al pecador mismo: 2 Te. 3:14; 1 Co. 5:5; 1 Ti. 1:20; (cf. Mt. 18:17: la tercera fase en la amonestación).

su carta; pero sí han ocurrido a través de la historia. Por eso Timoteo debe estar atento a esos tiempos.

Los tiempos difíciles que vendrán, no dejan ver fenómenos nuevos, sino más bien una intensificación, una elevación, una enorme ampliación de lo que se puede señalar a través de toda la historia.

Quien tiene abiertos los ojos puede constatar, sin más, que hoy día vivimos los tiempos que Pablo daba a entender. Nos hallamos inmersos en una expansión enorme de egoísmo, afán de placeres y culto al yo; a lo cual califica de tiempos peligrosos. ¿Por qué? —Porque entonces Dios es desechado más y más de la vida. Y esto es lo que Pablo considera mucho más grave que su encarcelamiento y sufrimiento por causa del Evangelio y su martirio. Pues el Apóstol tiene más amor a Dios que a su dicha, y está lleno de Dios y no de sí mismo.

¿Y nosotros? ¿Qué consideramos más grave?⁶ ¿Que los hombres, cada día que pasa, cambien más y más a Dios por sus placeres, o que los precios sigan subiendo vertiginosamente, y que debamos pagar tantísimos impuestos y que, en un momento dado, no podamos saber lo que queremos? Si estas cosas las consideramos más graves que lo que se infiere contra Dios, deberemos preguntarnos si en nuestra vida no hemos dejado que nuestros placeres ocupen la plaza o lugar que corresponde a Dios, y si quizá sólo nos quede la imagen de la piedad, pero hayamos perdido o negado la potencia de esa piedad.

6. Y nosotros, ¿que nos parece más grave? Prioridades en la vida del Cristiano: Mt. 6:32-33; 19:24; 1 Co. 10:24; 13:5; Col. 3:1.

Versículos 6 y 7:

«Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Estas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad.»

La vigilancia de Timoteo respecto a tales miembros destructivos es por demás exigible, puesto que todos ellos ya están operando. A éstos pertenecen los que se meten en las casas y engatusan a mujeres.

Los feministas verán en este texto una prueba de su pensamiento; a saber, que Pablo discrimina a las mujeres, y que no le importan mucho. Pero sólo son unos pocos quienes han dado lugar a este pensamiento. Y en ellos puedes encontrarte con observaciones en este sentido: Las mujeres son una pieza más fácil para los espíritus engañadores que los hombres, porque éstos distinguen y rebaten mejor que las mujeres. Pero no podemos cargar tales observaciones en la cuenta de Pablo; pues aquí no habla de *la* mujer en general; ni colabora en la forma de hablar sobre *la* mujer, tal y como se suele oír: *la* mujer es así; *la* mujer es esto o aquello. El Apóstol se refiere a una determinada clase de mujeres: aquellas que nunca han desarrollado su personalidad, han permanecido infantiles o no han adquirido un desarrollo o madurez verdadera. Por lo cual, siempre se sienten inseguras, no saben si hacen algo bien o si están en lo cierto.

Como es natural, Pablo no intenta decir que esto sea un fenómeno típicamente femenino, y que no ocurra en los hombres; pues tiene suficiente conocimiento del hombre como para saber que también los hay sin un desarrollo suficiente de su persona-

lidad. El hecho que Pablo aquí califique así sólo a mujeres, se debe únicamente a que se apoya en lo que allí ocurría: los espíritus mentirosos actuaban durante el día. Por lo cual, ¿a quién encontraban en casa? —Por lo general, sólo a mujeres. Nada conseguían de las espiritualmente maduras y sensatas; pero, de las inmaduras y volubles les era demasiado fácil conseguir lo que querían: éstas siempre tienen algo que les acusa; están llenas de sentimientos de culpabilidad —a veces por pecados reales—, pero muy frecuentemente por pecados imaginados. Respecto a los primeros, nunca tienen el convencimiento de que les han sido perdonados, y cavilan constantemente sobre ellos. Y, por lo que se refiere a los pecados imaginados, no hay quien se los quite jamás de su cabeza; y se atormentan con el pensamiento de que, en este aspecto, han sido negligentes.

Todo esto les hace depresivas y desesperanzadas; pero, sobre todo, intranquilas y agitadas. De ahí que emprendan toda clase de cosas. Quieren todo; se ven empujadas por todo tipo de deseos; y cada vez que se entregan a algo nuevo tienen la ilusión de que con ello encuentran provecho, y de que ello les da tranquilidad. Pero, se hace evidente, que no la pueden encontrar en ningún sitio; y después de algún tiempo, retroceden nuevamente desilusionadas.

Este fenómeno también se repite con relación a la verdad cuando la buscan; pues la verdad da paz y significa un asidero firme y seguro; y suspiran por ella. Pero siempre se encuentran con dudas y preguntas; pues, a su entender, nunca reciben una respuesta concluyente. Por lo cual, jamás llegan al reconocimiento de la verdad.

Entonces, los falsos maestros que penetran hasta ellas, pueden cazarles fácilmente dedicándoles

mucha atención. Con lo cual, esas mujeres reciben la impresión de que, al fin, hay alguien que les comprende y puede ayudar. Y esto, especialmente cuando los falsos maestros les prometen que su pecado y culpa no sólo están perdonados, sino también que ellas los pueden vencer y suprimir de su vida con tal que sigan al detalle las instrucciones que se les dan. Con lo cual, estas mujeres vienen a estar bajo la influencia de espíritus malos, y a ser totalmente dependientes de ellos.

Pero, de este modo, no se desarrollan ni se hacen libres espiritualmente. Al contrario; vienen a estar aun más atadas; son hechas esclavas, —dice literalmente el Apóstol. Pues, son encadenadas a falsos maestros, y hablan y obran como ellos; aunque no por propia elección y libre voluntad, sino por su esclavitud y dependencia total de ellos.

Esto, como es natural, no les da tranquilidad; aunque primero piensen que, al fin, la encontraron. Pues, con el paso del tiempo, descubren que no es verdad; porque la esclavitud nunca se deja disfrazar como libertad. Y, cuando esas mujeres descubren esto, su hallazgo les viene demasiado grande. Los falsos maestros ya les han desviado totalmente del camino.

Versículo 8:

«Y a la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe.»

A estos falsos maestros tampoco les interesa la verdad. Precisamente están contra la verdad. Pablo los compara con Janes y Jambres, amigos de Moisés en el palacio de Faraón.

Estos dos nombres también los encontramos en el libro Éxodo, capítulos 7 y 8, donde se relata la oposición de los adivinos egipcios. Proceden de tardíos comentarios judíos al mencionado libro, donde se cuenta de ellos toda clase de leyendas. No es imposible que estos nombres hayan nacido en la fantasía de los comentaristas judíos; lo cual no es tan importante, pues todos sabían a lo que Pablo se refería al citar estos nombres: a la oposición de aquellos adivinos contra la verdad; es decir, contra Moisés.

Exactamente igual que los adivinos del palacio de Faraón, también estos falsos maestros se oponen a la verdad. Los adivinos procedieron así, afirmando y dando a entender, que podían hacer otro tanto que Moisés. Y los falsos maestros obran de la misma forma: hacen como si pudieran ofrecer lo mismo que ofrece la verdad: tranquilidad, victoria y paz. Pero, en realidad, están en contra de la verdad. Su manera de pensar está corrompida; y su fe no puede resistir si se la pone a prueba.

Versículo 9:

«Pero no irán más adelante; porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos.»

Por lo cual, su influencia también permanecerá limitada. Precisamente como los adivinos en Egipto, primero causaron impresión por hacer lo mismo que Moisés; pero, más tarde debieron reconocer su impotencia y se hizo evidente su insignificante poder, así también los falsos maestros, transcurrido el tiempo, reconocerán de pleno su incapacidad, y perderán mucha de su influencia.

Versículo 10:

«Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia.»

Pero Timoteo no ha ido tras ningún falso maestro, ni ha seguido a alguien que pronto o tarde tendrá que declarar como engañador, sino a Pablo: su doctrina de la salvación por la fe en Cristo; su manera de vivir (pues la vida nunca está desligada de la doctrina; y la vida del Apóstol siempre estuvo en consonancia con la doctrina que traía); en su lucha por estar siempre a disposición de Cristo y del progreso del Evangelio; en su fe y en su paciencia con los hombres; y en su amor con que todo lo soportaba; así como también en su perseverancia.

Versículo 11:

«persecuciones, padecimientos, como los que me sobrevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra; persecuciones que he sufrido, y de todas me ha librado el Señor.»

Pablo tenía realmente necesidad de esa perseverancia, dadas las persecuciones que hubo de resistir y el padecimiento personal correspondiente. Como ilustración al respecto, Pablo cita lo que le aconteció en Antioquía, Iconio y Listra durante su primer viaje misionero: en Antioquía, fue perseguido; en Iconio, le amenazaron malos tratos y lapidación; y en Listra, llegaron a apedrearle (cf. Hch. 13 y 14).

El porqué Pablo recuerda precisamente estos ejemplos de la larga lista de las persecuciones que le tocó sufrir, no es difícil de adivinar. Mientras ocurrían los citados acontecimientos, su discípulo era un recién llegado a la fe en Cristo.

Timoteo vivía en Listra⁷; y allí escuchó la predicación de Pablo, cuando apenas acababa de llegar en su primer viaje misionero. Entonces fue testigo del apedreamiento de Pablo, y conoció la firmeza y perseverancia del mismo; y cómo su fe superó la prueba de la persecución; y asimismo el amor del Apóstol. Todo esto había arraigado en él y le había llevado a la fe y al seguimiento de Pablo.

Y esto es lo que en este versículo quiere decirle: -'Recuerdas aún, Timoteo, bajo qué circunstancias llegaste a la fe?' Pues esto ha seguido siendo así desde entonces: ¿¡Cuántas persecuciones no he tenido que sufrir ya!? Pero, los enemigos del Evangelio no lograron con ellas lo que pretendían. ¡De ninguna manera! Porque el Señor me libró de todas ellas.

¿De todas?, -preguntamos. Al parecer, Pablo se olvida que ahora está preso, y que su sentencia de muerte se cumplirá dentro de poco. Y, así, propiamente debía decir: el Señor me libró de todas, *menos de una*.

Pero, quien recordara esto a Pablo, tendría que oírle responder: -'No has comprendido lo que quise decir'. Pues, si Pablo dice '*todas*', también quiere referirse a todas, inclusive su actual encarcelamiento y su próxima sentencia de muerte. Porque, ¿qué es lo que, a fin de cuentas, contiene salvación (= liberación) para él? -La entrada en el reino de Dios. Por eso puede hablar de salvación y de liberación a través de la muerte (cf. 2 Ti. 4:18).

Esta es una forma de hablar y de pensar totalmente distinta a como lo hace el hombre moderno, porque ha perdido una dimensión de la reali-

7. Timoteo procedente de Listra: Hch. 16:1.

dad: Dios, la nueva existencia, la entrada en el reino de Dios. Lo cual no es una realidad para él, y por eso no cuenta con ello en su manera de pensar. Así que, el hombre moderno tampoco podrá aceptar nunca la actitud de Pablo respecto a las persecuciones. Una actitud en la que también Timoteo debe seguirle.

Versículo 12:

«Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución;»

Para el apóstol Pablo, las persecuciones forman una parte inseparable del camino hacia el reino de Dios. Esto ya lo había aceptado después de ser apedreado en Listra. Y, cuando poco después, volvió a visitar Listra, Iconio y Antioquía, amonestó a los creyentes en aquellas ciudades: 'Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios' (Hch. 14:22). Ya entonces lo había oído de boca de Pablo; y ahora vuelve a leer lo mismo: 'todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución'. Pues un cristianismo que no es perseguido, sino que es un buen 'amiguete' del mundo, ha negado el escándalo de la cruz. Porque ser verdadero cristiano y ser perseguido se corresponden mutuamente de modo inseparable.

¿Qué haremos con estas palabras de Pablo en nuestra vida tan ordenada y llena de lujos? Bueno es que no perdamos de vista un par de cosas.

Primera: En algún lugar he leído, que probablemente nunca fueron perseguidos y martirizados tantos cristianos como en nuestro siglo. Lo cual, quizá te sorprenda oírlo; pues siempre pensaste que las persecuciones de cristianos —con algunas excepciones—

pertenecían al pasado, y que sólo formaron parte de un pasado de barbarie que ha sido superado. Si es así, bueno será que despiertes de ese sueño; pues, también en nuestro tiempo, están en pleno auge persecuciones de cristianos en muchos países.

Segunda: Acerca de esto mismo, debemos reconocer, que hemos llegado a vivir de modo creciente en una sociedad que, por lo que respecta a su patrón de vida, se vuelve cada vez no sólo menos cristiana, sino hasta anticristiana. Pues las normas evangélicas desaparecen más y más de ella; y en ese ambiente, los que quieran vivir piadosamente, deberán decir: -'¡No, y no!', con mucha más frecuencia. Por lo cual, provocarán oposición, y serán considerados aguafiestas; y esto puede conducir fácilmente a determinadas formas de persecución. Así que no debemos pensar, que a nosotros nunca nos ocurrirá algo así.

Por lo demás, tampoco nosotros debemos tener miedo de eso. Pablo no lo tiene, aunque sabe lo que le va a ocurrir. Para él, las persecuciones y el dolor no significan algo terrible; porque está convencido de que forman la ruta hacia el reino de Dios. Pablo no infunde a Timoteo temor hacia ellas; ni le aconseja cómo librarse de las mismas; ni le pone nervioso con lamentos. Antes bien, con prudencia y tacto dice a Timoteo y a todos nosotros: -'¡Estad preparados para ellas!' Pablo las tiene en cuenta; pues todos los que como cristianos quieren vivir piadosamente, serán perseguidos⁸.

8. Las persecuciones no son anormales: Mt. 5:10-12; Lc. 21:12-19; Jn. 15:18-20; Hch. 14:22; 1 Pe. 4:12.

Versículo 13:

«mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.»

Aquí Pablo piensa en los falsos maestros, en aquellos que resisten la verdad y se oponen al Evangelio; los cuales irán de mal en peor puesto que engañan a otros y, al mismo tiempo, a ellos mismos.

Debemos dejarnos penetrar de la contraposición del versículo anterior. Quienes quieren vivir como cristianos, serán perseguidos; pero los que se oponen a la verdad, irán de mal en peor.

¿Ves, pues, cómo el Evangelio pone boca arriba todas las normas? ¿Te das cuenta cuán revolucionario es? ¡Mucho más que el marxismo o cualquier otra revolución cultural!

Quienes se oponen a la verdad, no tendrán molestia alguna de las persecuciones cuando los cristianos sean perseguidos; podrán mirar tranquilamente las imágenes que la TV ofrezca de las persecuciones, y también comer y beber y hacer fiesta sin que nadie les moleste. Según todas las normas humanas, se lo pasarán mucho mejor que los cristianos perseguidos.

Pero el Evangelio dice: -'¡Eso no es verdad!' Porque, quienes quieran vivir piadosamente en Cristo, serán perseguidos; pero los que rechazan la verdad, irán de mal en peor; y cada vez se apartarán mucho más de la salvación en el reino de Dios (cf. Ap. 22:11). Pues, ¿qué fue lo que dijo Cristo? -'Bienaventurados (= dichosos) los perseguidos por causa de la justicia; pues para ellos es el reino de los cielos' (Mt. 5:10).

Versículo 14:

«Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;»

Para Timoteo sólo hay una manera de no ser engañado y de que él mismo no engañe a otros: permanecer en lo que ha aprendido y le ha sido confiado, en lo que ha sabido aceptar como digno de fiabilidad; a saber, en el Evangelio de la salvación por Cristo Jesús, y en toda la Palabra de Dios. Esto debe retener firmemente, y en ello persistir. Pues, sólo si retenemos fuertemente el Evangelio, permanecemos en él y no lo esquivamos, no caeremos ni nos descarriaremos del buen camino.

Para Timoteo, Evangelio y tradición coincidían bastante. De Pablo había aprendido el Evangelio acerca de Cristo. Lo cual era tradición verbal, por la predicación y las conversaciones acerca del mismo; puesto que él, a diferencia con nosotros, no disponía del Nuevo Testamento. De ahí que para él no existía aún diferencia entre tradición y Evangelio.

Esto es distinto en nuestro caso. Nosotros ya no podemos identificar más tradición y Evangelio; pues, a lo largo de los tiempos, se han introducido en la tradición toda clase de elementos que no se pueden encontrar en el Evangelio. Por eso mismo, tradición y Evangelio han crecido separadamente. A veces, incluso llegaron a oponerse mutuamente. De ahí que no nos esté permitido identificarlos⁹, sino que debemos distinguirlos siempre de un modo profundo y tajante.

Para Timoteo, en cambio, este asunto era diferente. Lo que Pablo le había enseñado y aquello en

9. La tradición que no se atiene a la Palabra de Dios: Mc. 7:13.

lo que había confiado, era el Evangelio mismo, sin añadiduras humanas. Por eso Pablo puede decir llanamente: —‘Persiste en lo que has aprendido; no te apartes del Evangelio’.

Este mismo encargo tiene validez para nosotros respecto al Evangelio; pero no en la misma medida en lo que toca a la tradición. En cualquier momento, podemos chocar con cosas de la tradición, que no nos está permitido aceptar. Y pudiera ocurrir que debamos huir de la tradición para poder mantenernos en el Evangelio; pues no podemos dar a la tradición un carácter absoluto e inmutable, que sólo le corresponde al Evangelio. Así que debemos mantener muy conscientemente la diferencia entre ambos.

Pero este no era el caso de Timoteo; pues él había recibido el Evangelio de primera mano; y apartarse del Evangelio así trasmitido habría significado para él, venir a parar en un camino falso, y conducir a otros por una senda de error.

Versículo 15:

«y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe en Cristo Jesús.»

Además del Evangelio de Jesucristo que ha aprendido de Pablo, Timoteo también debe mantenerse firme en las Sagradas Escrituras —que ahora conforman y llamamos Antiguo Testamento—; y que él conocía desde su niñez. Pues, como cualquier niño judío, había crecido entre ellas: desde sus cinco años —como estaba establecido entre los judíos— había aprendido a leer en ellas.

Entonces aún no conocía a Cristo. Pero, desde que le conoció, su conocimiento también se ahon-

dó y agrandó en el Antiguo Testamento; lo cual no impide que el conocimiento adquirido en su niñez y juventud, sea la base de su conocimiento actual.

El conocer¹⁰ las Sagradas Escrituras –a las que también pertenece ahora para nosotros el Nuevo Testamento–, es de importancia esencial. Ello te hace sabio respecto a tu salvación; pues allí está escrito cómo eres salvo por la fe en Jesucristo. Así que, una vez que Timoteo conoció a Jesucristo, vio cumplidamente cómo, ya en el Antiguo Testamento, se habla de él y de su obra de salvación.

Por consiguiente, las Sagradas Escrituras te hacen sabio con vistas a la salvación; y son una guía en la que está descrito claramente cómo eres salvo. Con lo cual, también ellas son el LIBRO más importante que existe para el hombre.

En la vida ordinaria, hay libros que pueden ser importantes para indicarte cómo puedes salvarte en determinadas circunstancias peligrosas; pues están pensadas para proteger la vida en esos momentos. Por lo cual te hacen saber cómo puedes salvarte de situaciones difíciles.

De forma parecida, Dios nos ha dado una directriz con relación a nuestra salvación del pecado y la muerte. No dice en ella cómo salvarnos a nosotros mismos –pues no existe tal posibilidad–, sino cómo podemos ser hechos salvos por la fe en Jesucristo.

De este tema están llenas las Sagradas Escrituras; y nos lo dejan ver a través de infinidad de ejemplos e instrucciones. Asimismo nos permiten conocer cómo Dios ha obrado esa salvación; y nos

10. El Antiguo Testamento (la Sagrada Escritura) es ahora mucho más firme porque vemos la profecía cumplida en el Evangelio: 2 Pe. 1:19. Y en 2 Pe. 3:16, el apóstol Pedro ya cuenta también las cartas de Pablo como pertenecientes a las 'Escrituras'.

aseguran que aquella es la única manera de ser salvos; lo que también ilustra con ejemplos muy claros. Por consiguiente, el conocer las Sagradas Escrituras es de vital importancia para el hombre.

Versículo 16:

«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.»

Pero las Sagradas Escrituras también tienen otras facetas: son útiles para enseñar.

Para esto nos fueron dadas: para dejarnos enseñar por ellas, y para enseñar a otros. Así pues, si quieres hacerte sabio para salvación, debes dejarte instruir por ellas. Para lo cual, debes querer ser su alumno, su discípulo.

¿Qué es característico de un discípulo? –Concretamente, que se subordine a su maestro. Cuando un alumno se sitúa por encima de su maestro, y se comporta como superior a él, no es adoctrinado; porque no tiene afecto alguno a la enseñanza. Para poder recibir u obtener pleno éxito de la enseñanza, debemos, por así decirlo, entregarnos a las Sagradas Escrituras; pues, de otra forma, no nos hacemos sabios para salvación; ya que permanecemos engreídos y presuntuosos.

Sólo quien se hace a sí mismo discípulo de las Sagradas Escrituras, y se deja instruir por ellas, puede –a su vez–, transmitir a otros la doctrina de las mismas. Por eso es tan importante que Timoteo persista en lo que ha aprendido; pues, si se aparta de ello, y presta oídos a sus propias ideas y filosofías, no es apto para su ministerio.

Aún hoy día, la pregunta central sigue siendo esta: –¿Queremos ser discípulos de las Sagradas Escri-

turas, y dejarnos enseñar por ellas? ¿Estamos dispuestos a dejar corregir e incluso abandonar nuestras ideas por aquellas? ¿Quizá intentamos eludir las enseñanzas de las Sagradas Escrituras? ¿Acaso nos colocamos sobre ellas? ¿Cojemos de ellas sólo lo que nos cuadra o agrada?’

Las Escrituras también son útiles para redargüir.

La traducción del original «redargüir», la encuentro algo negativa. Redargüir no va más lejos de *rechazar razonando y argumentando*. Pero, en la palabra que Pablo emplea, además de eso, se trata más bien de *convencer*.

Esto hacen las Sagradas Escrituras; y quien quiere ser discípulo de ellas, y dejar iluminar su vida por ellas, cae convencido de su pecado y vanidad. Pues sacan a la luz las manchas de tu vida y tu pensar corrompido. Y no sólo rechazan esto y lo redarguyen, sino que también te convencen de que es equivocado y pecaminoso. Así que las Escrituras te convencen de tu sinrazón y equivocación, y de que no puedes hacer otra cosa que arrodillarte ante Dios.

Este es el poder de las Sagradas Escrituras: Te convencen de tus pecados, de tu perdición y desorientación. Lo cual es muy necesario; pues, cuando lo que eres, piensas y haces sólo es rechazado, redargüido y combatido, te arrastras en una actitud de oposición, resistencia y defensa. Pero cuando eres convencido de eso mismo, te entregas a Dios; y tus ojos se abren a lo que no veías ni querías ver.

Este es el poder de la Palabra de Dios: Abre tus ojos como hizo con David; el cual, durante muchos meses, se había acorazado en su maldad y había pasado por alto sus propios pecados. Los quiso desvanecer y ocultar. Pero, entonces llegó hasta él la Palabra de Dios por medio de Natán, y le dijo: —‘...¡Tú eres ese hombre!’ Esto le atravesó el cora-

zón, y le convenció de pecado y le llevó al arrepentimiento: -'¡Yo he pecado contra el SEÑOR!' (cf. 2 S. 12:7 y 13).

También nosotros tenemos necesidad de ser convencidos continuamente de nuestros pecados y equivocaciones. Pues, de lo contrario, crecemos en nuestros pecados; y caemos cada vez más lejos en la angustia y asfixia del pecado. Por lo cual, también en este aspecto, es muy importante que nos abramos a la Palabra de Dios.

Esta Palabra es igualmente útil para corregir.

Pablo dice, literalmente, algo así como: volver a enderezar, poner derecho. Pues, cuando un hombre es convencido de pecado, y se abren sus ojos a lo que, quizá sin darse cuenta, ha hecho, entonces muy frecuentemente se apodera de él un sentimiento de abatimiento y vergüenza. El convencimiento o conciencia de su pecado le aterra; se sabe caído y sólo preferiría permanecer escondido en un rincón.

Pero lo maravilloso de la Palabra de Dios es que no deja al hombre yacer en el desconsuelo y consternación; sino que le pone derecho, le corrige nuevamente, anunciándole el perdón de su pecado y la liberación del lastre del mismo. Quien es convencido de pecado por medio de las Sagradas Escrituras, no precisa experimentarlo como una humillación, sino como una liberación.

Entre los hombres, es frecuente que esto ocurra de otra manera. A veces, usan los pecados de alguien como un medio para humillarlo, para plantarlo de rodillas, y decirle: -'¿Recuerdas bien lo que hiciste? Si lo hubiera hecho yo, hubiera preferido que me tragara la tierra'. Así es como los hombres, a veces, echan en cara a otros sus pecados; y, de esta forma, les tienen bajo su poder y les someten a chantaje que es la forma de poder más grosera.

Pero la Palabra de Dios no hace esto. No nos humilla ni nos empequeñece, sino que nos pone derechos nuevamente, nos endereza, nos corrige. Así hizo con David; quien, cuando dijo: -'¡He pecado contra el SEÑOR!', entonces vuelve la Palabra de Dios a él, y le dice: -'¡El SEÑOR ha perdonado tu pecado!' Estas palabras le liberan, le ponen de nuevo sobre sus pies ante Dios y ante los hombres. Y David compone el Salmo 32: '... con cánticos de liberación me rodearás' (v. 7). Pero el SEÑOR no le lee la cartilla, no le soterra ni le humilla con ironías. Nada de eso. David lo ha comprendido muy bien, y puede cantar, porque la Palabra de Dios perdonadora le ha levantado sobre sus pies, y le ha liberado.

Pero esto no es todo.

La Palabra de Dios aun hace más, porque es útil para instruir en justicia. Aquí, justicia significa: una conducta, un caminar según la voluntad de Dios; y, para este fin, nos alimenta la Palabra de Dios. Luego, quien deja a la Palabra de Dios obrar en él y se abre totalmente a ella, sigue un curso en la verdadera conducta cristiana.

Cuando, a este respecto, alguien pregunta: -'¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo pueden hacerlo las Escrituras? ¿Cómo pueden cambiar completamente a los hombres y darles otro punto de orientación y liberarles de sus pecados?' -He aquí la respuesta del apóstol Pablo: 'Pueden, porque han sido inspiradas¹¹ por Dios'. Pues, en las Escrituras nos encontramos con algo más que palabras de hombres, nos encon-

11. Toda la Escritura es *inspirada* (en griego: Theo-pneustos: respirada de Dios). 'Santos hombres hablaron inspirados por el Espíritu Santo': 2 Pe. 1:21. Acerca de la 'inspiración de la Biblia', véase cómo Jesús reconoce el Antiguo Testamento: Mt. 4:4, 7 y 10; 19:4; Jn. 5:39; 10:34-36.

tramos con la Palabra de Dios mismo; y sólo él puede convencernos realmente de pecado, liberarnos de ese pecado y hacer florecer en nosotros una vida nueva; y lo quiere hacer por medio de su Palabra.

Alguna vez se nos pregunta: -'¿Cómo puedes saber que la Biblia es la Palabra de Dios?' A lo cual, hablando con propiedad, sólo hay una respuesta posible y acertada: -'¡Abre tu corazón a ella! ¡Hazte discípulo de la Biblia! Entonces lo experimentarás con la vivencia de esa pregunta; y aprenderás a ver quién eres tú; y acertarás a ver tu corrupción y tu perdición. Pero esta penetrante visión de ti mismo no te derrotará ni te dejará manco, sino que obrará en tu liberación, porque Dios está a favor de ti con su perdón y salvación; y tú mismo te sabes entonces resucitado a una vida nueva. Así es como la Biblia se demuestra en tu vida como Palabra de Dios haciéndote un hombre de Dios'.

Versículo 17:

«a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.»

Hombre de Dios. Tú caíste de tu propio pedestal; pero Dios te ha vuelto a poner en pie. No nuevamente sobre tu propio pedestal, sino ante su presencia. Así es como has sido hecho hombre de Dios: un hombre que ha de agradecer su vida a Dios, a su perdón y salvación en Cristo, y cuya vida ahora es determinada y marcada y legalizada por él. Dios se ha convertido en el centro de tu vida. Ahora eres un hombre de Dios¹².

12. Hombre de Dios, sellado por Dios; gobernado por el Espíritu Santo: Ro. 7:4; 8:10 y 15; 1 Co. 1:30; 2 Co. 3:16-18. Especialmente si ese hombre tiene un encargo en la iglesia como Timoteo: 1 Ti. 6:11 cf. 2 R. 1:9 (: 'Varón de Dios').

Y, si a partir de ahora permaneces en su Palabra y te dejas instruir siempre por ella, vienes a estar como te corresponde y debes: «preparado¹³ para toda buena obra».

Cuando al llegar el tiempo de tus vacaciones, deseas pasar unos días bajo una tienda en el campo, lo prudente es que previamente hagas una lista de las cosas que necesitarás. Si no lo haces así, corres el riesgo de olvidar todo tipo de cosas; tu preparación y pertrechamiento no serán completos; y te surgirán dificultades tanto en el camino como en el camping. Sólo si tomas buena cuenta de lo que para ello necesitas, partirás como corresponde a un campamentista avisado y prudente. Pues estarás completamente preparado de forma que podrás solventar y apear con todos los problemas que conlleva acampar.

13. Timoteo mismo debe pertrecharse, especialmente, para toda obra buena, e incluso vestirse la armadura de Dios (Ef. 6:11; Col. 3:12), con el fin de no sólo poder hablar conforme a las palabras de Dios (1 Pe. 4:11), sino también de enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia (2 Ti. 3:16).

Así pues, oh Timoteo, ¡conserva todo lo bueno que te ha sido confiado por el Espíritu Santo que mora en ti, y haz lo que, como hombre de Dios, te corresponde hacer!

CAPÍTULO 4

Versículo 1 y 2:

«Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.»

Puesto que la Palabra de Dios es tan importante para los hombres, Pablo encarece con énfasis especial a Timoteo, que predique esa Palabra; y se lo suplica ante Dios y Jesucristo. No se trata de un juego, sino de un encargo de Dios y de Cristo mismo.

La predicación del Evangelio no es una afición personal, sino una necesidad puesta por Dios. Y, 'ay de mí, si no lo hago', viene a decir Pablo en 1 Co. 9:16. Esto también va con Timoteo; pues se halla bajo esta misma necesidad. Pablo lo subraya una vez más recordando el juicio final. Entonces aparecerá si los predicadores del Evangelio han cumplido con su cometido (cf. 1 Co. 3:12-15).

Quien es llamado a la predicación del Evangelio, recibe una misión responsable; y quien la toma un poco a la ligera, o esconde la Palabra de Dios bajo sus propias palabras y verborrea, no se da cuenta que Cristo juzgará a los vivos y a los muertos, y que entonces se le pedirán cuentas de la forma como desempeñó su tarea.

Este juicio futuro es firme y seguro; es tan cierto como el hecho que Cristo se manifestará y establecerá su reino aquí en la tierra para siempre. Este convencimiento diario es un estímulo para los predicadores del Evangelio a fin de que no decaigan en el anuncio de la Palabra de Dios.

Por lo demás, es natural que no sólo para los predicadores del Evangelio es importante estar convencidos de esto. Cristo se manifestará nuevamente. ¿Esperamos esto todos? Si Cristo, por decirlo de alguna manera, nos está esperando hoy y mañana en la acera de la calle, ¿verdad que ello no nos coge desprevenidos? Nuestra vida está destinada a esto. ¿Estamos listos para recibirle y participar¹ en su reino, o no? Pablo estaba preparado para ello. La aparición y realeza de Cristo tomaron un lugar importante en su vida y pensamiento. Esto también corresponde que sea así en Timoteo, quien debe cumplir su tarea convencido de lo mismo.

Esta tarea consiste en la predicación de la Palabra de Dios: *LA PALABRA*. Los hombres tienen *una* palabra que decir; pero los predicadores del Evangelio no deben llevar *una* palabra, sino *la* Palabra de Dios. Nada menos y nada más. Y han de estar preparados para ello, a tiempo y fuera de tiempo.

Las gentes –también los hombres y mujeres cristianos– no siempre están listos, preparados o dispuestos a escuchar esa Palabra; concretamente cuando ella quiere segar cosas en su vida que ellos no quieren soltar. Entonces intentan eludir, desligarse y protegerse de ella.

‘No te adaptes a estas formas de obrar’ –quiere decir Pablo. ‘También en estos casos debes tener

1. Participar en la realeza: cf. nota 8 en 2 Ti. 2:12.

dispuesta la Palabra, y anunciársela. Si notas que aquí o allá crece oposición al Evangelio, no debes abandonar la predicación del mismo. En esos casos, deja hablar a la Palabra de Dios'.

Por desgracia, ocurre con mucha frecuencia que, en tales situaciones, no se deja hablar a la Palabra, sino que se intenta convencer a las gentes con otros argumentos: con normas honrosas, con moral ciudadana, con amenazas o con inteligencia, etc. Pero semejantes argumentos no tienen el poder de la Palabra de Dios. En cualquier caso, precisamente estorban la operatividad de la Palabra de Dios. Por lo cual, entonces es importante dejar que sólo hable la Palabra de Dios; pues ella tiene poder para romper la oposición y convencer; y, de esta manera, volver a colocar a las gentes en el buen camino.

Por consiguiente, —dice Pablo—, ten dispuesta siempre esa Palabra; redarguye con ella donde sea necesario; y reprende a las gentes dejando hablar a esa Palabra. Pero no lo hagas sin doctrina y con impaciencia, sino con toda la paciencia posible y con enseñanza.

Quien no tiene paciencia con las gentes que deben ser corregidas, obtendrá muy poco de ellas; y en estas situaciones también es importante la doctrina; pues, por causa de su ignorancia, es muy frecuente que las gentes se descarríen; porque ignoran lo que la Palabra de Dios enseña acerca de tal o cual punto. Y es que aún hay mucha ignorancia tocante a la voluntad de Dios en puntos concretos; y aún se tiene poca visión en la Palabra de Dios y en las directrices prácticas que ella da para la vida ordinaria. Por lo cual, no sólo se les ha de decir a las gentes lo que no deben hacer, o es equivocado, etc., sino que también se les ha de poner en claro

el porqué no deben hacer esto o aquello. Y se les debe exponer claramente cómo la Palabra de Dios habla acerca de todo eso. Así que Timoteo –y cualquier otro predicador del Evangelio– debe seguir estas normas de actuación; ésta es su misión.

Versículo 3:

«Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias.»

Dedícate a esto –dice Pablo–, pues ahora tienes ocasión para ello; aún están ahí las posibilidades: la Palabra de Dios aún tiene resonancia y autoridad en la iglesia; y aún domina en la iglesia el convencimiento de que uno debe inclinarse ante la Palabra de Dios, aunque te mencione cosas no tan agradables. Ahora tienes aún expedito el camino para anunciar la Palabra de Dios, y poder difundirla. Aprovecha esa posibilidad; explótala; no dejes pasar la ocasión de llevar a los otros el mayor conocimiento y visión posibles acerca de la Palabra de Dios. Pues llegan tiempos en que te faltará esa posibilidad, porque los hombres no soportarán más la sana doctrina.

En verdad que esto es muy curioso: la doctrina con la que te mantienes sano (cf. 1:13), ya no la soportan más; ni se pueden fiar más de ella. Lo cual sólo puede tener un único origen o causa: su estómago está corrompido, estropeado.

Les pasa como a las gentes que han pasado un tiempo en un campo de concentración: por la falta de comida o por su mala calidad adelgazan y sufren anemia. Pero, una vez liberadas, no pueden soportar las comidas normales, sanas y nutritivas. De-

ben, pues, hacerse, acostumbrarse a ellas, para que no les caigan pesadas en su estómago.

Pero el apóstol Pablo no tiene presente este grupo de gentes, sino el que se ha mimado y consentido a sí mismo, el cual se ha dedicado a seleccionar y sólo tiene interés o apetito en chucherías y golosinas ligeras según su propio gusto.

Estas gentes amontonan maestros según ese su gusto personal. Cuantos más pueden conseguir, tanto más les agrada; pues constantemente desean, que les sean metidas por la boca sus propias golosinas escogidas; y se implan de ellas. Es como un tipo de calmante, con el cual se emborrachan. Piensan que el Evangelio es una especie de tarta de nata, y la predicación del Evangelio un festín sabroso para golosos. Y así, quieren desmayarse en él, y ser halagados por él y dormirse acunados en el mismo.

Pero el Evangelio no es un estimulante de esos, sino un poder para salvación (cf. Ro. 1:16). Cuando Marx dice, que la religión es opio del pueblo, es verdad en el sentido de que hay muchas gentes que se emborrachan de su religión; pero esto no tiene nada que ver con el Evangelio; y Pablo avisa precisamente contra esto. Pues, viene a decir: 'Vendrá tiempo cuando los hombres quitarán todo su poder a la Palabra de Dios, para hacerla un estimulante, una dosis de adormidera o cosa similar. Tómate -se te dirá- una píldora de religión, y el mundo y tu propia vida volverán a tener color de rosa. Verás cuán contento de ti mismo estarás'.

Versículo 4:

«y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.»

Pero no es así, –dice Pablo. Quien hace ese uso del Evangelio, se engaña a sí mismo. Quizá piense que se ocupa del Evangelio; pero, en realidad, se ha apartado de la verdad; y se dedica y entretiene con un mito.

El Evangelio no es un medio estimulante; ni un coche–cisterna que esparce agua de azúcar; sino que te hace sabio para salvación; y con ello penetra en tu vida cortando todo tipo de cosas. Lo cual puede ser una intervención muy dolorosa; pero es necesaria para hacerte sabio para salvación.

El Evangelio no te adormece. Precisamente sobresalta tu sueño; lo cual es algo que no gusta al hombre, pues quiere que se le deje en paz: –‘¡No quiero monsergas a mi lado!’ –dice. Esta es la razón de por qué los hombres apartarán su oído de la verdad: no quieren ser molestados; no quieren mirarse en el espejo que el Evangelio les pone delante. Quizá encuentren muy hermosos el Evangelio y la religión mientras no remuevan su tranquilidad, ni perturben su patrón de vida y no pongan su vida patas arriba.

Pues bien, –dice Pablo– para eso debes acercarte a los mitos; ellos dejan intacta tu vida; los puedes escoger según tu gusto; y también puedes formarte en torno a ellos una vida religiosa en la que tú mismo te proteges contra el Evangelio.

La deformación del Evangelio en un estimulante religioso según el gusto propio puede ocurrir de múltiples maneras. Haciéndolo un estimulante religioso horizontalista y ecumenicista, o verticalista y revolucionario; una píldora hereje, o una tableta ortodoxa.

Este peligro también nos amenaza a nosotros; y quizá se encuentra más cerca de lo que imagina-

mos. El peligro de que esperemos que el predicador del Evangelio sea un bonito fuego artificial intelectual, sentimental o artístico se halla muy cerca de nosotros. También Israel sucumbió por esto (cf. Ez. 33:30-33). En Babilonia, los israelitas iban en masa hasta Ezequiel para escucharle. Se diría, que tenían hambre de la Palabra de Dios. Pero el SEÑOR dijo al profeta: -'No te dejes engañar por las apariencias; mira más allá de ellas. Las gentes sólo te encuentran interesante y enternecedor. Lo que les dices es para ellos únicamente una especie de entretenimiento, un estimulante. Gozan con ello; pero su corazón y su vida no son tocados y cambiados por tu palabra'.

Esto mismo puede acontecer hoy en día. Las gentes pueden salir entusiasmadas de la iglesia, y decirse mutuamente: -'Fue estupendo! ¡Qué bien ha vuelto a predicar!' Y luego entretenerse en discutir amigablemente tomando café, mientras su corazón piensa, por ejemplo, en ganancias desmedidas.

Asimismo podemos tomar la actitud de querer oír sólo aquello que ya sabemos, o de protegernos cuando el Evangelio nos señala con el dedo. Podemos quedar llenos de una predicación sobre la paz y el consuelo, y hacer uso de ellas como un estimulante embriagador, de forma que no tomemos remedio contra el mal de nuestra vida, y lo dejemos estar y ganar terreno.

En todos esos casos, escuchamos selectivamente: todo según nuestros propios deseos y necesidades. Pero entonces deformamos el Evangelio en un estimulante religioso y en un medio de aturdimiento; lo cual significa lo mismo que apartar tu oído de la verdad, -dice Pablo.

Versículo 5:

«Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.»

Pero tú, Timoteo, permanece sobrio en todo –le dice Pablo. No te dejes aturdir; ni te dejes conducir hacia una predicación selectiva, ni acomodarte al gusto de las gentes.

Si permaneces predicando fielmente toda la Palabra de Dios; y en la predicación también señalas el mal y no lo esquivas, ello puede traer consigo algún sufrimiento. Acéptalo y llévalo de buen grado –dice Pablo. Eso también pertenece a tu misión, lo comporta.

Haz la obra de un evangelista. Este trabajo consiste en procurar llevar a cabo todo lo que Pablo le ha enseñado en esta carta, como una parte de su tarea.

Cumple plenamente tu ministerio.

Timoteo no debe pensar: –‘Esta o aquella parte de mi trabajo la dejo estar’. No; sino que debe llevar a cabo todo lo que su obra incluye: todas sus facetas y también el sufrimiento que emana de ella.

Al mismo tiempo, no debe olvidar, que toda la obra de evangelista es servicio, ministerio, diaconía². Esto vale para toda misión y funciones dentro de la comunidad de los creyentes. Y Timoteo, como evangelista, no debe ejercer dominio sobre la iglesia, ni buscar su propio honor y provecho, sino ser servidor, sirviente; según el ejemplo de Jesús mismo quien, en medio de sus discípulos en la cena pascual, hizo de sirviente con una jofaina de agua y una toalla en la mano.

2. Ministerio (en griego: diakonia). Véase también 1 Ti. 3, nota 1.

Versículo 6:

«Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano.»

Que Timoteo cumpla plenamente su obra de evangelista es, pues, tan importante porque el mismo Pablo ya no está en situación de realizarla; él ya está siendo ofrecido como un sacrificio de libación.

En este sacrificio se ofrecía vino o licor fuerte que se derramaba para el SEÑOR en los holocaustos (cf. Nm. 28 y 29). Las libaciones también eran conocidas en los cultos paganos. El escanciar vino en combinación o relacionándolo con un sacrificio se convirtió en imagen del martirio. Jesús usó esta imagen antes de su muerte en la cruz en la institución de la Santa Cena. Y Pablo también la usó alguna vez, por ejemplo, en Fil. 2:17.

Cuando escribió su carta a los filipenses también estaba preso; y esperaba la sentencia del juez; y aunque creía que sería absuelto (1:25), sin embargo contaba con la posibilidad de ser condenado a muerte; y, en razón de esto, habla de un sacrificio de libación.

Aquella posibilidad se ha vuelto ya una realidad en el momento en que escribe su segunda carta a Timoteo. Sabe que ya no saldrá absuelto otra vez; pues, aunque el proceso no ha concluido aún, y la pena de muerte aún no ha sido pronunciada oficialmente, ello no obstante, Pablo sabe que llegará y no se hará esperar más. Para él, su muerte ya es una realidad: -'Yo ya soy sacrificado como una libación; el momento de mi partida está a la puerta, es muy cercano'.

El momento de mi *partida*. Esta palabra se usaba también para indicar la suelta de un barco del embarcadero para su partida; es decir: la suelta de amarras y la leva de anclas.

Pablo es realista; es un hombre sereno. Para él, la muerte no es un tabú, como para tantos hoy día. ¿De dónde proviene ese tabú? No siempre fue así; pero, en nuestro tiempo, la muerte es el fin. Lo cual, según mi opinión, es consecuencia de un proceso de ignorancia, olvido o negación del más allá. Pues la creencia de que la muerte no tiene la última palabra, ha desaparecido a gran escala; y ha adquirido un carácter definitivo. El hombre —se dice—, después de su muerte, ya no tiene más esperanza ni más futuro. Por lo cual, la muerte se ha convertido en algo doloroso que se ahoga y silencia.

Versículo 7:

«He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.»

Sin embargo, en el caso de Pablo no es así: se atreve a mirar a la muerte a los ojos; y habla muy sobriamente de ella, porque sabe que ella no tiene la última palabra³ ni es el final definitivo.

Además, Pablo hace balance de su vida. Casi en las gradas de su patíbulo, repasa su vida una vez más, y puede decir: He peleado la buena batalla y he terminado mi carrera.

La vida es una batalla, una lucha, una carrera, una competición. Las Sagradas Escrituras —y también Pablo— usan esta imagen con alguna frecuencia (cf. 1 Co. 9:24–25; Fil. 3:14; He. 12:1–2; etc.). Ahora he alcanzado la meta, —dice Pablo. La batalla ha concluido. Me he mantenido bien.

Para él fue una verdadera carrera de obstáculos. Hubo muchos impedimentos que aceptar y salvar.

3. La muerte no tiene la última palabra: cf. nota 13 en 2 Ti. 1:10.

Fue la lucha contra los malos espíritus, contra los judíos y judaizantes. Hubo persecuciones, prisiones, hambre, frío y naufragios; y también las propias pasiones, tentaciones y depresiones. Pero todas estas contrariedades no le descentraron ni le hicieron caer: -'Yo he guardado la fe' -dice.

Esto es algo que no se da por descontado. Pablo tampoco lo cree así. La fe puede perderse. Hay gentes que creen por un tiempo (cf. Lc. 8:13); pero luego pierden la fe por todo tipo de circunstancias. La fe es algo que debes guardar, retener, alimentar y luchar por ella.

Ocurre lo que con los atletas en una competición: si no creen en ellos mismos ni tienen confianza en sí mismos, pueden perder esa fe y confianza, y entonces no llegan a un rendimiento total, pleno. Esa autoconfianza no es sólo necesaria al comienzo de la competición, sino también a lo largo de toda ella. Pues, durante la carrera, llegan momentos en que están a punto de perder la confianza en sí mismos y desfallecer. Entonces, es preciso apretar los dientes y proseguir intentando la victoria. Porque, si no lo hacen, pierden terreno hasta el punto de que su intervención se vuelve competición perdida.

Así se hallan las cosas en la vida de fe.

En tu vida ocurren momentos -y Pablo sabía mucho de esto- en que las circunstancias, acontecimientos y pruebas amenazan con desbaratarte o paralizarte. Entonces es la hora de agarrarte fuertemente a tu fe -¡y creer es confiar!-, de forma que debes hacer todo lo posible, y luchar hasta el fin, puesta tu fe y confianza sólo en el autor y consumidor de la fe, Cristo Jesús. De lo contrario, se te escapa, la pierdes; y tu vida es una batalla perdida para ti.

Versículo 8:

«Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.»

Pablo ha llevado adelante y guardado su fe. Por eso su vida no fue para él una batalla perdida: la medalla que espera es la corona de justicia que le será dispensada por Cristo, el Juez justo.

En competiciones deportivas, alguna vez los jueces toman decisiones inexactas e injustas; o descalifican injustamente a alguien. Pero en Cristo no se dan esos casos; él es un Juez justo. No distribuye medallas a quien no tiene derecho a ellas, ni priva de medalla al que le pertenece⁴. Pablo recibirá su medalla de su mano, en el día de la manifestación de Cristo; pues es entonces cuando tiene lugar la distribución de premios⁵.

Por otra parte, esa medalla no es una paga en base a trabajos prestados. Pablo recibe esa corona no porque lo haya hecho tan valientemente. En las competiciones deportivas ciertamente es así: recibe la medalla quien ha realizado la mejor demostración. Pero en la carrera de la vida cristiana es muy diferente.

Pablo nos lo explica al final de este versículo. La relación entre Cristo y los creyentes no se determina por un contrato en el que se ordena o regula minuciosamente la relación de sueldo y trabajo, sino por el amor. Cristo da la corona de justicia a aquellos que han amado su venida, que han deseado su retorno, porque le han amado.

4. Véase nota 3 en 2 Ti. 2:5.

5. Distribución de premios cuando Cristo aparezca: 1 Pe. 5:4 en su Día (cf. nota 14 en 2 Ti. 1:12).

El amor no se paga. Quien ama no lo hace por una paga a unos servicios prestados. Una mujer que ama a su esposo no le presenta una cuenta con una especificación detallada de tantas horas de trabajo contra una tarifa de tantas, por ejemplo, pesetas, dólares, pesos, etc. por hora. El amor se entrega, se dedica totalmente al otro; voluntariamente, sin pedir paga o recompensa.

Este era el caso de Pablo. Trabajó duramente por Cristo; se entregó totalmente a él; luchó y se entregó hasta el máximo; y lo hizo no porque estuviera contratado por una paga con Cristo, sino porque le amaba. Y porque Cristo le amaba a él, Pablo puede estar seguro de la corona de justicia que le dará cuando retorne.

Como un joven puede dar a su novia una pulsera o un collar —no como una paga obligada por servicios prestados, sino como una prueba de su amor y aprecio hacia ella—, así Cristo podrá dar a Pablo y a todos los que le aman y desean su venida⁶, la corona de justicia.

Esta es la expectativa de Pablo. Por eso puede hablar tan serenamente de su muerte, y no se aterra de pánico ahora que las amarras son soltadas; pues se está poniendo rumbo al puerto de casa.

Versículo 9:

«Procura venir pronto a verme,»

Es cierto que las amarras son soltadas; pero aún no *están* sueltas; y así como en Pablo no cabe descubrir ni angustia ni abatimiento ante la muerte,

6. Aparición de Cristo (en griego: epiphaneia) = cuando él venga: 1) su primera venida: 2 Ti. 1:10. 2) su venida en las nubes: (Ap. 1:7); 2 Ts. 2:8; 1 Ti. 6:14; 2 Ti. 4:1; Tit. 2:13.

así tampoco se puede vislumbrar ni aturdimiento ni falta de atención por las cosas que aún le ocurren.

Pero esto último es lo que suele pasarles a algunas personas. En el momento en que oyen que sólo tienen un corto tiempo de vida, pierden toda atención para su entorno: ya no les interesa nada, y se hunden en una apatía sorda.

Ni rastro de esto se encuentra en Pablo. Y si como prisionero le queda alguna posibilidad, quiere hacer buen uso del tiempo que aún le resta, y se ocupa plenamente en algunas cosas, por ejemplo, en escribir.

Pablo desea volver a ver a Timoteo antes de su muerte (1:4); tiene necesidad de comunión con él. Por tanto, le escribe: '¡Procura venir pronto a verme; date prisa; el tiempo es corto!'

Versículos 10, 11 y 12:

«Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesolónica. Crescente fue a Galacia, y Tito a Dalmacia. Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio. A Títico lo envié a Éfeso.»

La necesidad de Pablo de ver a Timoteo y conversar, guarda relación con el hecho que se siente solo, aunque Lucas le acompañe. Pablo sobrelleva difícilmente la soledad, porque siempre tuvo muchos colaboradores a su alrededor. Si Pablo ahora se encuentra casi solo se debe, en parte, a que muchos no se atreven a aparecer en torno suyo por miedo a ser apresados y condenados a muerte. Este era el caso de Demas, quien, durante el primer encarlamiento en Roma, había permanecido con Pablo (cf. Col. 4:14). Pero, ahora que la prisión de Pablo

es más dura y los riesgos permaneciendo junto a él se han hecho más grandes, no se atreve a quedar junto a su maestro. Temía por su vida; no quería perderla. Estaba demasiado atado a esta vida terrenal; por lo cual se marchó de allí, lejos de aquel entorno peligroso, hacia Tesalónica donde la costa era algo más segura; pero esto fue una desilusión grande para Pablo.

Además, le escribe acerca de Crescente, quien –posiblemente por mandato del mismo Pablo–, había partido para Galacia, y Tito hacia Dalmacia (las actuales Yugoslavia y Albania), mientras que a Tíquico lo envía a Éfeso.

Precisamente en Éfeso estaba la iglesia en que Timoteo trabajaba. ¿Sospechó Pablo que a Timoteo le preocuparía dejar desatendida la iglesia si no había quien tomara su trabajo durante su visita a Roma? De ahí que Pablo envíe a Tíquico a Éfeso: el cual no sólo llevará esta carta a Timoteo, sino que también podrá sustituirle, durante su viaje a Roma, en el cuidado de aquella iglesia. Tíquico era un fiel colaborador de Pablo (cf. Éf. 6:21–22; Col 4:7–8). Así pues, no es imposible que éste fuera a Éfeso. En cualquier caso, procedía de una provincia de Asia (cf. Hch. 20:4), y en ella se encontraba Éfeso. Por tanto, Pablo no hace a aquella iglesia ser víctima de su deseo personal de volver a ver a Timoteo.

Por otra parte, Pablo desea que también Marcos venga con Timoteo a Roma; pues puede usarlo muy bien para el trabajo de evangelización; ya que el criterio del Apóstol sobre (Juan) Marcos ha cambiado a lo largo de los años; pues, si en Hch. 15:38, su opinión fue que éste no era apto para ese trabajo. Ello no obstante, ahora le considera útil. No está claro si Pablo entonces hizo de él una apreciación equivocada, o si (Juan) Marcos cambió

favorablemente. Pero esto no es tan importante. De lo que se trata es, que Pablo no cataloga a alguien por la impresión desfavorable que él —con razón o sin ella—, en principio haya tenido o recibido de esa persona. Pablo no se apoya en esas primeras impresiones para sentenciar para siempre a nadie.

Pero nosotros lo hacemos con alguna frecuencia. En base a una primera impresión, cortamos para siempre con algunas personas. Entonces recelamos, desconfiamos y nos desconectamos de ellas. Lo cual, no sólo no es cristiano, sino que es mortal para la comunión de los santos; concretamente cuando se trata de colaboradores en la predicación del Evangelio.

Pablo, pues, permanece abierto también para alguien que primero no consideró apto; y gracias a esta su actitud de apertura, (Juan) Marcos le fue de mucho provecho más tarde (cf. Col. 4:10), y la predicación del Evangelio se vio favorecida.

Versículo 13:

«Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos.»

Por lo demás, Pablo no espera que Timoteo haga el viaje a Roma directamente por barco, sino que en gran parte lo haga por tierra: primero, hacia el Norte, a Troas; y de allí, atravesando Grecia, hacia el Mar Adriático; allí cruzar hacia Italia; y luego andando hasta Roma.

Sea como fuere, el Apóstol quiere aprovechar la venida de Timoteo, para que éste traiga consigo su capote que dejó en Troas en casa de Carpo. (El tipo de capote a que Pablo se refiere, se usaba también como manta). Lo cual era algo que podía hacer un

buen servicio a Pablo en la cárcel, mayormente con vistas al invierno.

Además de esto, Pablo también tiene en Troas algunos rollos (= libros) de papiro, y unos pergaminos que, asimismo, ha de traer Timoteo. Es casi seguro que éstos fueran libros del Antiguo Testamento; pues eran los que se escribían en pergamino. Y éstos eran los que más necesitaba; aunque como buen escriba, conociese el Antiguo Testamento casi de memoria. Los rollos de papiro quizá tenían otro contenido. Pero, el Apóstol, tan próximo a su muerte, aún tenía interés por ellos; y el pensamiento de su muerte no anulaba su interés por otras cosas.

En estos momentos, como sin querer, me viene a la memoria aquella expresión de Martín Lutero: 'Si Cristo viniera mañana, aún plantaría hoy un manzano'. Esta despreocupación y falta de ansiedad, y el poder prestar atención a las cosas de cada día, estando tan próximo a la muerte, sólo es posible si es una viva realidad que la muerte *ya ha sido vencida*, y si estás preparado para recibir a Cristo.

Versículo 14:

«Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus hechos.»

Pablo hace unas breves pero expresivas observaciones sobre la marcha de los asuntos durante su proceso. En él ha encontrado mucha oposición de un cierto Alejandro, calderero de profesión o forjador de metales. Durante la primera sesión del proceso se ha apartado tanto de la doctrina contra Pablo, y ha impresionado tanto al tribunal, que ha causado mucho mal al Apóstol; el cual deja estas cosas en manos de Dios, pues lo habrá visto y pagará a Alejandro conforme a sus hechos. Lo cual

no es un deseo de Pablo, sino la constatación de un hecho. Pablo sabe por las Escrituras que el Señor lo hace; y en este momento, no hace sino repetir lo que éstas nos dicen de esos casos.

Versículos 15 y 16:

«Guárdate tú también de él, pues en gran manera se ha opuesto a nuestras palabras. En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta.»

Pablo también previene a Timoteo de este hombre. Quizá porque procedía de Éfeso (cf. Hch. 19:33) y también Timoteo pudiera tener allí complicaciones con el mismo. Al parecer, Alejandro era un orador convincente que de forma inteligente y refinada había arremetido contra las palabras que Pablo adujo en su defensa propia. Un oponente semejante en un proceso es, de por sí, un duro zarpazo; pero aun había que añadir, que Pablo se halló completamente solo frente a él, y así debió disputar contra él. Nadie acudió en su ayuda durante el proceso; todos le dejaron en la estacada. Tenían miedo por el peligro que suponía venir en ayuda de Pablo.

Como Cristo en Getsemaní fue abandonado por sus discípulos, así lo fue Pablo en Roma por todos en su proceso; lo cual fue una experiencia amarga para él.

Pablo no lo habría esperado. Sin embargo, no se irritó, pues dice: 'no les sea tomado en cuenta'. En cualquier caso, aquello fue una grave tentación para Pablo; pues nada puede desanimar tanto como el descubrimiento de que te encuentras solo, y que todos —como ratas de un barco que se hunde— te abandonan. Satanás intentó zarandear a Pablo como el labrador al grano.

Versículo 17:

«Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león.»

El Señor le ayudó en esta prueba y le dio fuerzas de tal manera que no sólo guardó su fe, sino que incluso pudo desarrollar su misión de la predicación del Evangelio con un buen saldo a favor ante la presencia de todo el mundo.

Pero Satanás, ese león rugiente que circula por todas partes buscando a quién devorar, no tuvo éxito en su estratagema. Cuán grande éxito le hubiera proporcionado si hubiera podido devorar a Pablo cuando estaba tan próximo a partir. Hizo todo lo posible para conseguirlo: le llevó a una situación de total aislamiento y le desligó de toda ayuda humana. Pero el Señor libró a Pablo de aquellas fauces; le sostuvo e incluso le permitió actuar como testigo; y así fue como el Señor cumplió su promesa con Pablo (cf. Mt. 10:18–20).

Versículo 18:

«Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

El Señor seguirá cumpliendo su promesa con Pablo. Lo que Satanás intenta, a saber: hacer caer a Pablo en el último momento de su vida, no ocurrirá; pues el Señor le preservará y le llevará salvo a su reino celestial⁷. Ese es el futuro de Pablo; y

7. Acerca del reino que ya está ahí (donde el Rey es reconocido), y que viene; y acerca de quiénes lo heredarán: Mt. 6:33; 8:11–12; 12:28; 13:43; 19:28; 24:13; 25:31 y 34; Lc. 17:20–21; Is. 33:22–24; 1 Co. 6:10; 15:42ss; Ef. 5:5; He. 11:16; 12:22; Ap. 21:2.

él está seguro de ello. En eso confía; y así se llena de paz y tranquilidad.

Habrás observado que en Pablo no se puede encontrar rastro alguno de autolamentación; aunque, hablando humanamente, tenía razones suficientes para ello. Y sería bueno que cada uno de nosotros nos preguntáramos: -¿Cómo habría reaccionado yo en tales circunstancias? Si yo hubiera pasado por todo eso, y hubiese escrito una carta a alguien, ¿cómo sería esa carta? ¿Estaría llena de lamentaciones propias y de quejas? ¡Cuántas veces no nos lamentamos de nosotros mismos, y nos hundimos por cosas que no tienen importancia! Esto es algo que debemos temer.

Pero Pablo no se ciega en sí mismo ni por tan duras circunstancias. Antes bien, parece contemplar a Cristo viviente, lleno de amor y protección, junto él. No se hunde en lamentos, sino que alaba a su Señor, diciendo: «A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén».

Versículos 19 y 20:

«Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo. Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo dejé en Mileto enfermo.»

Pablo ha llegado al final de su carta, donde añade un par de noticias y saludos.

Saludos para los que viven en Éfeso en ese momento: el hogar de Onesíforo (cf. 1:16-18); y el matrimonio judío errante, Prisca y Aquila, que ahora se hallan en Éfeso.

Además, es importante que Timoteo sepa, que Erasto -uno de sus colaboradores- quedó en Corinto, y que Trófimo hubo de permanecer en Mileto enfermo. A este respecto, es digno de mención, que

Pablo, aun cuando sanó a tantos enfermos, es evidente que no curó a este ayudante suyo. Evidentemente, el don de sanación no es algo que puedas usar en cadena. Trófimo era de Éfeso (cf. Hch. 21:29); razón demás para que Pablo le mencione.

Versículo 21:

«Procura venir antes del invierno. Eubulo te saluda, y Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.»

Una vez más, Pablo recomienda a Timoteo, que se apresure a venir a Roma; porque, desde noviembre a marzo, no se hace a la mar barco alguno. Lo cual significa, que Timoteo debe haber alcanzado Italia antes de noviembre; pues, si no lo lograba, debía esperar hasta la primavera próxima; y entonces podría ser tarde, y la sentencia de muerte de Pablo ya se habría ejecutado.

Después de la primera sesión del proceso, cuando el peligro mayor había desaparecido, parece ser que algunos miembros de la iglesia —entre ellos una mujer—, nuevamente buscaron contacto con Pablo; y éste envía sus recuerdos y saludos a Timoteo, el cual no era un desconocido en la iglesia de Roma.

Versículo 22:

«El Señor Jesucristo esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros. Amén.»

Dos peticiones cierran la carta: Una para Timoteo mismo; y otra para los hermanos y hermanas en Éfeso.

Este *testamento de un condenado a muerte* es un testimonio constante del poder de la fe; y deja ver, que el confiar en Cristo, y la espera de su día y de su futuro no dejan hundirse a nadie en desesperanza

y en lamentaciones, incluso aunque se halle en las más terribles circunstancias: soledad, persecución y muerte, sino que le dan tranquilidad y paz. Es más, también entonces le hacer ver, que su vida es una alabanza del Señor.

Dios nuestro SEÑOR quiso dar ese poder y esa paz al apóstol Pablo; pero su misma promesa es asimismo válida y firme para nosotros. Por lo cual, ¡estamos seguros que también nuestra vida, no importa en qué circunstancias, puede ser una alabanza del SEÑOR!